

COLECCIÓN MONOGRAFÍAS

N° 15

*Acción mediática y representaciones
ambientales. Vías de espectacularización
y desconexión*

Gustavo Cimadevilla

PROGRAMA GLOBALIZACIÓN, CULTURA Y
TRANSFORMACIONES SOCIALES

www.globalcult.org.ve

CENTRO DE INVESTIGACIONES POSTDOCTORALES
FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS Y SOCIALES
UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA

www.globalcult.org.ve/monografias.htm

© Gustavo Cimadevilla, 2004.
Responsable de la edición: Daniel Mato (dmato@reacciun.ve)
Diseño de la carátula: Alejandro Maldonado (alemal_f@hotmail.com)
Corrección: José Manuel Esteves y Alejandro Maldonado
Impresión: Programa Globalización, Cultura y Transformaciones Sociales
Reproducción: Copy Trébol, C.A.

ISBN de la colección: 980-12-1101-6
ISBN de esta monografía: 980-12-1111-3
Hecho el depósito legal: lf25220043002192

Primera edición (Caracas, mayo de 2004)
Impreso en Venezuela – Printed in Venezuela

Se autoriza la reproducción total y parcial de esta monografía siempre y cuando se haga con fines no comerciales y se cite la fuente según las convenciones establecidas al respecto, previa notificación a la institución editora. Del mismo modo y en las mismas condiciones se autoriza también la descarga del respectivo archivo en nuestra página en Internet:

<http://www.globalcult.org.ve/monografias.htm> . Con el propósito de facilitar la cita, en la primera página se han incluido los datos completos de la monografía. En caso de incluirse este texto en libros impresos (se entiende que con fines no comerciales) agradecemos se nos hagan llegar al menos dos (02) ejemplares de la publicación respectiva a: Daniel Mato (coordinador), Apartado Postal 88.551, Caracas – 1080, Venezuela. En caso de incluirse algunos archivos de nuestra página en Internet en otros espacios semejantes, agradecemos se nos informe al respecto a través de nuestra dirección electrónica: globcult@reacciun.ve

La responsabilidad por las opiniones expresadas en este trabajo incumbe exclusivamente al autor o autora firmante y su publicación no necesariamente refleja el punto de vista de la institución editora.

ACCION MEDIATICA Y REPRESENTACIONES AMBIENTALES VIAS DE ESPECTACULARIZACION Y DESCONEXION*

Gustavo Cimadevilla¹
Universidad Nacional de Río Cuarto

1. Introducción

La mayoría de las personas, afirma Thompson, tratan de equilibrar las formas y responsabilidades socialmente avaladas que proceden de las experiencias mediáticas con las que surgen de los contextos prácticos cotidianos. La búsqueda de equilibrio, sugiere el autor, permite “poder vivir y justificarse a sí mismo” (Thompson, 1998:301). Y esa lectura quizás resulte interesante para disparar el análisis sobre una parte significativa del fenómeno de relaciones que los individuos tejen con el ambiente.

En la experiencia mediática de al menos la última década y media se evidencia un buen número de mensajes que alertan y consignan un vivir más cercano a lo ecológico, pero los actores no parecen seguir ese rumbo más exigente y menos cómodo. Tampoco los medios, por su parte, tienen líneas de acción regulares para ocuparse de la problemática. Las políticas de los medios y las políticas de los actores –en tanto orientaciones de sus prácticas, a decir de Mato (2001)- no cultivan esos valores ¿Resulta plausible entonces esperar algo de esas instancias mediáticas, esperar algo de los medios de difusión como co-constructores y promotores de percepciones y predisposiciones acordes a un vivir más armónico con el ambiente?

En investigaciones recientes centramos nuestro trabajo en algunos puntos sensibles a esta problemática. (1) A través del análisis de contenido de la prensa escrita regional (diario *Puntal*, provincia de Córdoba, Argentina) (2) y las “rutinas productivas” del medio, particularmente nos interesamos en conocer el tratamiento que a la temática ambiental se daba. Posteriormente enfocamos sobre la audiencia de lectores un estudio que procuraba

* CIMADEVILLA, Gustavo (2004). *Acción mediática y representaciones ambientales. Vías de espectacularización y desconexión*. Colección Monografías, N° 15. Caracas: Programa Globalización, Cultura y Transformaciones Sociales, CIPOST, FaCES, Universidad Central de Venezuela. 84 págs. Disponible en <http://www.globalcult.org.ve/monografias.htm>

¹ Docente-investigador del Departamento de Ciencias de la Comunicación. Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional de Río Cuarto. Argentina. E-mail: gcimadevilla@hum.unrc.edu.ar - Becario Internacional del Programa *Globalización, Cultura y Transformaciones Sociales CIPOST-UCV*, Caracas. Estadía postdoctoral febrero-mayo 2004.

analizar cuál era su percepción sobre la problemática y qué relaciones podíamos establecer con los resultados anteriores (3)

Considerando esos estudios y otros antecedentes que los contrastan, en este escrito avanzamos en una discusión que nos permite plantear la lógica de actuación de los medios de difusión colectiva y la trama de relaciones que tejen con la audiencia cuando es la cuestión ambiental la que los reúne en torno a la producción y consumo de noticias. En ese marco se explicita el enfoque que se tiene sobre el denominado “desarrollo sustentable” como perspectiva en la que cobra relevancia lo ambiental y el papel que tienen los medios para sensibilizar a las audiencias, así como la concepción que se tiene de ellas. Finalmente se esboza una hipótesis acerca de cómo la *espectacularización* y *desconexión* permiten caracterizar lo central en la relación medios/sociedad/ambiente.

Se espera, en esos términos, que el planteo resulte útil para proponer un marco teórico fecundo para el abordaje de las relaciones que la sociedad establece con el ambiente y la comprensión de las representaciones(4), razonamientos y prácticas sociales concretas que envuelven a los aparatos mediáticos y a los actores dispuestos como audiencia.

2. **La problemática ambiental y la emergencia de la sustentabilidad**

A fines de los '80 y en los '90 la problemática ambiental ocupó la atención de incontables organismos, movimientos y actores individuales que estudiaron, reflexionaron y en muchos casos sugirieron -ante un cúmulo de diagnósticos preocupantes- una serie de medidas y propuestas tendientes a modificar los modos vigentes de interacción y explotación del ambiente, particularmente en lo que a actividades productivas se refiere. *Nuestro Futuro Común* (WECD-Brundtland, 1991) es, quizás, el documento producido por Naciones Unidas de mayor referencia(5)

En el ámbito específico de las agencias estatales, expertas en conducir y ejecutar proyectos de "desarrollo" en esa línea, en el ámbito de las ONGs y de los profesionales privados que participan del mercado que en torno a la problemática se genera, esas propuestas vinieron de la mano del concepto de "sustentabilidad" que se impuso de manera generalizada como síntesis de un nuevo paradigma(6). Pero en tanto al hablar de "desarrollo"(7) lo "sustentable" aparecía por añadidura como calificativo obligado, obvio y de expectativa común para los problemas percibidos para la época, las acciones que pretendían

operacionalizarlo no lograban mayores resultados que mostrasen eficacia y coherencia en la intervención propuesta(8)

En ese marco la lectura de Lander es categórica: “A pesar de que la humanidad está hoy, por primera vez en su historia, en capacidad tecnológica de destruir a corto plazo toda forma de vida sobre la superficie terrestre(9) (...), parece que es muy poco lo que gobiernos, organizaciones internacionales y transnacionales están dispuestos a hacer para enfrentar estas amenazas”. Y el autor agrega: “Hay una insólita capacidad de desarrollar discursos paralelos o esquizofrénicos cuando se habla en los foros internacionales” (Lander, 1995:113). La fórmula argumental, entonces, parte de advertir la gravedad del problema, formula llamados para la toma de medidas y, por otro lado, a la hora de discutir los temas económicos, concluye que “es necesario impulsar un nivel mayor de crecimiento de las economías”(10) (Lander, op.cit.). Así, entre las agudas críticas a los ortodoxos modelos de desarrollo económico de los '50 y las consensuadas propuestas de búsqueda de sustentabilidad de los '90 queda, en términos de sus consecuencias prácticas, poco y nada. La ambivalencia y ambigüedad del discurso cubre el territorio verbal y domina la escena.

Pero ¿qué supone hablar de sustentabilidad? Veamos a continuación algunos de los antecedentes principales que constituyen al paradigma, sus dimensiones y categorías destacadas y los puntos críticos que sitúan las discusiones en torno a lo que implica la propuesta.

a) Acerca de las dimensiones y categorías del nuevo paradigma

Sustentabilidad (WCED-Bruntland, 1991)(11); sostenibilidad (Brown & Wolf, 1988); ecodesarrollo (Leff, 1990); desarrollo durable (Comelieu, 1994); entre otros, son conceptos síntesis que representan lecturas y posturas inherentes a la amplia problemática ambiental a la que refieren. Desde los '90, en particular, hablar de desarrollo suponía mencionar el horizonte de la sustentabilidad o sostenibilidad. No hacerlo era -y cabe afirmar que sigue siéndolo- caer casi en una herejía. Hace una década, Roberto Guimarães identificaba más de cien definiciones de la noción de sustentabilidad y Christian Comelieu (1994) contaba más de sesenta de desarrollo durable. Seguramente hoy esos números se han desbordado varias veces, entre otras razones, porque el término se constituyó en una moda y porque, como sentencia Sevilla Guzmán (1995), se da una “apropiación tecnocrática del concepto” de forma continua.

Así, es palabra obligada de cualquier discurso institucional que se precie “actualizado” y de cualquier alusión política que se refiera al mundo que se espera o deba construir(12). La noción, podría decirse, pasó a tener el carácter de un valor “universal” que, como en otros casos, no necesariamente se entiende del mismo modo por los distintos agentes ni refiere a los mismos objetos, relaciones y situaciones, pero encuentra detrás de sí una fuerte adhesión que marca huellas en el discurso de la época.

Para ofrecer una respuesta que nos aproxime al interrogante sobre lo ¿qué suponen, implican o a qué refieren esos conceptos?; o dicho de un modo analítico, ¿qué dimensiones involucran y con qué sentido esas categorías?, primero hay que considerar que éstos surgen asociados a una perspectiva “holística” dispuesta sobre la realidad. Esto es, que responden a una mirada sobre el mundo en donde el objeto se vuelve totalidad. O, a decir de Commoner, en el que “todo está relacionado con todo”(13)

En ese “todo” el disparador sin duda es el ambiente, entendido como el hábitat natural en el que se originó la vida, se constituyó la sociedad y se tramó la historia. Por ello, su razón epistémica parece no tener límites aunque en la práctica permita hablar de “ciertas cosas” y de constituirse como un paradigma(14). Esto es, con una perspectiva particular en la que nada queda afuera pero en la que, por fuerza de aprehensión, algunas partes se reiteran ofreciendo identidad al enfoque. El nuevo paradigma: ambiental o ecológico, se conforma entonces como una “respuesta racional frente a los problemas de un planeta cada vez más hominizado – expresa Tamames- y por ello crecientemente conflictivo”, y por eso lo que está en discusión es la propia existencia del hombre y la naturaleza (Tamames, 1995:238).

En ese marco el paradigma da cabida a interrogantes tan variados como los que se vinculan al sentido de la apropiación privada del mundo natural (Foladori, 1999); la capacidad de “carga” poblacional que soporta el planeta (Brown, 1994); la responsabilidad de los principios judeo-cristianos o greco-cristianos en la concepción antropocéntrica del mundo (Jiménez Herrero, 1996); el papel de la matemática en los sistemas de comprensión de la naturaleza (Deléage, 1993); y/o el valor de los arrecifes de coral, las mangles y las plantas submarinas como campos de nutrición de los océanos (Lensen, 1994).

Los que pretenden navegar por el paradigma, por tanto, suelen afirmar que la problemática, además de amplia –y que puede recaer en lo inconmensurable(15)-, requiere de enfoques multidimensionales. En *The multiple dimensions of sustainable development* (1991),

Michael Redclift, por ejemplo, expone los argumentos principales que sostienen la indivisibilidad del análisis económico, político y epistemológico para tratar la problemática de la sustentabilidad y critica los discursos de las agencias de desarrollo y las políticas de intervención que reniegan de la complejidad de lo que tratan.

Así, dependiendo de los autores o instituciones que apelan a los conceptos, la problemática ambiental aparece retratada en los análisis económicos (Martinez Alier & Schlupmann, 1993) que se complejizan en la física y en la historia; en los políticos (ONU-PNUD, 1992) con preocupaciones por la economía y el desarrollo social; en los antropológicos (Vessuri, 1994) asociados a los educativos y cognoscitivos; en los sociológicos (Cernea, 1993), discutiendo además ecología y teoría de la organización; en los filosóficos (Sosa, 1990) preocupados por la ética y la educación; en los biológicos (Ikerd, 1990) analizando la política y la economía; y en una infinidad de otros tantos que llevan a observar la posibilidad de encontrar en internet más de dos millones de páginas que contienen tan solo el término “development sustainable”; así como varios centenares de organismos gubernamentales y ONG que definen su existencia por adhesión y/o actuación en esa línea(16).

Ahora bien, ese marco superabundante de términos, categorías, dimensiones, agentes y siglas de actuación y representación resulta de un recorrido histórico particular. Esto es, no se genera espontáneamente, sino que es consecuencia de un conjunto de factores que en determinado momento instalan la preocupación a nivel social con alcance mundial. Para ello, entonces, trataremos de reconstruir los antecedentes principales que dieron lugar a la problemática, su recorrido y planteos principales.

b) Los antecedentes de la discusión

Si en algo hay relativo consenso respecto a las discusiones que pretenden comprender el carácter de la época, es que las preocupaciones por el ambiente devienen de una crisis histórico-social. O dicho de otro modo, que no resulta pertinente separar la crisis de conmoción ambiental de la crisis por la que atraviesa la sociedad en sus diversos órdenes. Entendiendo por crisis, en ese sentido, a un conjunto de disturbios que resultan de fuerzas objetivas que de manera persistente ponen en situación de riesgo la continuidad de un sistema(17), en este caso: el socio-ambiental existente.

Desde la década del sesenta del siglo veinte, advierte Foladori (1999), el ser humano ha constatado estar atravesando por una crisis ambiental que, aunque no fuese el resultado de su intención o propósito, es en alguna medida responsabilidad de su actuación económica. En ese marco no hay crisis aisladas, sugiere el Informe Brundtland (WCED-Brundtland, 1991). No hay una crisis ambiental, otra energética o de desarrollo. La crisis es una, y la vinculación entre los disturbios requiere, por tanto, de un tratamiento complejo y global, si se entiende que la problemática sobrepasa fronteras y nichos sociales, no obstante los costos y responsabilidades reproducen las diferencias de distribución de poder y dominio que internamente las sociedades contienen en su seno, o que el propio principio de organización social permite y soporta.

Desde esa perspectiva, el concepto de actuación económica al que refiere Foladori le permite hacer la diferencia entre una producción que tiende a la satisfacción de las necesidades para resolver problemas de existencia a través de la producción de valores de uso (precapitalismo), de aquella producción mercantil que busca el incremento de la ganancia sin límite alguno. O en términos clásicos aristotélicos, entre la economía y la crematística(18). Así, la noción de finalidad rodea la discusión que pretende desentrañar los modos en que el hombre interactúa con el ambiente para lograr su reproducción y por tanto –desde la perspectiva de Foladori- pone en escena a la economía política como fuente de comprensión de las tensiones.

Ahora bien, este cuadro que da las bases de la problematización de la crisis socioambiental puede describirse históricamente si se identifican los pensamientos, escritos e hitos principales que dan origen y prosecución a los planteos. En ese sentido, la literatura especializada suele reiterar en sus páginas una serie de acontecimientos y documentos que parecen señalar el camino recorrido. Veamos entonces ese camino a través de las acciones institucionales –o lo que Sevilla Guzmán (1995) describiría como “*discursos ecotecnocráticos*”- y los antecedentes disciplinares y sus principales discusiones teóricas.

i) Las agendas de los organismos y entidades internacionales: Reconocido el peso que durante la pasada centuria han tenido los organismos internacionales para proponer las agendas de preocupación mundial, podría decirse que el evento que desencadena e instala la problemática a nivel global ha sido la Conferencia de Estocolmo de 1972(19). En ésta, por convocatoria de las Naciones Unidas, se trató como tema central el “medio humano”, a partir

de un documento de base que elaboraran Dubos y Ward con el aporte de setenta especialistas de diversas partes del mundo(20).

El evento no estuvo exento de conflictos, ya que en sus sesiones preparatorias varios representantes de los países denominados no desarrollados advirtieron que las preocupaciones del mundo desarrollado pecaban de “esteticismo” frente a las dificultades y miseria que padecía la mayoría de la población del globo. Finalmente la negociación entre las partes encontró en el concepto de “medio humano” y su alcance ecológico-social una fórmula de arbitrio para que la Conferencia tuviera lugar. Como resultado de ésta se elaboró una Declaración que, en opinión de Tamames (1995), fue un verdadero intento por establecer una carta magna sobre ecología y desarrollo. El evento también sentó las bases para la creación del PNUMA –Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente- y procuró, a través de su preámbulo y serie de principios y recomendaciones, articular políticas y acciones a nivel de instituciones y organismos internacionales.

Los memoriosos recuerdan que Estocolmo no fue lo primero en esta materia. Ya en 1949 Naciones Unidas había intentado poner en escena la discusión de los problemas ambientales en la reunión de Lake Success (Nueva York), pero el evento careció de trascendencia y simplemente derivó en que la UNESCO agregara entre la lista de sus temas de interés al medio ambiente.

El siguiente paso que llamó la atención del público mundial lo dio el conocido Club de Roma(21), en el mismo año que se celebrara la Conferencia de Estocolmo. Por entonces la caja de resonancia fue la publicación del libro “Los límites al crecimiento”, bajo la autoría de Donnella y Dennis Meadows, Jorgen Randers y Williams Behrens(22), investigadores del MIT (Instituto Tecnológico de Massachusetts) que daban continuidad a los estudios de W. Forrester. La obra, que formaba parte de otros estudios publicados bajo los títulos “Hacia un equilibrio global y La dinámica del crecimiento en un mundo finito”, reinstaló la discusión de la vieja tesis malthusiana y abundó en detalles y ecuaciones que mostraban como los recursos no renovables, la población, la producción industrial, la contaminación y alimentación per cápita entrarían en colapso. El razonamiento estimaba que si la población y el capital en la industria tenían condiciones para crecer al infinito, rápidamente los recursos no renovables, la contaminación y los problemas de alimentación pondrían en crisis al sistema mundial, hasta el momento en que el desequilibrio provocado limitaría el crecimiento y la población decrecería.

Ese freno “natural” traería en realidad un sinnúmero de complicaciones y agonías, razón por la cual el equipo de estudiosos proponía una serie de medidas correctoras y el denominado “crecimiento cero”, como fórmula genérica para evitar “el día de la ruina” (*doomsday*).⁽²³⁾

Frente a un diagnóstico tan duro para la época, las reacciones no se hicieron esperar. Abundaron las críticas a las recomendaciones de control de natalidad y menor producción industrial⁽²⁴⁾ y, en América Latina y otras regiones “periféricas”, su lectura avivó la discusión respecto de lo que implicaba como contradicción y subordinación. A decir de Foladori, “entre los países ricos que pretendían controlar la producción y la explosión demográfica y los pobres que veían la necesidad del desarrollo” (Foladori, 1999:110)⁽²⁵⁾.

En ese marco, sin dudas los correctivos radicales propuestos suponían un nivel de entendimiento y acción internacional que estaban muy lejos de operacionalizarse frente a un capitalismo con crisis energética, guerra fría e infinidad de regiones con problemas elementales de subsistencia. Pero más allá de la intencionalidad de los autores y las posibilidades reales de transferencia de sus recomendaciones, la obra se constituyó rápidamente en un clásico para las ciencias sociales.

El tercer capítulo de esa historia se escribirá luego, en 1980, con la aparición del “Informe Global Año 2000”, coordinado por Gerald Barney. El trabajo respondió a una solicitud del presidente Carter y planteó un exhaustivo análisis tendencial del globo para fines del milenio, el que se instituyó como el primer diagnóstico sobre el deterioro medioambiental de la biosfera⁽²⁶⁾.

En sus páginas se repasaba la situación demográfica mundial, los recursos naturales y el ambiente, y se detenía particularmente en el ritmo del crecimiento industrial y agrícola. De este último estimaba que de seguir los modelos intensivos de producción se producirían un acelerado deterioro de los suelos y nutrientes, una creciente salinización de la tierra y las napas acuíferas y severos daños en los cultivos por una mayor contaminación del aire y del agua, así como la extinción de variedades locales y silvestres.

A diferencia de informes anteriores, éste explicitó claramente que el estilo de vida de las sociedades desarrolladas sería impracticable para el mundo todo, por cuanto ello pondría en riesgo la continuidad de la vida en el planeta. De ese modo dejaba entrever en los correctivos propuestos, aunque sin asumirlo, las contradicciones que el modelo de

acumulación capitalista representaba diferenciadamente para el norte desarrollado en tecnología y capital y el sur carente de recursos.

Los autores insistieron, sin embargo, en que los resultados de su investigación no podían concebirse como una predicción, sino más bien como una señal de alarma frente a lo que podía suceder y alertaron sobre la necesidad de profundizar muchos de los datos recolectados. Para la crítica, recuerda Tamames, esta versión era “demasiado pesimista”, suponiendo que el ingenio humano y las capacidades de la ciencia y la tecnología tenían mucho que aportar (Tamames, 1995:201). Así, a entender de Sevilla Guzmán, con este “Informe” se cerró la etapa inicial teórica del desarrollo sostenible oficial que posteriormente en 1987 tendría su obra más trascendente a partir del trabajo de la denominada Comisión Brundtland.

Gro Harlem Brundtland era líder del partido de los trabajadores de Noruega y posteriormente Primera Ministra cuando las Naciones Unidas en su Asamblea General de 1983 decidió crear una Comisión Mundial sobre Desarrollo y Medio Ambiente y le encargó presidir su accionar. La Comisión se nutrió de una veintena de representantes de varios países, generalmente personalidades del mundo de la política y/o representantes de ministerios o secretarías de medio ambiente, recursos naturales o ciencia y técnica, y comenzó su trabajo en 1984. La consigna de su tarea fue: a) reexaminar las principales cuestiones relativas al medio ambiente y al desarrollo, y formular propuestas de acción innovadoras, concretas y realistas; b) fortalecer la cooperación internacional en torno al medio ambiente y al desarrollo, examinar y proponer nuevas formas de cooperación capaces de romper con los padrones existentes y orientar políticas y acciones en la dirección de los cambios necesarios; y c) elevar el nivel de la comprensión y compromiso de los individuos, organizaciones voluntarias, empresas, instituciones y gobiernos para con la problemática.

Durante tres años la Comisión deliberó en varios países (Suiza, Alemania, Indonesia, Noruega, Brasil, Canadá, Kenia, la entonces URSS y Japón), examinó más de 70 estudios solicitados a especialistas e institutos de investigación, registró más de 500 entrevistas y acumuló más de 10.000 hojas de material “*ad-hoc*” que fue el insumo del documento final. En los agradecimientos de la Comisión figuran cerca de 900 intelectuales u organismos que hicieron su aporte, constatándose una mayor presencia de personas o entidades de los países que fueron sede de las reuniones. En ese marco la presencia de América Latina fue muy

escasa, salvo Brasil, que fue representado por 84 participantes, en tanto que visto desde el cono sur Chile aportó dos, Perú uno y Argentina cinco(27).

El Informe Final –conocido como Informe Brundtland- fue elevado a la Asamblea General de las Naciones Unidas de 1987 y reúne un examen de los problemas más críticos vinculados al desarrollo y el medio ambiente, así como plantea una serie de propuestas tendientes a resolverlos. Además de las discusiones que generó en torno a sus análisis, logró colocar en la agenda científico-académica y de divulgación mediática el concepto de *desarrollo sustentable*, que rápidamente se instaló en la jerga especializada. El libro que reproduce este informe fue publicado bajo el título “*Our common future*” y traducido prácticamente a todos los idiomas.(28)

El concepto de desarrollo sustentable que se propone –y al que consideraron todos los intelectuales y entidades que posteriormente lo adoptaron o referenciaron para su crítica o discusión- ofrece una estructura para la integración de políticas ambientales y estrategias de desarrollo. Desarrollo, en esos términos, es utilizado en su sentido más amplio; y el propio informe aclara:

“Muchas veces el término es empleado con referencia a los procesos y transformaciones económicas y sociales en el tercer mundo. Pero todos los países, ricos y pobres, precisan de la integración del medio ambiente y del desarrollo. (...) El desarrollo sustentable procura atender las necesidades y aspiraciones del presente sin comprometer la posibilidad de atenderlas en el futuro. Lejos de querer que cese el crecimiento económico, reconoce que los problemas vinculados a la pobreza y al subdesarrollo sólo pueden ser resueltos si hubiera una nueva era de crecimiento en la cual los países en desarrollo desempeñen un papel importante y obtengan grandes beneficios” (WCDE-Brundtland, 1991:43-44).

A lo largo del texto el informe problematiza mínimamente ese concepto, ofrece cifras relativas al estado de la pobreza en el mundo, la existencia y agotamiento de recursos renovables, la utilización de energía y sus alternativas, el impacto del crecimiento industrial y urbano y como cada uno de esos factores se vincula a la problemática ambiental, así como plantea ciertos principios que deberían orientar a las políticas para un mundo sustentable, como la equidad, el interés común, la cooperación y la calidad del desarrollo.

La propuesta de la sustentabilidad y un mundo viable para unos y otros del hoy y del mañana tuvo una aceptación inmediata y prácticamente generalizada. A decir de Adams (en Pérez Adán, 1997:34), se convirtió en una bandera de conveniencia bajo la que navegó todo tipo de iniciativas intelectuales. Así, lo que en la década del setenta se lanzara por iniciativa del sociólogo polaco Ignasi Sachs como un modo de unir las problemáticas del ambiente y del desarrollo a través del concepto de “ecodesarrollo”(29), ahora se consolidaba y expandía como idea fuerza adoptada por gobiernos, organismos no gubernamentales e intelectuales de diversas corrientes detrás del “desarrollo sustentable”(30). La gran diferencia a favor de una mayor aceptación de ese concepto –advierte Jiménez Herrero- se debe a su planteo global, tanto desde el lado de los problemas ambientales como desde el enfoque de las reacciones y soluciones humanas (1996:75). Pero el uso indiscriminado de la noción, advierte el autor, con frecuencia lo vuelve confuso o contradictorio.(31) Y agrega: “La sostenibilidad no puede convertirse en un fundamento absoluto, sino en un principio específico que permita conseguir el fin último de lo que realmente se quiere hacer sostenible”. En ese sentido, se supone que ni la pobreza ni la injusticia en el mundo deben “sostenerse” por más tiempo. De ese modo, la connotación de estabilidad que se asocia normalmente a la sostenibilidad ecológica no puede ser aplicable para las regiones pobres que precisan de profundos cambios económicos y sociales para permitir la viabilidad y equidad de sus comunidades (pág. 77).

Pero el éxito relativo del concepto quizás se deba fundamentalmente a su carácter reformista y también optimista, reconoce el autor. En realidad el desarrollo sustentable no busca otra cosa que hacer más compatible la economía capitalista con las posibilidades de explotación que tiene el ambiente. Y cabe concebirlo –a decir de García (1993)- como una declaración de intenciones perteneciente a la clase de los enunciados programáticos más que a una definición precisa y carente de incoherencias. En ese sentido, su principal difusor es un organismo internacional que lejos de representar posturas radicales al modelo de orden social vigente, busca modos “realistas” de lograr que las naciones construyan consensos por sobre cualquier polémica que se instale a cuestionar los principios liberales de la modernidad. Y ello, por otro lado, estaba presente en la consigna de trabajo que desarrolló la Comisión.

El informe Brundtland contiene un discurso que parte del corazón mismo de la modernidad, afirma Escobar. Por ello puede denominárselo liberal, “no en un sentido moral o político, sino en un sentido fundamentalmente antropológico y filosófico” (Escobar, 1995:9).

Compartir el concepto, entonces, es ir de la mano de una cultura política, de un orden instaurado y de una concepción de transformación de la naturaleza que se apoya en una economía dada como “natural”(32).

Y ese carácter de concepto “hecho a medida” fue el que en los inicios de los ‘90 se constituyó en eje de discusión de uno de los eventos más importantes que hasta el momento se ha realizado para discutir las relaciones con el ambiente: la denominada “Cumbre de la Tierra”. De ese modo, el Informe Brundtland se proyectaba a un mega evento que pretendía reeditar, a veinte años de la Conferencia de Estocolmo, un segundo gran debate internacional.

Fue así como sobre la base de ese “Informe” la Asamblea General de las Naciones Unidas del año 1989 dispuso celebrar una segunda conferencia para tratar la temática ambiental a la luz de las discusiones del desarrollo económico(33). La diversidad de posiciones(34), en torno a la convocatoria “oficial”, derivó en que para la ocasión se concretaran dos mega encuentros. Uno correspondiente a la Conferencia sobre Medio Ambiente y Desarrollo de Naciones Unidas (UNCED) a la que asistieron representantes de 178 estados nacionales y 110 presidentes o jefes de estado; y, de forma paralela, el Foro Global que reunió aproximadamente a 18 mil participantes miembros o simpatizantes de organismos no gubernamentales.

Durante diez días de trabajo y un atento seguimiento de la prensa mundial, la Conferencia dio como frutos cuatro documentos de relevancia institucional: a) la Carta de la Tierra –o declaración de Río-, b) la Agenda-21, c) la Convención de Cambio Climático y d) la Convención de Biodiversidad. Por otro lado, en el Foro Global se produjeron 46 Tratados Alternativos.

a) La Carta de la Tierra o Declaración de Río puede concebirse como una declaración programática, de carácter general, esbozada en veintisiete puntos normativos. Si bien no pudo constituirse como una Constitución global de principios éticos mundiales, avanzó en reafirmar los conceptos sobre el Medio Humano ya aprobados en Estocolmo y reasentó las bases para una cooperación mundial que tenga como objetivos la preservación del ambiente y el desarrollo económico y social de los pueblos, bajo la consigna del desarrollo sostenible.

b) La Agenda 21, por su parte, es un extenso y complejo documento de 400 páginas que se divide en cuatro secciones. En éstas la primera se dedica a analizar los problemas sociales y económicos y las relaciones entre población, consumo y comportamientos

migratorios, reflejando las tensiones que las lecturas del norte y del sur dan a la problemática, particularmente porque los países desarrollados evitan el tratamiento de los temas vinculados a patrones y estilos de consumo. En la sección segunda se trata la conservación y gestión de recursos para el desarrollo, con especial atención al manejo de los recursos naturales. La tercera sección analiza el papel de los actores sociales en la agenda y la participación de agricultores, pescadores, corporaciones, sindicatos y otros. Posteriormente en la cuarta sección se repasa las cuestiones de multilateralidad que hacen al financiamiento de la agenda, a los problemas de transferencia tecnológica y a las negociaciones entre bloques, regiones y países.

c) Finalmente en la Convención de Cambio Climático y d) la Convención de Biodiversidad se intentó avanzar en una serie de recomendaciones y metas multinacionales para neutralizar algunos impactos ambientales como la disminución de la capa de ozono, el efecto invernadero, etc. En la Convención de Cambio Climático, por ejemplo, se acordaron medidas para neutralizar la emisión de gases y concentración de carbonos, en tanto en la de Biodiversidad la preocupación se situó en los derechos a la preservación de las especies, el control de la manipulación genética y el pago de cánones por parte de las empresas de bioingeniería por el uso de matrices genéticas. En el primer caso hubo una mayor facilidad de acuerdo, en tanto en el segundo los intereses económicos se priorizaron y Estados Unidos, por ejemplo, se negó a firmar cualquier restricción al desarrollo de las industrias. Por entonces Dan Quayle –vicepresidente norteamericano- sencillamente explicaba: Estados Unidos es el líder mundial en biotecnología. Esta industria nacional que hoy produce 2.000 millones de dólares crecerá hasta los 50 mil en el año 2000. Así que un tratado de esas características “no es conveniente para la industria y el país” (Tamames, 1995:275).

Por el otro lado, los miles de representantes de organismos, entidades y grupos ecológicos reunidos en el Foro Global –a tan solo 30 km. de distancia del centro neurálgico de la Cumbre- elaboraron, discutieron y aprobaron más de 40 tratados denominados “alternativos” que reflejaron las posiciones de grupos ambientalistas, profesionales, universitarios, cooperativos, religiosos, políticos, editoriales y otros tantos de asociaciones de todo tipo(35).

Así, si Rio 92 fue para algunos una “cumbre sin compromisos” (Alonso Mielgo y Sevilla Guzmán, 1995), una desilusión o “una serie de discursos universalistas que ocultan las raíces del mal” (Baudrillard)(36), para otros fue una oportunidad para lograr consensos en torno a un “nuevo enfoque del desarrollo” (Pichs, 1994) o para decidir los pasos a seguir en

torno al “desarrollo sostenible” (Barcena, 1994). Lo cierto es que, además de explicitar la división de aguas entre el optimismo del entendimiento multilateral y la crítica a la insaciabilidad capitalista, Rio 92 fue quizás la vidriera más efectiva para instalar global y mediáticamente la atención sobre el ambiente.

A partir de allí, aunque “desordenada”, “aleatoria” y “casuísticamente”, la prensa gráfica en particular y los medios de comunicación en general parecen haber dado un mayor espacio a la problemática. Esta suele reiterarse con mayor asiduidad cuando se suceden los inconvenientes o desastres climáticos o cuando estudios o informes de carácter internacional le dan relevancia a la noticia por su valor local (Cimadevilla y Carniglia, 2003)(37). Constituye entonces, puede decirse, un rubro temático especial, según discutiremos más adelante.

ii) Las discusiones y aportes teóricos y disciplinarios: Pero no sólo las instituciones son las que encauzaron los principales discursos sobre la problemática ambiental. Antes bien podría decirse que es en el campo académico e intelectual que se fueron acumulando y problematizando los antecedentes sobre los modos de ver, entender y actuar en torno a la naturaleza. Si bien en las dos últimas décadas el disparador conceptual que resultó dominante en el paradigma ambiental fue el *desarrollo sostenible o sustentable*, un conjunto de otros conceptos, hipótesis, tesis y concepciones escribieron los antecedentes de su historia.

David Arnold (2000), por ejemplo, justamente se ocupa de “La naturaleza como problema histórico”. Para el autor, pareciera que la naturaleza nunca se ha constituido como problema a lo largo del tiempo. Ni la historia de la revolución francesa o de la Alemania nazi se escribieron haciendo referencia al clima o a las ideas ambientalistas circulantes, reflexiona. La naturaleza parece pertenecer al dominio de los técnicos, pero no de los historiadores. Quizás por ello esta sea una realidad que sólo en los últimos años está cambiando, aunque un recorrido por la misma historia encuentra referencias suficientes como para considerar que la temática es tan vieja como la propia reflexión del hombre(38). Para dar muestras de ello Arnold recurre a Hipócrates de Cos –en la antigua Grecia clásica, siglo V a.C.- y su tratado de medicina, en el cual en la primera parte establece la importancia de la medicina y la fisiología en relación con el ambiente y en la segunda describe las diferencias que paisajes y razas presentan en Europa y Asia: “Todo crece mucho más y mejor en Asia –escribía Hipócrates-, y la naturaleza de la tierra es más dócil, mientras que el carácter de sus habitantes es sobrio y

poco pasional. La razón de esto se halla en la equilibrada mezcla del clima, pues está a medio camino entre el alba y el ocaso”. (Arnold, 2000:21)

Arnold cita posteriormente otras referencias de intelectuales europeos que ante los descubrimientos de nuevas “tierras” y nuevas “gentes” planteaban diversas relaciones entre el medio físico y el social. Menciona así a John Chardin de la Real Sociedad de Londres (1686), a la obra de Montesquieu, “El espíritu de las leyes” [1748], a Buckle y su historia de la civilización en Inglaterra (1857-61) e incluso avanzado el siglo XIX a otros clásicos como Darwin, Marx y Engels o ya en el siglo XX a Toynbee, Febvre o Bloch, entre otros.

Pero las obras y los pensadores pueden multiplicarse en buen número. Franz Andrae (1994) recuerda, por ejemplo, que el término “sustentabilidad” se debe al alemán Carlowitz, quien en 1713 acuñó el término para explicar parte de lo que sucedía en las florestas. Sosa (1996) indica que fue Ernest Haeckel quien propuso el término “oecologie” (ecología) en la década del '60 del siglo XIX para describir la ciencia de las relaciones de los organismos vivientes con su mundo externo, aunque Arnold entiende que ese concepto ya hacía varias décadas que tenía su uso en tradiciones anteriores a la historia natural y cita a Worster, quien señala que su origen en realidad hay que buscarlo en el siglo XVII. Pero, contemporáneamente, el concepto recién se introduce en la sociología gracias a los escritos de Park y la escuela de Chicago, allá por los años 20.(39)

Jimenez Herrero, desde otro enfoque, se interesa más en observar cómo ya en las antiguas escrituras se establecían relaciones que pautaban la interacción del hombre con la naturaleza y cómo ello situaba una actitud antropocéntrica que devendría en arrogancia de dominio y de control.(40) Y afirma: “La actitud humana en relación con su entorno expresada a través de la historia del pensamiento, de la historia humana y natural, nos indica los profundos terrenos en los que la crisis ambiental se arraiga. Pero como ya advertía Engels, no deberíamos vanagloriarnos en exceso de nuestras victorias sobre la naturaleza, porque por cada una de ellas, ésta toma venganza sobre nosotros” (1996:122). O a decir de Braudel (1980), porque el hombre es prisionero desde hace siglos del clima, la vegetación, las poblaciones de animales, los cultivos y de un equilibrio construido lentamente del que no puede apartarse sin correr el riesgo de trastocarlo todo.(41)

El pensamiento “verde”, entonces, recién se constituye como tal una vez que el propio hombre toma conciencia de que la división de los mundos natural y social le ha permitido

asumir el papel principal de continuo transformador del ambiente, pero por ello, también, hereda y convive con los efectos de su intervención.

Esa reflexión comienza a tener lugar con los contundentes y trascendentes cambios que se sucedieron con la denominada revolución industrial y el surgimiento de los sistemas de transporte y comunicaciones que permitieron la rápida expansión del capitalismo y las políticas de colonización y conquista. Estos resultaron críticos para advertir una inflexión rotunda en la relación del ser humano con la naturaleza. En ese marco, afirma Deléage (1993), se da una triple ruptura: 1) por la aceleración en el control del espacio del planeta; 2) por una revolución acerca de la concepción del tiempo; y 3) por una reorganización fundamental de las relaciones entre las ciencias física y química y las de los seres vivos. La mitológica etapa del “eterno retorno” y la sumisión al mundo natural que todo lo determina quedaba entonces muy atrás. La civilización del hombre constructor de su destino y dominador del mundo que lo rodea desataba una fuerza insaciable para extraer y moldear todo para sí. En ese mundo moderno ya no quedaba espacio para la contemplación, sino en todo caso, como el propio Marx decía, para la continua destrucción creadora(42).

En *The vulnerable planet. A short economic history of the environment* (1994), por ejemplo, John Foster ofrece un atractivo y elocuente relato y discusión acerca del carácter avasallante y destructivo del capitalismo en su relación con la naturaleza. Quizás por ello, también, la modernidad encontrará en los escritos de Malthus, David Ricardo, Mill, Darwin, Marx y Engels, entre otros, preocupaciones acerca del destino de la población, los alimentos y recursos y las contradicciones en la lucha por la vida, aún cuando todavía no se discutía la posibilidad de que la tierra llegara a límites finales.(43)

Pero independientemente de la hipótesis acerca de la gravedad del diagnóstico, quizás lo que sí llegó a su fin es la idea de una naturaleza libre de la intervención del hombre. La naturaleza socializada, afirma Giddens, es muy diferente a la que existía separada de los quehaceres humanos.(44) La vieja naturaleza parecía impredecible en sus comportamientos. La tecnología y experiencia moderna han avanzado en la posibilidad de conocer mejor sus condiciones para superar o minimizar impactos. Pero no obstante nadie puede decir con seguridad que algo no tendrá lugar (Giddens, 1996:71), ni con qué magnitud.

La contingencia, entonces, pasa a ser un atributo de la sociedad moderna, a decir de Luhmann, y lo contingente es aquello que no es necesario pero tampoco imposible.(45) Así, la

sociedad moderna se contempla como sociedad del riesgo y la autoconfrontación con los efectos visibles y posibles de esa realidad. A su vez, contempla la imposibilidad de mensurar las consecuencias de su dinámica con los viejos parámetros de la sociedad industrial, lo que permite postular un nuevo campo. La sociedad deviene reflexiva, afirma Beck, cuando se autocomprende como sociedad del riesgo. Y en ese marco los problemas ambientales comparten la ambigüedad de saberse una amenaza y por su vez una oportunidad para confiar en el optimismo tecnológico. Pero la modernización simple de la armonía y control preestablecido, reflexiona el autor, resulta un viejo cuento vacío de contenido, inocente y presentable como carente de sospecha, por lo que es necesario un enfoque complejo y reflexivo que describa la sociedad industrial como una simbiosis histórica portadora de contradicciones y despliegue y analice nuevas y viejas rigideces y restricciones (Beck, 1996:261). El planteo de una “modernización reflexiva”, entonces, opera en sintonía con esa preocupación.

La problemática ambiental, por tanto, aparece y se consolida en ese escenario moderno de transformaciones continuas, consecuencias deseadas y contingentes y cierta reflexividad respecto del carácter crítico que asume el ambiente natural y social en su indeterminado fluir. Ecología, sustentabilidad, sostenibilidad, ecodesarrollo, desarrollo durable convergen en los últimos años en un concepto genérico que parece resolverlo todo. Así, la fórmula “desarrollo sustentable o sostenible” se vuelve la referencia obligada para caracterizar la construcción de lo deseable. “El desarrollo sustentable procura atender las necesidades y aspiraciones del presente sin comprometer la posibilidad de atenderlas en el futuro”, reza la definición que propone la Comisión Brundtland y que repiten y adoptan gran parte de los intelectuales que abordan el concepto.(46)

c) De la naturaleza que fue a la sustentabilidad deseada: posiciones y tensiones

Pero las palabras de moda tienden a convertirse rápidamente en fetiches, advierte Bauman. Son una especie de llave que abre todas las puertas de los interrogantes e incertezas del presente y del futuro. Cuánto más pretensión tienen de transparentar y aclarar procesos, más opacas y ambiguas se vuelven. “A medida que excluyen y reemplazan verdades ortodoxas, se van transformando en cánones que no admiten disputa. Las prácticas humanas

que el concepto original intentaba aprehender se pierden de vista, y al expresar certeramente los hechos concretos del mundo real, el término se declara inmune a todo cuestionamiento” (Bauman, 1999:7).

Con el concepto de “desarrollo sustentable” posiblemente esté pasando eso. Su apropiación institucional, personal, política, económica, cultural e incluso estética, de modo generalizado, lo ha vuelto inmune. Ante ese clima de opinión que lo valora, ¿quién se atrevería a suponer que cualquier transformación encarada para superar determinado estado de realidad va a dejar de considerar o negar que requiere de un horizonte de sustentabilidad o sostenibilidad? Aunque en general no se aclare para qué o en qué consiste o implica.

Pero si en cada apropiación el entendimiento del que se parte varía, sólo queda el fetiche. El culto e idolatría y la veneración de la forma por sobre cualquier contenido. Precisar y discutir ese contenido, entonces, parece una tarea elemental para evitar, como señala Kate Manzo (1991), la crisis del discurso y la crisis de la teoría, tan sensible en este campo.(47) Y justamente porque la problemática de la sustentabilidad ha caído en tan abarcadora pretensión de tratamiento, cualquier recorte que se opere en el corpus del conocimiento producido también deja insatisfacciones múltiples. Los diagnósticos no son sencillos, se suele reconocer (WCDE-Brundtland, 1991), así como tampoco resultan simples las determinaciones de las causas de la crisis ambiental o las respuestas para la acción. La variación de escalas temporales, criterios de observación, medición, selección e interpretación de indicadores, cantidad de factores interrelacionados y resultados imprevistos hacen difícil la confección de modelos que intenten dar cuenta de ello.

El concepto propuesto involucra el ambiente (los recursos para resolver los problemas de existencia), la sociedad (y su devenir en generaciones), sus necesidades y expectativas (determinados principios de ordenación y cultura), por tanto permite la discusión de los límites finitos o no de la materia, las velocidades de uso y apropiación, las dinámicas de regeneración, las concepciones de unidad o fragmentación de lo social, y los parámetros de horizonte cultural que se toman para definir lo necesario y lo que se aspira. Las derivaciones de tamaña generalidad son una debilidad intrínseca al planteo y una dificultad aguda para su operacionalización teórica, además de práctica. En ese nivel, el modelo si sólo se constituye en lineal no basta.

¿Pero qué se puede extraer entonces de esa generalidad? Una alternativa, la que escogeremos por ser de primer orden de elementalidad, es al menos clarificar la discusión en torno a los supuestos principales que se sostienen cada vez que se lo referencia como posible o se le otorga entidad real. Esto es, clarificar en la dicotomía afirmación-negación de la propia ontología del objeto para el cual se propone el concepto, los argumentos que lo sostienen como referente posible de caracterizar y alcanzar. O para decirlo muy simplemente, en torno a las posiciones que suponen que el desarrollo sustentable pueda constituirse en una posibilidad o por el contrario resulte simplemente una falacia argumental.

Para avanzar por ese camino, y a riesgo de simplificación, se presentan y discuten algunas de esas posiciones al menos en sus planos centrales de problematización, los que se denominarán físico-ambientales y socio-ambientales. Sobre estos planos la idea es ubicar polarmente las posiciones que contrastan por supuesta irreconciliabilidad y cuando fuese posible sus casos intermedios. Los planos servirán, entonces, para reconocer las posiciones extremas y sus puntos de intermediación para entender el abanico de lecturas que la problemática de la sustentabilidad implica.

La división de planos entre lo físico-ambiental y socio-ambiental no hace otra cosa que seguir la clásica división entre enfoques físico-experimentales –propios de las denominadas disciplinas duras- y humano-sociales o hermenéuticos –propios de las denominadas disciplinas blandas-. Pero esa división no busca ser un consecuente lógico o necesario, sino en todo caso reflejar el propio recorrido que la ciencia normal produce frente a la problemática –salvo escasas excepciones- en los escenarios académicos. Esto es, conocimientos en general compartamentalizados según su paradigma de contención (Morin, 1995) aún cuando el intento por el diálogo interdisciplinar proponga lo contrario. (48) Por otro lado, la división considera las dos dimensiones básicas presentes en el concepto, dado por la relación que se establece entre el ambiente y sus recursos por una parte y la sociedad por otra.

Al respecto una primera apreciación que surge con claridad es que muchos de los escritos sobre sustentabilidad tienen un carácter descriptivo y sugieren criterios normativos. Esto es, giran en torno a planteos descriptivos de estados de realidad y sobre modos de ser ideales o deseables en torno a las relaciones que pueden constituirse entre las dimensiones o componentes que se analizan. La segunda impresión es con respecto a la productividad de los discursos. Si se sigue semanalmente –por ejemplo por un buscador como Altavista- la

cantidad de sitios web en la que los términos están presentes se verificará un crecimiento significativo y constante. Justamente el carácter normativo de los discursos explica el por qué hay elementos para avivar las discusiones y por qué éstas muchas veces giran sobre los mismos tópicos.

Ahora bien, en el plano físico-ambiental algunas de las problematizaciones acusadas son las siguientes. No hay absoluto acuerdo respecto a: 1) al carácter finito de la materia, 2) ni a que corresponda concebir a la tierra como sistema cerrado -según advierte Foladori (1999)- como lo denunciaba el informe Meadows a inicios de los '70. Si bien para el sentido común resulta simple concluir que es así, por cuanto la actividad vital de cualquier individuo se concreta en un medio de objetos limitados, diversas investigaciones demuestran que la tierra puede concebirse como un sistema abierto -en continua interacción con otros-; que no necesariamente la materia bajo ciertas condiciones tiende a degradarse -existirían fuerzas que tenderían a evitar lo entrópico-, y que la propia vida incluso puede surgir de la no vida -de la propia actividad anaeróbica. Davis, Prigogine y Lovelock, por ejemplo, alimentarían esas nuevas tesis.(49) En ese cambio de percepción donde la tierra puede considerarse como un sistema que se modifica por interacción externa pero también por sí mismo, la hipótesis *Gaia*, por ejemplo, podría minimizar el problema ecológico si se postulase que la vida contribuiría a mantener las propias condiciones de la vida, gracias a cierto mecanismo homeostático. O para plantearlo en términos biológicos con un concepto que incluso incorporaron las ciencias sociales, que funcionaría bajo cierta *autopoiesis* (del griego por sí mismo).(50) Pero como destaca Deléage, esa observación está más cerca de la teleología que de la ciencia. Monod, Dolittle y Dawkins, entre otros, aportarían razonamientos y demostraciones para rechazar sus fundamentos.(51)

Desde otro ángulo, el problema de la sustentabilidad también trae a discusión cuáles son los parámetros de referencia para evaluar o proponer lo que se pretende sustentar. Si cabe concebir al medio como un cuerpo dinámico, en continua transformación, lo sustentable terminaría siendo una verdadera paradoja del sistema.(52) Si por otro lado el desarrollo supone transformación por superación de un estado de realidad, también la paradoja se volvería característica intrínseca al problema. Entre las alternativas para introducir el carácter variable al que se ajusta el sistema Nicolás Gligo utiliza el concepto de “estabilización dinámica”. En ese sentido parte de la necesidad de establecer con precisión los conceptos de

estado y cambio de estado. Estos conceptos –explícita- “permiten conocer las condiciones específicas en las que se encuentra el sistema y sus transformaciones por unidad de tiempo. El estado del sistema es el modo de existir en función de sus componentes (arquitectura) y de sus procesos o funcionamiento (fisiología).” (Gligo, 1994:40-41)

Desde esa perspectiva el razonamiento básico es que la sustentabilidad se logra cuando se mantienen las salidas y las entradas –naturales o artificiales- de materiales, energía e información. Pero si es cierto que “los lobos no conviven con los carneros” (como postula Berlin, 1995), el estado de equilibrio del que se parte como parámetro siempre va a ser el resultado de una apreciación valorativa respecto de las cantidades de entidades vivas que se nutren en ese ambiente y sus interrelaciones. Si los supuestos que se sostienen advierten que ya no hay naturaleza sin intervención y que, por otra parte, cada especie tiende a liberarse del entorno, esto es, buscar una mayor movilidad, nuevos espacios y recursos –lo que supone nuevas fuentes de energía, nuevas alternativas de adaptación- entonces la definición de “estado sustentable” peca de artificialidad. O dicho de otra forma, resulta en una construcción de paisaje deseable para cierto interés o lectura, más que de un paisaje como consecuente “natural”.

En ese marco otra fuente de tensión aparece cuando Foladori recuerda que una especie es una reunión contradictoria de individuos. Así, los problemas ambientales no son sólo de una especie en relación a su ambiente, sino también de la que resulta por la competencia entre congéneres.(53) El reconocimiento de tensiones interactuantes frente al equilibrio, entonces, permite enumerar tres tipos: a) las que resultan de los condicionamientos que el medio ejerce sobre las especies; b) las que resultan de las modificaciones que las especies ejercen al medio; y c) las que resultan de las competencias entre las especies y en ellas de sus congéneres entre sí; y por tanto, de sus condicionamientos para sus generaciones en devenir.

Por último, un nivel de discusión consecuente de los anteriores es el que surge de los parámetros situacionales en los que se analiza la posibilidad de sustentación. Si el sistema se define por un conjunto interrelacionado de factores, los recortes espaciales, o las consideraciones locales frente a las globales y viceversa, no permite suponer que las respuestas o acciones puedan tener viabilidad direccional y localizada. O para decirlo de otro modo, que puedan viabilizarse en un escenario desentendido de los demás. ¿La sustentación de un predio, un área geográfica, una ciudad, resulta viable ante la insostenibilidad de sus

entornos? A nivel de ejercicios de diagnóstico, reconocimiento de comportamientos de variables, acciones de neutralización de factores de desequilibrio manifiesto, la sustentabilidad puede resultar un objetivo para la manipulación intervencionista, pero nunca una posibilidad concreta que resulte de la autonomía del subsistema, por cuanto indefectiblemente éste no puede permanecer aislado o inmunizado ante los vaivenes de su propio entorno. En ese sentido, el concepto de sistema o subsistema considerado puede postular que existe como tal con la capacidad de establecer relaciones consigo mismo y –a decir de Luhmann (1997)- de diferenciar estas relaciones de las relaciones con su entorno, pero no puede suponer que ese límite implique una “ruptura para la interdependencia”, sino que simplemente actúa como referencia para posibilitar la diferencia.(54)

En el plano socio-ambiental, por otro lado, algunas de las cuestiones que merecen atención son las siguientes. Si el desarrollo es considerado una modalidad de intervención que se sostiene ideológicamente, éste resulta falaz toda vez que se propone como objetivo el alcance de metas para una totalidad en un sistema organizativo que incluye en su dinámica la exclusión por competitividad; si la sustentabilidad, por otro lado, desconoce las tensiones a las que se ajustan los actores para conservar su situacionalidad en el sistema, el desarrollo sustentable entonces no puede pensarse a partir de la dicotomía sociedad-ambiente, sino a partir de las propias contradicciones a las que se enfrenta la sociedad humana como resultado de su división entre clases y sectores y entre los diversos valores a los que se adscribe. Esas tensiones, incluso, deberán contar las que advierte Berlin (1995) a nivel de la irresolubilidad de las contradicciones. En ese sentido, los esfuerzos de la economía ecológica por lograr cálculos de costos y rentabilidad sobre los recursos que preocupan por su no reproductividad es un ejemplo concreto de reconocimiento que los actores no se enfrentan al ambiente con total igualdad, sino con usos y aprovechamientos diferenciados según su posición en la estructura y dinámica económica o política, entre otros.

En segunda instancia, otra diferenciación necesaria en torno a lo social se da en cuanto a la velocidad de apropiación de la naturaleza que se sostiene. El razonamiento postula que si preocupa la posibilidad de que un estado de realidad pueda reproducirse de modo que para un tiempo diferenciado los nuevos actores –generaciones, expresa el Informe Brundtland- se encuentren con igualdad de recursos para su sustentación, lo que está en juego es la velocidad de uso y apropiación que se aplica, dado que los tiempos naturales son relativamente

autónomos. Esto es, responden a procesos de maduración o reconstitución que tecnológicamente –al menos hoy y en todas sus fases- no pueden “artificializarse” al extremo. La discusión en torno a los efectos de la agricultura intensiva, por ejemplo, justamente es un ejemplo de cómo la insistencia en la producción está por encima de los ciclos naturales de regeneración de los recursos que aporta el ambiente para posibilitar su crecimiento y, por tanto, de las posibilidades de que éste se sostenga en el tiempo con igual condición. En ese sentido, las velocidades de apropiación de la naturaleza en la historia y los diversos modos de producción y sistemas socio-culturales no han sido los mismos. En la discusión que se planteaba con Aristóteles respecto de las diferencias entre crematística y economía ya estaba presente esa distinción. La economía para la obtención de bienes de uso no es la misma que la economía para la obtención de bienes de cambio, por cuanto ésta última no tiene límites de satisfacción, sino que en todo caso importa por lo que implica en acumulación. Para cada caso, entonces, la velocidad de apropiación será distinta y aumentará en la medida que aumente el interés por la acumulación.

Finalmente una tercera dimensión de la problemática se desprende de las anteriores y refiere a los modos en que se conciben las relaciones de apropiación y las percepciones que se tienen sobre los modos en que adquiere sentido para la comunidad esa utilización. Pero suponer desde esa perspectiva que todos los males son únicamente el resultado de las relaciones que se ponen en juego en el capitalismo de la sociedad industrial sería una simplificación. Intervenciones sobre la naturaleza para generar condiciones para la vida siempre hubo y no siempre en total armonía con el entorno. La preocupación por el “dominio” de la naturaleza pudo haberse generalizado y consolidado con la modernidad y el advenimiento del capitalismo, pero no resulta únicamente de éstos. Con los escritos de Crosby y Ponting como referencias, el autor de “Los Límites del Desarrollo Sustentable” aclara: “la ideología que sobre la naturaleza se tenga no garantiza una actitud unilateral hacia ella. Los mitos y ritos para la reproducción de la vida siempre fueron de la mano con la destrucción de los recursos, allí donde las demandas obligaban a ello. Son muchos los ejemplos históricos y etnográficos de sociedades primitivas que cazaron hasta la extinción o deforestaron bosques”.(55) Por otro lado, Maldonado (1999) se interesa por ilustrar el modo en que supuestamente occidente y oriente implican visiones religiosas que conllevan órdenes de

subordinación distintos en la interacción con el ambiente. Occidente para usurpar y sojuzgar y oriente para reverenciar y aquiescentar, sostiene el autor.

Si estas problematizaciones resultan plausibles, entonces, la discusión de algunos de los supuestos de partida, vinculados a los parámetros que se toman a nivel constitutivo (sistema abierto o cerrado; en dinámica degradante o auto-regenerante); relacional (como consecuencia del condicionamiento ambiental, del condicionamiento comportamental y del condicionamiento entre las especies y entre sus unidades de pertenencia por conflictos de apropiación) y situacional (escala local o global, como referente total o situado y como referente cultural), resulta posible comprender algunos de los límites de la propuesta genérica de la sustentabilidad. En ese marco, por tanto, el “desarrollo sustentable” debe pensarse básicamente como un referente de un conjunto de propuestas o enunciados que describen estados de deseabilidad socioambiental, vinculan tecnologías, procedimientos y razonamientos de diversa índole, conducentes a determinado modelo de orden socio-cultural. O por lo menos compatible con la dinámica y estructura de determinado modelo de orden social. Así, los órdenes sociales pueden implicar “trayectorias más o menos sustentables de sus ambientes”(56), más que estados definitivos, y a partir de allí pensar y operacionalizar modos en que pueden seguir esos caminos.

De ese modo como referente discursivo se constituye fundamentalmente como un valor. Como un horizonte poco preciso pero lo suficientemente significativo para la época para constituirse como instrumento ideológico para la intervención. Como valor no es otra cosa que –siguiendo la formulación de Bunge (1996)- un X valioso en el respecto R para la unidad social U en las circunstancias C y a la luz del cuerpo de conocimientos K . O para decirlo en cuanto respuesta construida para hacer frente a la crisis ambiental: en cuanto propuesta (X) valiosa respecto a la necesidad de paliar la crisis ambiental (R) para una sociedad global (U) en circunstancias de tomar conciencia sobre los límites que la vida en la tierra tiene según lo denuncia y explora la ciencia y la experiencia socio-cultural intergeneracional (K).

Ahora bien, llegado a este punto resulta necesario reconocer que toda racionalidad de alternativa ambientalista tiene ciertas características diferenciadoras que la someten a un cuadro de tensiones. Justamente de ellas derivan posiciones diversas. Sobre un conjunto seguramente ampliable, estas tensiones son,(57) entre otras:

- a) las que resultan de la oposición economía – crematística;
- b) las que devienen de los tiempos de artificialización y generación natural;
- c) las que devienen de los tiempos de la lógica de acumulación del capital y de la regulación natural;
- d) las que se manifiestan en las acciones con arreglo a fines o con arreglo a valores cuando sus lógicas de interacción actúan por negación;
- e) las que se debaten entre los discursos fetiches y la explicitación de la falacia argumental;
- f) las que resultan de las diversas posiciones encontradas en cada una de las racionalidades puestas a discusión; y
- g) las que resultan de la intrínseca irresolubilidad que cada racionalidad soporta en sus principios de afirmación y negación recíprocos.

Por tanto, tensiones que se manifiestan básicamente en el terreno de la lucha por la legitimación de los órdenes, en tanto los actores presuponen que imponer su posición es condición para resguardar sus intereses de actuación. En ese punto, donde los problemas de legitimación se identifican y discuten, la amplificación de las racionalidades tiene en la comunicación un punto de encuentro que precisa analizarse para comprender cómo se multiplican en particular las representaciones sociales que se sostienen. O lo que Escobar (1995) sitúa como “diálogo” o confrontación de los discursos.

3. La sociedad moderna como sociedad mediática

El escenario en el que se da esa confrontación es el de la sociedad moderna como sociedad mediática. Esto es, en la que se advierte que los canales de relación social aparecen fuertemente artificializados por mecanismos que salvan espacios y distancias y ofrecen nuevos lenguajes de vinculación.(58) En “Los media y la modernidad” Thompson (1998) muestra un interesante recorrido histórico que sitúa las transformaciones de la sociedad europea –como referente occidental- que se industrializa, aglutina y avanza en su alfabetización para dar lugar a un cotidiano que ve complejizar sus modos de comunicación. En ese marco la irrupción de lo que hoy conocemos como medios de difusión colectiva (para otros medios de comunicación social, o simplemente medios de comunicación) es clave. Sociedad moderna y sociedad

mediática son, en ese plano, una moneda de dos caras. Pero para reconocer una hace falta visualizar la otra y viceversa.

En ésta, desde la popularización de la prensa en el siglo XIX y las posteriores apariciones de los medios audiovisuales en el siglo XX, los imaginarios acerca del “poder” de esos aparatos y sistemas cautivaron a quienes se preocuparon por entender a la sociedad “emergente” y a quienes pretendieron sumarlos a sus intereses. Y desde esa perspectiva los interrogantes subyacentes ubicaron a la “comunicación” como campo netamente instrumental partícipe del diálogo de las ciencias sociales que iban constituyéndose como tales.

Plantear los problemas de comunicación como problemas de un campo disciplinar supone entender que determinado conjunto de interrogantes y preocupaciones de conocimiento puede abordarse a partir de un núcleo común de conceptos y desarrollos teóricos. Esta perspectiva, que también se encuentra en los planteos clásicos de la física, la mecánica y la óptica,(59) por mencionar algunas, deja de lado las pretensiones positivistas por delimitar y precisar para cada disciplina un objeto y método particulares de estudio y reconoce, por ejemplo, que para la comprensión de los fenómenos sociales se requiere de una actitud gnoseológica amplia, no excluyente y abierta a la cooperación continua entre las diversas tradiciones del interrogar y responder científicamente a las cuestiones.

La idea es que frente a un determinado plano con diversos puntos que aparecen aparentemente dispersos es posible reconocer un conjunto de relaciones en una esfera de competencia y un conjunto de puntos de vista que no reducen esa complejidad a un único objeto. En esa complejidad los problemas se comparten por los diversos enfoques y estos a su vez cooperan para el mejor entendimiento. La esfera de competencia, en tanto, se define como dominio epistémico de actuación o núcleo reconocible que, a decir de Duarte Rodrigues (1990), opera por fuerza vinculativa.

Cuando se trata de la comunicación, entonces, vale reconocer que este campo ha tenido tantos intentos de delimitación cuanto de advertencias respecto de la necesidad y/o posibilidades de lograrlo(60). En nuestro caso optar por la perspectiva de campo para referirnos al conjunto de interrogantes que se registran como comunicacionales supone interesarnos por una de sus dimensiones específicas: la pragmática, que refiere a los aspectos particularmente instrumentales en los que se discuten los problemas. El recorte de esa dimensión, la lectura privilegiada de lo instrumental, en tanto, se entiende que resulta

intrínseco al tipo de inquietud que nos convocara, aunque esa perspectiva no inhibe, desde luego, otro tipo de apreciaciones. Referirnos a una dimensión pragmática de la comunicación indica, como ya había advertido Smith (1977), que el foco de los interrogantes se asienta en las relaciones que se establecen en torno a los significados –que involucra a quienes los producen- y sus “efectos” en los ambientes sociales en los que circulan. Y justamente la discusión que iniciáramos en torno a las posibilidades que tienen los medios de difusión colectiva de aportar a la sensibilización de los problemas ambientales requiere de este tipo de problematización, por cuanto lo que está en juego es justamente la presunción de contar con expectativas positivas en torno a un obrar que provoque ciertos cambios en las realidades sociales de interés. En ese marco, los problemas de la comunicación ante el cambio son los problemas de a) las relaciones, acciones e instrumentos para lograrlos y b) los múltiples elementos contextuales que se sitúan socio-históricamente en una coordenada determinada.

Pero retomemos la discusión inicial. Se dijo al finalizar el apartado sobre la problemática ambiental que las tensiones que se manifiestan en el terreno de la lucha por la legitimación de los diversos órdenes que intentan modelar lo social presuponen que los actores buscan imponer su posición para resguardar sus intereses de actuación. En ese punto, si la preocupación se centra en las posibilidades de sensibilizar a la sociedad en torno al medio ambiente y el papel que para ello tienen los medios de difusión colectiva, a ésta cabe considerarla en cuanto problema de legitimación y aceptación de los discursos que se proponen y circulan. Por tanto, también de los mecanismos que multiplican las imágenes y relatos que alimentan las representaciones sociales de lo que se trata.

En ese sentido, en una sociedad mediática la renovación de los discursos e imágenes es continua, aunque la suposición crítica en torno a ésta implica y denuncia que ello no deriva necesariamente en cambios sustanciales respecto de los valores y formas dominantes instaladas(61).

En los próximos apartados se analizarán, entonces, a) las tradiciones respecto a la discusión sobre los “efectos sociales” de los medios; b) las concepciones relativas a las audiencias; y c) las relaciones que se visualizan en torno al par medios-audiencias en función de lo que resulta de la emisión y recepción de producciones mediáticas. Con esa secuencia se espera avanzar en una problematización que permita finalmente discutir de modo específico la relación que se establece entre los medios de difusión colectiva y la problemática ambiental.

a) La discusión sobre los “efectos sociales” de los medios de difusión colectiva

Si lo que resulta socialmente dominante supone grados diversos de probabilidad de obediencia –a decir de Weber- en función de aceptar las correspondencias, despertarlas y fomentarlas requiere del accionar de determinados mecanismos e instrumentos.(62) Entre los instrumentos, los sistemas que permiten producir, reproducir y vehiculizar imágenes e información -y una presencia continua de ciertas representaciones- fomentan credibilidad en tanto actualizan en el orden simbólico de la realidad los sentidos de autoridad y de correspondencia. Es en ese punto, como se planteara anteriormente, dónde el papel de los medios de difusión colectiva resulta relevante.

Desde esa perspectiva, “información y creencia están ligadas”, afirma Debray (1995). Y agrega: “La televisión [por ejemplo] no inventó ni desinventó la retórica como ejercicio de la palabra persuasiva. La redefinió, como el libro impreso lo hizo con el ‘arte de la memoria’, y en particular con las normas dos veces milenarias de la transmisión escolar de los saberes” (Debray, 1995:61). Pero sobre esa acción persuasiva, sin embargo, las lecturas acerca de la capacidad de penetración de los medios para obtener adhesión y consolidar o mudar creencias han ido variando conforme la sociedad y el conocimiento sobre lo social se fueron problematizando. A seguir se explora el movimiento de esas concepciones y explicita la posición teórica que se asume.

Para facilitar ese recorrido la obra de Mauro Wolf parece sumamente indicada, dado el nivel de sistematización que ofrece. El autor de “Los efectos sociales de los media” (1994) permite identificar dos cruces claves en la tradición de los estudios, aunque particularmente analice el segundo. Uno de ellos refiere a la nunca acabada confrontación entre la llamada investigación administrativa (de cuño estadounidense) y el planteamiento crítico (de raíz europea). Y el otro a las tendencias de reconstruir los modelos teóricos mediante un recorrido por ciclos o en su defecto advirtiendo sus coexistencias.

Sobre el primer cruce Merton ya había adelantado un juicio que parece sumamente gráfico: mientras el planteamiento crítico trata de problemas importantes de un modo empíricamente discutible, el esfuerzo administrativo trata de fundamentos generalmente más triviales aunque de manera empíricamente correcta (Merton, 1949:804). Lo cierto es que esa confrontación entre lecturas europeas, de vertiente materialista, y norteamericanas, más

próximas al funcionalismo, generó una trama divisoria que sólo comenzó a dialogar entre sí en los años '70, pudiendo renovar de algún modo la investigación que desde entonces se practica.

El segundo cruce, en tanto, permite advertir con bastante claridad la tendencia que han seguido los estudios de acuerdo a sus premisas principales y nivel de simplicidad-complejidad de los modelos. Al respecto Wolf (1994) muestra la lectura que a su entender representa de manera clásica ese movimiento: “La tendencia más frecuente es la que reconstruye por ‘ciclos’ la teoría de los efectos”, dice el autor. En ese sentido se refiere a cómo los efectos de los medios se han querido explicar de acuerdo a tres modelos que siguieron una secuencia más o menos lineal en los estudios. Esto es, un primer ciclo –inicios del siglo XX hasta la década del '30- en el que se suponía que existía cierto convencimiento generalizado respecto de un poder muy fuerte de influencia de los medios (propio de lo que se denominó teoría hipodérmica)(63). Un segundo ciclo a principios de los años cuarenta donde ese poder se relativizó en función de las evidencias que los estudios psico-experimentales (Blumer; Hovland; entre otros) y sociológicos en terreno (Lazarsfeld y Merton, Klapper, etc.) aportaban(64). Y finalmente un tercer ciclo –desde los años '70- en el cual el poder asignado a los medios vuelve a ocupar la atención privilegiada de los investigadores (Noelle-Neumann; Schelling; entre otros) aunque tamizado por otros enfoques que agregan complejidad a los análisis.(65)

Entre éstos pueden mencionarse al menos cinco líneas que han consolidado sus propuestas teóricas. Estas son la teoría del “espiral del silencio”(66), particularmente desarrollada por Noelle Neumann; el planteo de los “desniveles de conocimiento”(67) de Tichenor-Donohue y Olien; la teoría de la “dependencia de la información”(68) de Ball Rokeach y De Fleur; la teoría del “cultivo”(69) de Gerbner y el planteo de los media como “constructores de realidad” a la que aportaron Kindlof, Lull y Meyrowitz, entre otros.(70)

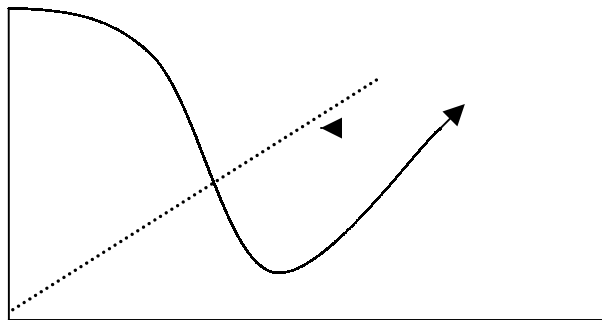
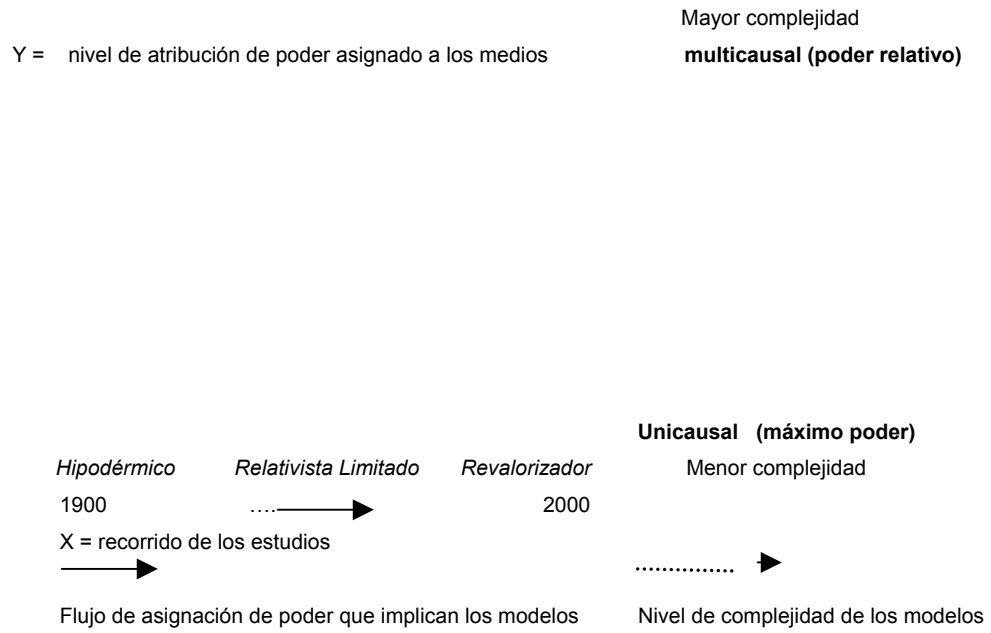
Pero la dificultad que tiene una interpretación por ciclos –observa Wolf- es que desoye la verdadera capacidad de los estudiosos para advertir de manera cruzada las limitaciones de las investigaciones dentro de determinada línea y advertir los nuevos caminos de interrogación. De ese modo la reconstrucción por “coexistencia” procura poner en duda las caracterizaciones puras y unívocas de cada fase y destaca la complejidad e interdependencia del campo. Preocupación que Wolf consigue retratar y alumbrar con múltiples ejemplos

académicos que señalan como en cada fase resulta posible encontrar un diálogo fecundo entre las diversas posiciones y teorías.(71)

En ese sentido, una lectura acerca de la textura de los modelos explicativos que se elaboraran permite advertir que si cabe destacar una constante, es la que refiere al nivel creciente de complejidad explícita que fue caracterizando al recorrido de la investigación. De un modelo lineal tipo causa-efecto (generalmente vinculado al conductismo y la lectura estímulo-respuesta) a otro con mayor consideración de variables (causas-filtros personales o interpersonales-efectos), para finalmente lograr un salto cualitativo y pasar de una interpretación de efectos a corto plazo a otra interpretación de consecuencias de los efectos a largo plazo. Esto es, donde se sostiene que no es una comunicación determinada la que logra incidir en las audiencias, sino una larga secuencia de relaciones y consumos mediáticos que inciden en los modos en que las audiencias interpretan la realidad mediatizada.(72)

De ese modo los modelos a) hipodérmico; b) relativista limitado; y c) revalorizador se corresponden a las fases que caracterizaron los estudios. En ellos se parte de un modelo unicausal y omnipotente que permite avanzar sobre el reconocimiento de multicausalidades adjudicadas a los factores de personalidad y a los contextos de recepción para llegar a un modelo de mayor complejidad que modifica su enfoque privilegiando las lecturas de consecuencias a largo plazo. En ese recorrido la atribución de poder cambia y forma una campana descendente que luego vuelve a tender al ascenso. La lectura de ciclos tiende a enfatizar la vigencia de premisas dominantes para cada fase. La lectura de la coexistencia de los modelos, en tanto, a un ir y venir de los estudios con mayor diálogo entre sus premisas fundamentales, lo que permite interpretar de manera “más realista” la dinámica que el campo tuvo en la elaboración y vigencia de sus teorías. El recorrido en su conjunto, desde esa perspectiva, muestra que la tendencia general fue la de un incremento en el nivel de complejidad de los modelos. Visto gráficamente (I), se puede considerar del siguiente modo:

Gráfico I: Recorrido de los estudios sobre los efectos de los medios considerando la complejidad de los modelos y la atribución de poder asignado.



Ahora bien, así planteado, un punto crítico en ese recorrido es no sólo cómo se ha concebido el poder de los medios, sino cómo en paralelo se han conjeturado las audiencias. Aspecto que analizaremos a continuación.

b) La lectura sobre las audiencias

Desde la perspectiva de los tres modelos presentados, la vigencia de una lectura de efectos a corto plazo en los dos primeros indica que los receptores eran vistos como sujetos pasibles de ser manipulados (en la lectura hipodérmica) o al menos persuadidos (en la lectura relativista). En ese sentido concebir a los efectos en tanto incidencias de corto plazo, implicaba suponer que determinada acción mediática –en tanto estímulo- generaba una respuesta de comportamiento que era totalmente acrítica en el primer modelo y relativamente pasiva en el segundo. En este caso, la suposición era que mediaba entre la emisión del medio y la recepción o respuesta a) un conjunto de filtros dependientes de la personalidad del receptor; o b) cierta incidencia de figuras fuertes (líderes locales o cosmopolitas, siguiendo a Lazarsfeld y Merton, 1948), correspondientes al núcleo de relaciones interpersonales del grupo de pertenencia o referencia del receptor.

El marco en que las investigaciones revelaban esas persuasiones e influencias estaba dado por estudios que en su mayoría eran financiados por recursos provenientes del gobierno estadounidense o de la propia industria de las comunicaciones, ambos interesados en tener respuestas prácticas y conclusivas. El *Bureau of Applied Social Research* de la *Columbia University*, fundado por Paul Lazarsfeld, fue un centro clave para ello(73).

De ese modo, a partir del agotamiento de las explicaciones simplistas atribuidas a las opiniones generalizadas, en donde las audiencias reflejaban la pasividad y masificación acrítica de la sociedad concebida para las primeras décadas del siglo XX –que entre otros de manera tan inquietante relatara Ortega y Gasset (1930)-, se fue gestando la idea de que los individuos no eran sólo caja de depósito de los mensajes, sino decodificadores complejos. Al abandono de la concepción de individuo-masa cargado de pasividad e indiferencia se sumó la idea que las audiencias no se constituían tan solo a instancias de ciertos mensajes, sino que por el contrario estaban expuestas de manera continua a los flujos de la industria mediática muñidas de ciertas capacidades. En ese momento en que los estudiosos sobre los efectos de los medios se orientan por relativizar y limitar la capacidad de su influencia, las audiencias

pasan a concebirse como “activas”. Esto es, dando lugar a la pregunta “qué hace la gente con los medios”, en lugar de la tradicional “qué hacen los medios con la gente”.

Con esa consideración, al suponerse la audiencia como activa se puso en escena otros elementos de interés. Ello, en razón de que pasó a entenderse que los actores que deciden su consumo de medios y que ponen en juego sus intereses de recepción y esquemas de decodificación actúan fundamentalmente a partir de sus capacidades cognoscitivas (antes que reactivas, destacadas para interpretar la pasividad). De ese modo, el concepto de cognición desplaza a otros como el de “actitud” y evidencia un quiebre fundamental en la evolución de los modelos: orienta las lecturas sobre las consecuencias de los efectos a largo plazo y deja en su camino los intereses por interpretar las reacciones inmediatas, propio de los modelos preocupados por los efectos a corto plazo.

Este nuevo enfoque permite re-orientar los interrogantes hacia los contextos de socialización de los individuos y grupos, pero también a las dimensiones socioculturales que explican, antes que las homogenizaciones, los procesos de diferenciación de las audiencias. Enfoque este último sobre el que los estudios culturales europeos hicieron un significativo aporte.(74)

Desde ese ángulo de lectura, muchos interrogantes giraron en torno a cómo los medios contribuyen a la construcción social de la realidad, en la medida que se constituyen en el instrumento privilegiado al que recurre la sociedad para saber qué pasa en su entorno. Ello supuso focalizar la atención particularmente en el impacto que las representaciones simbólicas de los media tienen en la percepción subjetiva de la realidad social, a decir de Adoni y Mane (1984). Pero en ese marco tal vez una consideración necesaria sea la de postular que más que constructores de realidad pueden concebirse como co-constructores de la realidad. Esa diferencia conceptual coloca en escena el papel que tienen otras instituciones, grupos y la propia experiencia del sujeto para, como advertía Thompson, ser partícipes del armado y desarmado –codificación y decodificación- de lo que es la definición de realidad que se vive. Por tanto, de evitar suponer que sólo por la existencia y actuación de los medios es que resulta posible tener una definición de realidad determinada.

Para Wolf, en tanto, el poder asignado a los medios para construir la realidad social “fluye a su través y se adapta a las estrategias con las que los sujetos atraviesan continuamente los confines que separan los diversos planos de la realidad social” (Wolf, 1994:115). Esto es, se

vincula a la propia experiencia de los sujetos como consumidores de medios y a sus capacidades para separar y saber interpretar lo que es “realidad” de lo que se constituye en “representación” de la realidad. Al igual que Thompson, entonces, atribuye un papel activo a la audiencia y sus capacidades cognoscitivas de entendimiento del fenómeno mediático. Plano a través del cual se acercan a la realidad sin por ella fagocitarla.

c) La relación medios-audiencias

Pero en ese marco la pregunta que interesa a nuestra discusión remite a ¿quién es ese destinatario colectivo al que se busca sensibilizar?. O visto desde la relación medios-audiencia, ¿qué supuestos se sostienen respecto de cómo éstas se definen y caracterizan en esta sociedad de la información? Y ¿cómo se vinculan a los medios de difusión colectiva?

Partir de las formas de relación que pueden plantearse entre los medios y la sociedad, no desde la perspectiva del comportamiento individual de cada persona frente al medio, sino a partir de lo que la tradición de los estudios en comunicación se ha denominado como audiencias y/o públicos de los medios, supone reconocer un nivel más general y abarcativo que puede –en primera instancia- identificarse en tanto *colectivo*. Este puede entenderse como categoría social que refiere a un conjunto poblacional que comparte ciertas propiedades distintivas sin por eso acusar algún nivel de organización específica, aún cuando pueda asumirla. Un conjunto de vecinos, propietarios, productores o una audiencia de algún medio de difusión, por ejemplo, puede decirse que conforman un colectivo. En general, advierte Cachón Rodríguez (en FGV, 1986:208), el término indica su oposición a lo individual y su empleo es ocasional. Si por otro lado el término pretende calificar a la acción (social), se asume como compuesto y refiere a un conjunto de comportamientos de individuos que, aunque diferentes, comparten objetivos o situaciones comunes y pueden actuar cooperativamente para beneficiarse y/o compartir principios, causas, etc.

En los antecedentes de la comunicología, en tanto, hay un sinnúmero de capítulos dedicados a distinguir las modalidades en que los colectivos se presentan. McQuail (1983), por ejemplo, se interesó por discutir las diferencias entre la audiencia como agregados, como masa o como público, grupo social o mercado, tomando a la “recepción” como criterio central para operar la distinción. Nigthingale (1999), por su parte, introduce la discusión cultural para asociar textos y contextos a la conformación de las audiencias y, por tanto, a las distinciones que surgen por criterio “relacional”, y afirma que la gente se convierte en audiencia por

razones culturales, no naturales y que su carácter esquivo, de contornos imprecisos, orienta a tratarlas como relación. Price (1994), en tanto, recorre la discusión histórica de las distinciones sobre el público y otorga particular atención a los niveles en los que se sitúan los sujetos de acuerdo a su actividad-pasividad de la que ya hablan Lippmann [1925] y Blumer [1946]. En ese marco los espectadores conforman la audiencia que sigue a los actores, afirma el autor. Pero la distinción también contempla los intercambios y en ese marco los actores de un determinado asunto pueden ser espectadores de otros o viceversa.

Recogiendo esos antecedentes, una alternativa es considerar a ese colectivo en sus modalidades de articulación conceptual por implicación(75). Esto es, considerando que hay diversas formas en que ese colectivo puede presentarse cuando se analizan las posibles relaciones que se establecen con los medios de difusión colectiva.

Desde esa lectura, puede sostenerse que si el colectivo A representa el modo de agregación más general, vale postular que una audiencia B puede coincidir con éste en tanto el conjunto de sus miembros pueda potencialmente responder positivamente a la probabilidad de recepción. Por otro lado, puede sostenerse también que esa audiencia ha de constituirse en público genérico cuando en algún nivel un subgrupo de la misma -que incluso puede ser ella-activa/genera/produce una respuesta en torno a alguna manifestación orgánica del ambiente comunicacional. En la medida, entonces, que los medios de difusión colectiva (MDC) pueden entenderse como organismos comunicacionales de iniciativa continua (la existencia de un MDC se define y legitima por su actuación difusora regular) puede suponerse que tienen capacidad para generar ante sí determinadas respuestas de interés de recepción de un subconjunto B que de ese modo se constituye nominalmente -y en primera instancia- en su audiencia. A su vez, ésta podría en un todo o en parte constituirse en un subconjunto C – público- en la medida que active/genere/produzca respuestas comunicacionalmente consecuentes de la recepción. Nuestra preocupación por la sensibilización de las audiencias y eventual constitución de públicos, entonces, puede analizarse en ese marco referencial.(76)

Desde la perspectiva de la recepción de los sujetos individuales, por otro lado, puede afirmarse que los consumidores se vuelven receptores cuando poseen cierta disposición significativa (Cantú y Cimadevilla,1998). Esto es, cuando activan mecanismos de relación con el medio que no se confunde con un mero absorber de contenidos, sino de producir/ /construir/negociar y negar esos u otros contenidos. Ese mecanismo que desde una óptica

individual explica la recepción, es condición necesaria para dar lugar a la existencia de una audiencia, en tanto un conjunto de receptores coincidan en su consumo, pero requiere de otro nivel de activación para constituirse en público.

La diferencia entre audiencia y público, entonces, puede ubicarse en la distinción de las modalidades de relación que se activan entre los receptores y el medio. En ese marco, el concepto de público en tanto entidad colectiva -señala Price (1994)-, fue particularmente tratada por Blumer [1946], quién propuso utilizar el término para referirse a “un grupo de gente que a) está enfrentada por un asunto; b) se encuentra dividida en su idea de cómo enfocar el asunto; y c) aborda la discusión” (Price, 1994:44). Es el desacuerdo y la discusión alrededor de un asunto concreto lo que “hace existir a un público”, concluye el autor. En nuestro caso, ante la problemática ambiental, un público se constituye en la medida que un colectivo constituido en audiencia activa sus respuestas comunicacionales para atender el asunto, enfocarlo y en el emitir e intercambiar pareceres aviva su discusión.

Si no hay un asunto que enfocar y discutir, si no hay una manifestación en torno a un asunto (que puede resultar de la iniciativa del medio o simplemente ser éste un canal vehiculizador) puede haber audiencia aunque no público. El público, entonces, refiere a un comportamiento activo (diferente al de la audiencia) de los receptores que se constituyen en “emisores” sobre un tema en particular (Hall dirá, en esos términos, que repasan o producen mensajes en torno a un asunto). Es el sujeto que por vivir en sociedad necesita/debe/quiere cultivar una vida hacia fuera -dirá Noelle-Neumann (1995)- y por tanto actúa y responde como colectivo. Es el espectador del que hablara Lippmann, entonces, el que se convierte en actor.

Desde la óptica individual, por tanto, se está pensando en receptores que hacen uso de los contenidos de los medios; entendiendo por uso a una práctica que asigna sentido a la recepción, que se apropia de alguna manera del contenido de los medios y, parafraseando a Stuart Hall, lo articula en alguna práctica social (Cantú, Cimadevilla, 1998). Volviendo a la visión desde el colectivo, el concepto de público tal como se viene desarrollando implica la articulación en la producción de nuevos discursos acerca de determinado asunto que ha circulado por algún medio.

Pero la distinción entre audiencia y público no es solamente a los efectos de ganar en precisión conceptual sino también de generar y revisar interrogantes y buscar respuestas a

partir de ella. Hace ya medio siglo dos estudiosos de la pragmática de las relaciones entre medios y audiencias, Paul Lazarsfeld y Robert Merton, se preocuparon por uno de los rasgos que parecía caracterizar la “comunicación de masas” involucrando esos conceptos. Los receptores-audiencia ante el exceso de información producido por la capacidad y lógica de actuación de los medios podían sufrir un repliegue sobre lo privado y constituirse tan solo en audiencias que a nuestro entender serían básicamente egoactivas (en usuarios de la información por el sentido mismo de estar informado). La exposición a grandes cantidades de información podía originar la denominada ‘disfunción narcotizante’, advertían. Su preocupación radicaba en que en las sociedades modernas se defiende el principio de contención de una población activa e interesada por los asuntos públicos, pero ante la vorágine informativa los sujetos pueden confundir estar informados y conocer sobre los problemas diarios con el hacer algo al respecto, dirán los autores. Los medios, explicarán, han mejorado el nivel de información, pero independientemente de sus intenciones, puede que apaguen las energías humanas de la participación activa y las transformen en conocimiento pasivo (Lazarsfeld y Merton, 1948). Audiencia y espectadores, pero no público y actores.

Sin duda esa preocupación de la *communication research* no era sólo patrimonio de los estudios administrativos, también los intelectuales de escuelas críticas sumaban su propia versión: sufrimos la influencia de la superinformación -acotaba Morin (1987)-, pero ésta no es absolutamente incompatible con la subinformación. “En vez de ver, de percibir los contornos, las aristas de aquello que los fenómenos traen, quedamos ciegos dentro de una nube de informaciones” (1987:31). ¿Somos sólo espectadores confundidos?, cabría preguntar. Thompson (1998) es más moderado en sus observaciones y sostiene –como se dijo- que la mayoría de los individuos tratan de lograr equilibrios entre lo que les sugiere su experiencia práctica y su experiencia mediática en sus vidas cotidianas. Al fin las audiencias también maduran, insiste Iglesias (1995) y cultivan la búsqueda de entendimientos sobre sus papeles como receptores para generar relaciones equilibradas con la información y las responsabilidades que de ella se desprenden. Aunque, como advierte Nightingale (1999), si la uniformidad del pasado -imaginada colectivamente- generaba un individuo unificado, la diversidad del presente crea un sujeto constituido por complejas y contradictorias identidades. No siempre se asumen las responsabilidades o los papeles de las actuaciones colectivas. No siempre se es actor, diríamos en los términos clásicos que proponen Lippmann y Blumer, en

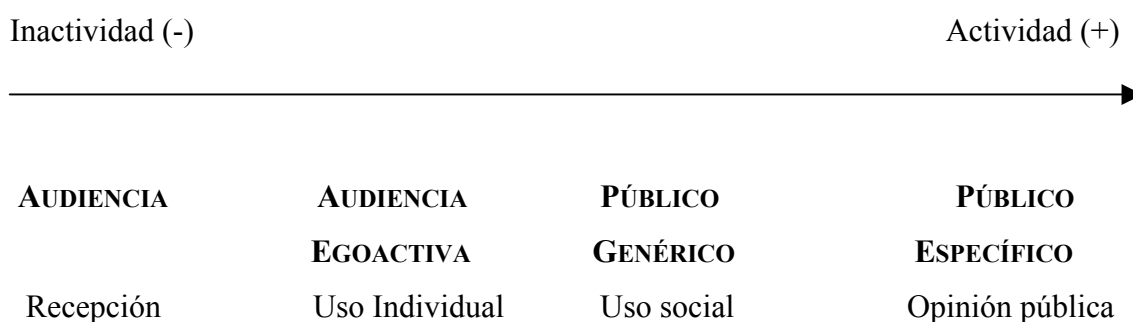
muchos casos sólo se es espectador. No siempre, como lo conciben Habermas o Williams, puede suponerse que si se hace ingresar a las audiencias al diálogo -constituirlas en público- “el resultado final será la aparición de versiones comunes del bien y un incremento de la solidaridad social”, recuerda Stevenson (1998). Aunque el esfuerzo por revigorar la esfera pública pluralizada resulte necesario para la construcción de sociedades más preocupadas y ocupadas por la alteridad. En ese marco, cuando la preocupación de un público genérico pasa a constituirse también en la ocupación de ese público frente al asunto, estaríamos ante un público que bien podemos denominar específico.

Uno de los interrogantes de fondo, entonces, se vincula a comprender ¿qué activa a los sujetos a transformar su condición de espectadores en actores?, ¿qué permite que los receptores-audiencia pasen a conformarse como públicos y/o públicos específicos? y ¿hasta qué punto no es la mirada del investigador la que recrea e interpreta esos papeles por encima de la propia realidad?

Una graficación de la dinámica a la que se enfrentan los colectivos constituidos en audiencia o público –con sus variantes- permite advertir ese nivel de complejidad.

Así, el continuo entre la noción de audiencia y público se extiende como sigue:

Esquema I: Continuo audiencia – público de acuerdo al nivel y perfil de actividad que asumen los receptores



Ahora bien, ¿qué es lo que induce a pasar de una condición a la otra? ¿qué permite a los sujetos que transformen su condición de espectadores a actores o viceversa? ¿cómo actúan las representaciones que vehiculizan los medios de difusión colectiva para ser partícipes de esa dinámica?

A seguir exploraremos algunos de los interrogantes que se sumaron en esta discusión considerando la problemática ambiental y la acción de los medios de difusión colectiva a partir de un estudio de casos que anunciamos oportunamente.

4. Los medios y la problemática ambiental: la cuestión del cambio

Jan Servaes (2000) recuerda que los medios de difusión son generalmente pensados, en el contexto de acciones para el desarrollo, para promover estrategias de cambio social mediante la divulgación de mensajes que interpelan al público para que apoye a los proyectos en marcha.(77) En ese marco hace un repaso por los modelos que se han postulado(78) y también ofrece una especie de decálogo comunicacional que reconsidera las experiencias y críticas y explora los modos en que deben repensarse las estrategias y modelos. Pero como ya se planteara respecto al salto cualitativo de los enfoques que consideran las consecuencias a largo plazo de los efectos de la comunicación, un tema crucial es que los medios no están necesariamente operando en función de determinado proyecto. En la sociedad contemporánea éstos ofrecen una multiplicidad de flujos que generan, entre otros, acumulación y consonancia informativa. Estas redundan en la transmisión de imágenes y representaciones sobre la realidad que impactan ofreciendo marcos desde donde los actores interpretan su realidad inmediata. (Adoni y Mane, 1984)

¿Cómo comprender su actuación y lo que de ella resulta ante casos particulares como el de la sensibilización de la problemática ambiental?

Si vale reconocer que la experiencia mediática de al menos la última década y media pone a disposición un buen número de mensajes que alertan y consignan un vivir más cercano a lo ecológico y –como planteamos- las prácticas cotidianas lo reconocen, los actores no parecen cultivar necesariamente ese rumbo más exigente y menos cómodo. La pregunta siguiente, entonces, y que fue disparador inicial, es si ¿resulta plausible esperar algo de los medios de difusión respecto de la co-construcción de percepciones y predisposiciones acordes a un vivir más armónico con el ambiente?

4.1 Un estudio de casos: prensa y audiencia, contenidos y rutinas

En investigaciones recientes centramos nuestro trabajo en algunos puntos sensibles a la problemática planteada. A través del análisis de contenido de la prensa escrita regional (diario “Puntal”) y las rutinas productivas del medio, particularmente nos interesamos en conocer el

tratamiento que a la temática ambiental se daba. Posteriormente enfocamos sobre la audiencia de lectores un estudio que procuraba analizar cuál era su percepción sobre la problemática y qué relaciones podíamos establecer con los resultados anteriores. En ese sentido, como ya se aclaró, el supuesto con el que se trabaja es que no hay relaciones causales directas entre las agendas que ofrece el medio y sus tratamientos y los modos específicos con el que la audiencia percibe los fenómenos. Sí se supone que las coincidencias que se encuentran remiten a identificar cuáles son las percepciones hegemónicas en ese ambiente social

En ese marco, el primer estudio permitió considerar que: a) La mayoría de las noticias publicadas era de reducida extensión; b) éstas no respondían a un patrón de sección fija; c) ni a una regularidad establecida; d) en general se originaban a partir de condiciones climáticas adversas; y e) el razonamiento más aplicado en la producción informativa asociaba los perjuicios de los fenómenos meteorológicos a las fuerzas de la naturaleza (denominamos a ese razonamiento como “naturocausal”).(79)

Por otro lado el estudio de las “rutinas productivas”(80) permitió establecer que los niveles de producción respondían a criterios de simplificación laboral, a una priorización del tema vinculado a su posible espectacularización y a una concepción de la temática filtrada por imágenes y razonamientos que se apoyaban en informaciones de circulación mediática globalizada, más que en el análisis particular de las circunstancias ambientales de la región.(81)

Finalmente los resultados que arrojó el estudio de audiencia permitió observar ciertos puntos coincidentes y discutir cómo lo global y lo local son dimensiones presentes con escasa interconexión para los actores involucrados.(82)

a) Consideraciones respecto al estudio

Para constextualizar esos esfuerzos de conocimiento vale rescatar como antecedente que los esfuerzos de investigación que realizáramos, desde 1990 a la fecha, han girado en torno a conocer los procesos de interacción resultantes de la actuación de los sistemas expertos (Giddens, 1997) vinculados a la generación y transferencia de tecnología agrícola, los nuevos actores y demandas del escenario rural pampeano de la región centro-sur de la provincia de Córdoba y las posibilidades ciertas de difusión de los proyectos de “desarrollo rural sustentable”.(83)

Porque en esos estudios concluimos que la problemática del desarrollo rural sustentable requería considerar, entre otras, que: a) los problemas productivos vinculados al ambiente excedían la acción individual de los actores; b) la percepción social sobre los límites de la naturaleza a la acción entrópica se vinculaba a un modo cultural de concebir su dominio y a una razón instrumental predominante; y que, por tanto, c) cualquier acción intervencionista preocupada por la sustentabilidad requería de compromisos asumidos por el Estado y la Sociedad Civil; y d) la difusión de un paradigma tecno-productivo ambientalmente compatible demandaba una acción comunicacional de largo plazo y de carácter sistémica(84), es que nos orientamos a estudiar sus relaciones mayores.

Desde esa perspectiva, entonces, se arribó al enfoque sobre la relación propuesta entre sociedad/medio ambiente/acción comunicativa, lo que incluso resultaba afín a la de otros estudios y posturas como las de, por ejemplo, Left (1994); Redclift (1996); y Goodland et alii (1997). A partir de ese punto las últimas investigaciones que realizamos giraron en torno a la actuación de los medios de difusión masiva; y a las percepciones sociales que resultan de los procesos de exposición y consumo con efectos latentes y actualizables a largo plazo -donde la evidencia mayor es que las agendas de los medios suelen coincidir con las agendas del público (McCombs, Shaw, 1972; McCombs y Evatt, 1995).

En ese sentido, partimos de la conjetura que estudiar la relación entre ambas agendas permitiría identificar, dado ese contexto en particular, las imágenes que asume la sociedad como representaciones del medio ambiente y las posibles tensiones existentes entre éstas y el saber, concebir y hacer productivo y las consecuencias medio ambientales presentes(85).

Con esa lectura los objetivos de conocimiento propuestos fueron: 1.) Identificar qué noticias y tratamientos informativos ofrecía la prensa gráfica local y regional (Diario Puntal de Río Cuarto)(86) sobre la problemática ambiental; y 2.) Conocer qué percepción tenía el público adulto de Río Cuarto de los asuntos ambientales en general y regional en particular.

Para ello las operaciones de campo supusieron: a) el empleo del análisis de contenido para conocer el tratamiento de la noticia ambiental por parte de dicho periódico, lo que permitió reconocer el tipo de noticias, espacio (tamaño, ubicación etc.), oportunidad y tratamiento de los distintos artículos y notas relacionados con la problemática ambiental(87); b) la realización de entrevistas en profundidad (Taylor y Bogdan, 1986) como técnica principal para obtener información sobre las perspectivas, significados y definiciones

expresados en las propias palabras de los periodistas entrevistados(88); y finalmente c) la realización de un estudio de audiencia con los lectores del diario analizado. Para el caso se aplicó un cuestionario semiestructurado a una muestra de 100 lectores escogidos por el método de bola de nieve.

b) Discusión de algunos resultados del análisis de contenido:

Los principales resultados indican, entre otros, que:

1.) El tipo de artículo predominante es la noticia, a la cual corresponden el 91% de los artículos publicados en el período analizado.

2.) Del conjunto de noticias publicadas la mayoría otorga centralidad a la temática ambiental en cuanto disparador informativo (lo que origina la noticia), es de reducida extensión (menos de un tercio de la página) y se publica generalmente en la zona superior de la página.

3.) El diario no dedica un espacio específico para tratar las noticias ambientales, sino que estas aparecen sin una regularidad en diferentes secciones.

4.) Las noticias ambientales se originan, en general, a partir de condiciones climáticas adversas.

5.) El razonamiento más aplicado en la producción de la noticia ambiental es el que asocia los perjuicios de los fenómenos meteorológicos a las fuerzas de la naturaleza con total autonomía de posibles causales antrópicas. Es, entonces, un razonamiento “naturocausal” (56,5 % del total publicado).

6.) Las fuentes más consultadas en la producción de las noticias se relacionan con autoridades municipales y miembros de servicios públicos locales.

El material analizado, entonces, nos ha permitido radiografiar el itinerario que la información vinculada al ambiente ha seguido a lo largo de un año de publicaciones diarias. En ese recorrido de la información algunas presunciones que se tenían siguen encontrando apoyo empírico, mientras otros datos permiten generar nuevas especulaciones.

Desde esa perspectiva, las consideraciones son las siguientes:

a) El material publicado, casi en su totalidad correspondiente al género noticia, no sigue un patrón editorial específico vinculado a alguna intencionalidad instrumental (mayor conocimiento sobre un problema; instalación de una preocupación a nivel social, divulgación de rutinas de acción o valoración frente a determinada circunstancia), sino que más bien su

inclusión resulta del valor de centralidad que pueda tener la temática en un momento dado(89). Su tratamiento se caracteriza, por otro lado, por un recargado de códigos que potencian la “espectacularidad” en torno a la “fuerza de la naturaleza”(90). De allí que las frecuencias más altas acerca de las temáticas publicadas giren en torno a las condiciones climáticas y sus efectos “dañinos”, “molestos”, “inhibidores” de actos; o, en su forma extrema, “destructivos” para con las obras del hombre (pérdida de cosechas, destrucción de caminos, infraestructuras, etc.).

b) El tratamiento comprensivo de las relaciones que se establecen entre los posibles antecedentes causales y los consecuentes ambientales se apoya mayoritariamente en razonamientos denominados “naturocausales”(91). Esto es, en el planteo genérico de que la naturaleza se comporta de acuerdo a sus propias leyes y con independencia de los efectos que eventualmente pueda generar la sociedad sobre sus estructuras. De ese modo, la información refuerza cierta concepción determinista acerca de que “lo que produce la naturaleza” es independiente de la acción humana y ésta última está librada a sus fuerzas, movimientos y contingencias. No hay espacio, de ese modo, para una mayor reflexión acerca del carácter de interacción permanente que ejercen ambos subsistemas y de la responsabilidad que le cabe a la sociedad en los modos que establece la relación(92). En ese sentido, un dato interesante es que si se consideran las fuentes más consultadas el listado es encabezado por organismos oficiales y públicos, con lo cual resulta al menos posible plantear que muchas de esas argumentaciones vienen avaladas o inducidas por “especialistas” de órganos socialmente legitimados para emitir opiniones expertas. Ello no significa que los especialistas desconozcan los tipos de interacciones probables entre *sociedad* y *naturaleza*, sino que quizás no los problematizan o argumenten de modo que los planteos resulten decodificables para el gran público(93) y en consecuencia los periodistas no los consideren.

c) Discusión de algunos resultados obtenidos en las entrevistas a los productores de noticias

El proceso de construcción de la agenda estudiada y sus características, desde la perspectiva de los periodistas entrevistados, permite observar al menos dos aspectos significativos: 1.) uno vinculado a las características del material; y 2.) otro a los tipos de razonamientos dominantes.

1.) Las características del material

Como dijimos: El tipo de artículo predominante es la noticia; la mayoría otorga centralidad a la temática ambiental en cuanto disparador informativo (lo que origina la noticia), es de reducida extensión y se publica generalmente en la zona superior de la página; el diario no dedica un espacio específico a la problemática, estas aparecen sin una regularidad en diferentes secciones. Las noticias ambientales se originan, en general, a partir de condiciones climáticas adversas.

“Noticia pequeña, ubicable, espectacular, pero azarosa y discontinua”. La fórmula que resuelve lo que se vaya a decir sobre la problemática ambiental tiene, entonces, escasos elementos de producción. “Los problemas aparecen cuando emergen”, dicen los periodistas. No hay sección ni periodistas especializados. Los temas que integran la problemática ambiental resultan de interpretar el interés de la gente y cómo la afecta. “Nosotros generalmente reaccionamos ante un pedido de la gente o ante una situación que sale a la luz pública. En si el diario no tiene una línea editorial, un estilo ecologista, pero cuando hay un problema se ponen en marcha una serie de canales para tratar de reflejar lo que está pasando”, se sostiene.(94)

Pueden llegar a ser temas directamente relacionados a la Ecología, a la preservación del medio ambiente o temas más domésticos, emotivos: “que se deprede un bosque no es una cosa que te cause mucha emoción, pero ver un perrito que se muere...”, afirma el entrevistado aludiendo al mecanismo que actúa a la hora de decidir cierta selección y enfoque.

Hay, reflexionan, dos tipos de temas: “algunos que son realmente importantes y otros a los que la gente les da más importancia de la que tienen, pero les interesan”. Y aclaran cómo ejemplo: “uno de los grandes temas es el del calentamiento global; un problema importante, pero muy a futuro”. Hay otros temas que son más acuciantes, como el uso del agua o los contaminantes pero que aparecen magnificados (...) “Esta última semana en General Cabrera – comenta el entrevistado refiriéndose a una ciudad de la región- los vecinos denunciaron una fábrica que trabaja en la fundición de plomo y está contaminando el ambiente y afectando la salud de los vecinos. Temas siempre hay, pero como todo medio escrito nosotros tenemos que tomar ciertas precauciones. Por ejemplo que haya una denuncia penal o que alguien se haga responsable o que nosotros hagamos un análisis y tengamos una prueba fehaciente porque el que se siente afectado nos puede demandar”. Lo que sin dudas opera como condicionante.

Y como se dijo, la selección, frecuencia y ubicación resulta azarosa. “Es medio errático el lugar donde van a ir a parar esos temas”, afirman. Puede ser en Locales o Información General, o si se vinculan a ciertos desastres ocurridos en otros países – terremotos, contaminaciones de petróleo, etc.- van a internacionales(95). Tampoco hay cierta periodicidad de aparición. Y según se ve esto “no colabora para que la gente tome conciencia de muchas cosas”, reflexiona el periodista entrevistado.

Aún cuando para algunos esa pueda ser una de las funciones propias del diario, “cuando aparecen estas noticias es porque los hechos están consumados”, la realidad está dada. “Después hay una especie de negociación interna dentro de las secciones: lógicamente el que lleva la política internacional prefiere poner algo sobre Medio Oriente antes que (...)” le ocupen su espacio con preocupaciones ambientales sin vinculación directa con lo inmediato, local o regional; se dice sin considerar que ese nexo “puede” o “debe” hacerlo el propio periodista.

Pero las negociaciones sobre el espacio y los formatos también se vinculan a los condicionamientos de la publicidad o a ciertos impactos noticiosos en lo político, económico, etc. Los periodistas reconocen: “El diseño depende de la publicidad y de los temas. Por ejemplo, un tema provincial se agranda como con el caso del soborno a un senador para que vote una ley (conocido como caso Bodega) y con eso se llenan dos páginas provinciales en vez de una. O si hay algo muy grande de economía en vez de darle dos se le dan tres. Es bastante flexible”. Y otros agregan, “El diario es así: se llega y lo primero que se considera es la publicidad. La tendencia es que se respete la publicidad como viene. Generalmente en cada sección el primer tema, la primer página de la sección es la más importante. Pero si por ahí se tiene un aviso enorme y al tema más importante no se le puede dar mucho despliegue, entonces se corre y eso arrastra lo demás”.(96)

También las épocas condicionan tamaños y contenidos. En verano el diario es más chico por varias razones: la publicidad baja, los periodistas que trabajan son menos y “producir lleva mucho tiempo”, se dice. “El estilo que se sigue responde a hacer las noticias lo más sencillas posibles”. Hay que competir con otros medios audiovisuales que son de naturaleza dinámica. Se usan fotos, cuando se puede infografías, pero “tampoco hay demasiados recursos ni técnicos ni humanos como para poder producir materiales específicos”(97). Normalmente tratamos de sacar nuestras propias fotografías o ilustraciones,

agregan, o utilizar fotos de archivo, pero estas no siempre se adecuan e incluso traen problemas. “Sabemos que competimos con otros medios audiovisuales que lo que ofrecen y venden son imágenes, entonces un diario no puede ofrecer sólo textos”, se afirma.

“Hay que ver también lo que le gusta leer a la gente. Vos le das a la gente lo que le gusta leer. Lo que hoy va en tapa es porque es polémico”. Y lo ambiental va en tapa si reúne esas condiciones(98). Un gran incendio, un perjuicio, etc. Y ejemplifican. “Cuando se puso en tapa “matan a perros por electroshock” lo importante no fue la noticia en sí, sino el impacto de la denuncia de los empleados, el informe del perito, la elevación a la justicia... No sé si en otras circunstancias podría haber sido tapa”, afirma el redactor entrevistado.

Por otra parte, generalmente cuando se investiga un tema siempre se tiene una asociación, una entidad, una organización que apoya al periodista porque éste no tiene el tiempo suficiente, o no tiene la formación para decir si las algas del lago Villa Dálcar – ubicado en el perímetro de la ciudad- son buenas o son malas, se ejemplifica. “Siempre acudís a algún experto, alguna persona que sepa del tema, te guíe y avale la investigación. Es muy raro que llegues a concluir por tus propios medios “hay tal tipo de algas que puede llegar a contaminar”. Digamos que siempre hay un denunciante de la noticia, salvo que sean cosas que nosotros vayamos a verificar, cosas obvias. Aparte necesitamos que alguien diga, que alguien hable para tener constancias (...) En los medios de aire por ahí no se corre ese riesgo porque la palabra se escucha hoy, y mañana ya se olvidó, pero en lo nuestro es un documento. Entonces hay que cubrirse de alguna manera porque si no nos lloverían juicios de todos lados.” En ese marco es bastante complicado que se decida y ponga en práctica una investigación, que se descubra algo que nadie sabía y que se lo diga públicamente, concluyen.(99)

Pero la problemática ambiental podría tener su sección fija, reflexionan. Al tiempo que se afirma como posible en cuanto se encuentre la chispa o veta que la vuelva interesante(100) La información científica suele ser muy acartonada. “No sé, confiesa el entrevistado: a mí se me hace que la gente mira y dice: Ah! se quemaron diez mil hectáreas y luego pasa a otro tema, ¿a ver qué dijo Maradona? . . .Yo creo que para una sección de una o dos páginas, no sé si todos los días, pero una vez por semana daría, la gente lo seguiría, no me cabe la menor duda; pero no para todos los días ni una sección, ni un suplemento semanal”.

Por otro lado, se quiera o no, los enfoques que más se privilegian son los económicos y políticos. “Al que sufre la inundación la información útil es la que le dice cómo se

instrumentan las respuestas que traen soluciones: créditos, apoyos..”. el resto va para la problemática más social, humana que es la que suele pegar más emocionalmente, se opina. “Aunque el criterio que define la presencia de una temática o no es el de lo que más vende”.(101) Por ejemplo, “en este momento son las disputas de cualquier índole con repercusión local. Te olvidas del resto. La política o un hecho policial local tapan muchas otras cosas de fondo, como pueden ser hasta algunas cosas de educación, o de salud, o incluso del medio ambiente... sobre el que la mayoría de la gente no tiene conciencia...”

2.) Los tipos de razonamientos dominantes

Como se afirmó, el razonamiento más aplicado en la producción de la noticia ambiental es el que asocia los perjuicios de los fenómenos meteorológicos a las fuerzas de la naturaleza con total autonomía de posibles causales antrópicas. Es, entonces, desde nuestra perspectiva, un razonamiento “naturocausal” (56,5 % del total publicado)(102). Y curiosamente, mientras se encuentra esa lectura, las fuentes más consultadas en la producción de las noticias se relacionan con autoridades municipales y miembros de servicios públicos locales. Advierte el análisis de contenido efectuado. En ese sentido, el peso que tienen las rutinas productivas puede explicar en parte esa observación. Golding y Elliott (1979) han mostrado reiteradamente en sus estudios cómo las fuentes institucionales o la información que se acerca al periodista termina imponiéndose en la maquinaria de la industria editorial para resolver los espacios carentes de tiempo y recursos de producción. En ese caso, por ejemplo, el hecho de que una institución como la Sociedad Rural de Río Cuarto (que nuclea a los productores agropecuarios de mayor porte) dispusiera de una columna con periodicidad y desarrolle una política comunicacional más orgánica hace que facilite su presencia en el medio y podría constituirse en un referente para tratar la problemática que nos ocupa.(103)

Pero ¿por qué la mayoría de los “razonamientos” que se aplican en los tratamientos noticiosos “son naturocausales” si también se hace referencia a las permanentes consultas a los expertos? El diario no tiene especialistas, se dijo, tampoco tiene una sección fija o rutinas de producción establecidas para estos tratamientos. La discontinuidad y la oportunidad de la noticia por su valor de espectacularidad –accidentes, desastres, contaminaciones con perjuicios demostrados, etc.- revelan que los tratamientos *ad-hoc* no se valen de cierta experiencia acumulada, por tanto, de cierta especialización o fuente de criterios frente a la problemática. De todos modos que las fuentes y apoyos de expertos auxilien la tarea parecería

abrir interrogantes acerca de este descuido en la complejidad que merecen las relaciones puestas en juego. Pero las noticias son pequeñas, los informes esporádicos y los recortes y condicionamientos de espacios en muchos casos seguramente operan para dar paso a la simplificación, surge de modo conclusivo en las entrevistas.

Si hubo un “desastre” natural, será la naturaleza. Podría afirmarse sin riesgos para el cronista o columnista a cargo del suceso. Algunos entrevistados parten de reconocer que los temas ambientales son demasiado “amplios, ambiguos”, una especie de caja de pandora que tiene de todo en su interior y por tanto nada específico para objetivar(104). Otros afirman que los principales problemas son los “generados por la propia población”. Pero al mismo tiempo las supuestas evidencias locales o regionales les dicen que “los problemas no son tantos, o tan graves, o tan acuciantes o presentes”. Son del futuro, son de otras regiones, son de la industria –que allí no se tiene-, son de escenarios lejanos(105), son comparativamente menos importantes para ocupar los espacios que se llevan otros temas. “Si van en tapa, es porque van a causar impacto o cierta polémica que es lo que interesa al lector”. Si no venden ni seducen, ¿qué puede instalarlos en la agenda del editor?

Las buenas producciones, como suele decirse, requieren tiempo, recursos, investigación y avales. La nota corta, la muestra espectacular de la fuerza de la naturaleza frente a la impotencia humana se impone. Lo *naturocausal* es, en todo caso, más que una simplificación conciente por falta de editorialización, la consecuencia de buscar la imagen más adecuada para tentar al lector sin comprometerle ni comprometerse. Lo descarga de culpa, le evita también la reflexión y no compromete al editor. Está todo ahí, en la propia imagen o en el dato crudo de cuántas hectáreas menos hay para la producción o de cuántos recursos se perdieron frente al fuego devastador o la “impertinencia” de las inundaciones. Y no es cosa que aparentemente se vincule a lo que se hizo o pueda hacer para resolverlo. La interpretación de Thompson, en ese sentido, parece ir al encuentro de “ese equilibrio” por mostrar lo que realmente sucede pero sin que el mensaje apele a compromisos o exigencias posteriores. Es la búsqueda de equilibrio entre la información mediática y la experiencia cotidiana desconectada del problema, entonces, la que pareciera imponerse sin exigir nada.

d) Discusión de algunos resultados obtenidos en el estudio de lectores

Si percibimos que la agenda ambiental de la prensa local se resume a noticias pequeñas, visibles, espectaculares, pero azarosas y discontinuas, y con tratamientos simples y

básicamente naturocausales, la pregunta en torno a los lectores se circunscribe a si ¿hay coincidencias con la agenda del público?.

Los principales resultados relevados permiten observar que:

1.) Seis de cada diez lectores conservan este hábito con Puntal desde hace al menos diez años. Con lo cual el periódico, puede decirse, tiene una especie de “audiencia cautiva”.

2.) La frecuencia de lectura promedio es de 3 a 4 días por semana. Lo que permite considerar la relativa continuidad del lector frente a las noticias del medio.

3.) Más de la mitad de los lectores tienen hábitos de lectura vinculados a una determinada sección del diario. Las secciones más señaladas son deportes y policiales.

4.) Los temas ambientales suelen ser de interés para una quinta parte de la muestra relevada, aunque no se constituye en una temática de lectura de primer orden.

5.) En ese marco los jóvenes de hasta 30 años tienen una mayor inclinación a la temática; igualmente, son los lectores más instruidos los que explicitan esa preferencia.

6.) El bajo impacto de las informaciones que publica el diario sobre temas ambientales puede observarse en el nivel de memorización de noticias registradas y comentadas. Sobre una pregunta abierta, las noticias ambientales que se reconocen haber leído en el diario son indicadas por un solo caso de la muestra.

7.) Por otro lado, la consulta de memorización específica sobre noticias ambientales recibidas de los medios de difusión en general permite subrayar que aproximadamente cuatro de cada diez lectores dice recordar materias vinculadas a la temática. De ellos, más de la mitad sugieren que esas noticias los orientó a dar seguimiento o buscar más información sobre el caso registrado.

8.) Las noticias ambientales que se reconocen fueron obtenidas -en su mayoría- a través de la televisión (dos terceras partes de los casos), le sigue en orden de importancia los medios impresos (una tercera parte) y finalmente la radio (un quinto de la muestra).(106)

9.) Las temáticas y problemáticas recordadas y comentadas refieren en la mayoría de los casos a situaciones de carácter global o internacional (por ejemplo la contaminación o falta de agua en el mundo; la erupción de un volcán, el deterioro de la capa de ozono, entre otras); en segundo lugar regional (incendios en las sierras de Córdoba, por ejemplo); y en una mínima expresión de carácter local (microbasurales o roedores en ambientes faltos de higiene en la ciudad de Río Cuarto).(107)

La sistematización a la que se llega permite advertir que la muestra analizada atribuye un buen nivel de confianza a los resultados de acuerdo a lo que interesaba, por cuanto el perfil de los entrevistados revela su asidua vinculación con el medio. En ese marco, la temática ambiental que nos ocupa sin dudas no es motivo de preferencia singular, aunque en los casos que así se manifiesta, aparece asociada por temáticas que exceden el espacio local y gráfico y suelen reconocerse básicamente a través de fuentes audiovisuales, en especial la televisión. Finalmente, se reconoce que en la muestra los jóvenes y mayormente instruidos son los que más inclinación demuestran hacia la problemática.

La percepción de la temática casi como espectáculo y la desconexión de las noticias con las referencias de la vida cotidiana y el propio entorno caracterizan, entonces, ese consumo y relación.

e) Estudios afines, resultados convergentes

En un escrito anterior (Cimadevilla et alii, 1997) mostramos que en el campo de estudios de la comunicación la problemática del desarrollo fue perdiendo su presencia a medida que se avanzó hacia los años '90. Si bien en ese marco cierta "moda" ecologista se evidenció a inicios de la última década y reinstaló la preocupación, no fueron ni son muchos los estudios que finalmente se publicaron o circularon(108). Los antecedentes que encontramos -y se explicitaron a pié de página a lo largo del texto- remiten a algunos trabajos realizados fundamentalmente en Brasil y México. Algunos están disponibles como libros o artículos de revistas y otros son trabajos inéditos realizados como disertaciones o tesis de graduación o posgraduación o como informes de investigación con acceso en las universidades de origen de los autores.

Visto en términos comparativos, esos trabajos que hemos citado como correspondientes a las investigaciones de Oliveira, M. (1991), Brandão (1991), Oliveira, F. (1996), Targino y Teixeira (1996), Aguilar Díaz (1996), Reigota (1997), Nether, (1998), Cunha Lemos et alii (2000), Ivanissevich (2001), Massarani y Castro Moreira (2001), Rygaard, (2002), López Adame (2003) y Martínez (2003); y las apreciaciones de Silva (1982), Avila Pires (1983), Amorim (1996), Giacomini Filho (1996), De Freitas y Krohling Kunsch (1996) y Assis Martins Fernández (2002), permiten considerar una serie de resultados y ópticas que en relación a cada uno de los tópicos se muestran convergentes.

La temática ambiental aparece tratada por los diversos medios de difusión que se analizaron en los estudios a partir de criterios de circunstancialidad, simplicidad y búsqueda de sensacionalismo. Las conclusiones se repiten: Las noticias no se profundizan, continúan o proyectan más allá de lo que importan por su valor de “noticiabilidad”. No hay políticas editoriales explícitas en los periódicos para destacar las temáticas ambientales. No hay periodistas especializados ni rutinas productivas orientadas a favorecer su tratamiento. Más bien hay momentos en que las claves noticiosas se mueven detrás de los eventos que pueden causar impactos, seducir la atención de las audiencias e instalar con buena posición al medio asediado por la competencia.

Los razonamientos “naturocausales” mayoritariamente presentes en los contenidos que se estudiaron, en las percepciones de los periodistas que se relevaron y en los lectores entrevistados tienen su relación con el “naturalismo” que destaca Reigota en su investigación y en el “afeganistanismo” que plantea Silva. Todos convergentes en un plano de desvinculación entre las esferas de la “naturaleza” propiamente dicha y la “naturaleza artificial” que destaca la acción humana como parte intrínseca al ambiente. Hacia esa convergencia, entonces, hay que apuntar la nueva discusión. No parece excepcional ese rasgo de lecturas desasociadas. Preocupaciones semejantes movilizaron a Lazarsfeld y Merton (1948) y a los intelectuales de las escuelas críticas como Adorno y Horkheimer (1992), por citar algunos de los cuales figuran como intelectuales reconocidos en el campo de las ciencias sociales.

La espectacularidad en la que se envuelve el producto mediático y la desconexión de las dimensiones que refieren a los fenómenos retratados y advertidos en las propias rutinas productivas de los medios pero también en las percepciones relevadas en sus audiencias orientan la discusión a lo que parecen ser las características fundamentales de las relaciones que se tejen entre la sociedad / los medios / y el ambiente.

4.2 Hacia una hipótesis de la espectacularización mediática y la desconexión

Las temáticas ambientales –como ya dijimos en otras instancias(109)- nacen como problemas globales y por tanto parece lógico esperar que así se traten y conciban(110). Posiblemente este condicionamiento “primigenio” u “original” permita explicar por qué resulta poco común encontrar que los medios y que las audiencias presten una atención

preferencial a las temáticas de modo cotidiano, más aún cuando se trata de casos que se apoyan en circunstancias poco espectacularizables en lo local o cercano.

Las informaciones sobre el ambiente, que en la prensa local observada –así como en los estudios afines contrastados- se resumen a noticias pequeñas, visibles, espectaculares, pero azarosas y discontinuas, con tratamientos simples y básicamente naturocausales, parecen tener su correlato en los casos de la audiencia particularmente estudiada. Para los lectores la temática no aparece como mayoritariamente preferencial. En los casos que se revela algún interés, éste no tiene una lectura de primer orden ni parece constituirse en una preocupación que vaya más allá del conocimiento de algunas temáticas que presumiblemente son de escala global o internacional, antes que regional o local.

En ese sentido parece plausible sostener como hipótesis que **opera cierta desconexión(111) entre la atención que se da a la temática –generalmente vinculada a temas espectacularizables y lejanos, referenciados por audiovisuales y asociados a problemas de gran escala como la contaminación o destrucción del planeta- y la posibilidad de percibir que ésta pueda asociarse también al ambiente inmediato y la vida cotidiana. Por tanto, desvinculada también de la propia acción diaria de aquel que se constituye en audiencia.**

Pero en ese marco “espectacularización” y “desconexión” remiten a dos cuestiones específicas que conviene abordar. Veamos algunas consideraciones para su discusión.

a) La espectacularización mediática

“El mundo entero es pasado por el cedazo de la industria cultural”, sentenciaron Adorno y Horkheimer en su clásico “La industria cultural. Iluminismo como mistificación de masas” [1947] (en Bell et alii, 1992). Y a continuación afirman: “La vieja esperanza del espectador cinematográfico, para quien la calle parece la continuación del espectáculo que acaba de dejar, debido a que éste quiere precisamente reproducir con exactitud el mundo perceptivo de todos los días, se ha convertido en el criterio de la producción. Cuanto más completa e integral sea la duplicación de los objetos empíricos por parte de las técnicas cinematográficas, tanto más fácil resulta hacer creer que el mundo exterior es la simple prolongación del que se presenta en el *film*.” (1992:121)

Ficción y realidad, entonces, para Adorno y Horkheimer parecen fusionarse para responder a las conveniencias de la industria mediática, pero también para alimentar la

esperanza de los espectadores. Ello, dicho cuando al mediar los años 40 del siglo pasado todavía no se había desarrollado la industria de la televisión y el magnífico “bombardeo” de imágenes que hoy cautivan diariamente varias horas a los telespectadores urbanos de buena parte del planeta. Pero lo cierto es que a partir de allí esa línea argumental tuvo un punto de encuentro entre los estudios administrativos y críticos de la época y consolidó una imagen descomprometida y acrítica de las audiencias. A la lectura sobre la naturaleza empresaria de los medios se agregó la concepción de carencia crítica de las audiencias y el resultado sólo podía ser uno: la “industria cultural puede hacer lo que quiere con la individualidad debido a que en ésta se reproduce desde el comienzo la íntima fractura de la sociedad” (pág. 167). La vida de cada uno es, en ese marco, parte de “las masas desmoralizadas” que bajo la presión del sistema, demuestran estar “civilizadas sólo en lo que concierne a los comportamientos automáticos y forzados” y en donde la cultura ha contribuido siempre a domar los instintos, tanto revolucionarios como bárbaros. Y la cultura industrializada hace algo más, agregan los autores, “enseña e inculca la condición necesaria para tolerar la vida despiadada” (Horkheimer y Adorno, 1992:164)

La ficción, el espectáculo, entonces, sirve a ese mecanismo de disciplina y copia de la realidad y la vida misma, y ésta por su vez es una extensión de aquella. La espectacularidad de los productos tiene así una funcionalidad para la homogeneización y naturalización de las cosas, incluso de la “injusticia y la violencia”, a decir de los autores. El espectáculo que se contempla en la vida o en la pantalla es una misma cosa que cotidianamente se repite confirmando un esquema de relato. Y el relato y los relatos, a decir de Martín Barbero en su análisis de la obra (1987), para los autores “dicen lo mismo”. “La materialización de la unidad se realiza en el *esquematismo*, asimilando toda obra al esquema, y en la *atrofia de la actividad* del espectador. (Martín Barbero, 1987:118)

Pero esta lectura que marcó época no variaría demasiado en sus versiones más contemporáneas. Guy Debord fue, en ese sentido, un buen discípulo y su “Sociedad del espectáculo”(112) reprodujo la tesis principal, aunque *aggiornada*, ante la nueva maquinaria comunicativa de finales de los '60. En su capítulo primero desplaza los argumentos principales del análisis:

“Toda la vida de las sociedades en las que dominan las condiciones modernas de producción se presenta como una inmensa acumulación de espectáculos(113). Todo lo que era

vivido directamente se aparta en una representación.” (...) “El concepto de espectáculo unifica y explica una gran diversidad de fenómenos aparentes. Sus diversidades y contrastes son las apariencias de esta apariencia organizada socialmente, que debe ser a su vez reconocida en su verdad general”.

Y sobre esa base refuerza algunas ideas principales que vale destacar:

1) *Acerca de la Unificación realidad-ficción*: “El espectáculo se muestra a la vez como la sociedad misma, como una parte de la sociedad y como instrumento de unificación.” Como parte de la sociedad, “es expresamente el sector que concentra todas las miradas y toda la conciencia. Precisamente porque este sector está separado es el lugar de la mirada engañada y de la falsa conciencia; y la unificación que lleva a cabo no es sino un lenguaje oficial de la separación generalizada”. Y luego afirma: “No se puede oponer abstractamente el espectáculo y la actividad social efectiva. Este desdoblamiento se desdobra a su vez. El espectáculo que invierte lo real se produce efectivamente. Al mismo tiempo la realidad vivida es materialmente invadida por la contemplación del espectáculo, y reproduce en sí misma el orden espectacular concediéndole una adhesión positiva.” Y por ello concluye que “la realidad objetiva está presente en ambos lados. Cada noción así fijada no tiene otro fondo que su paso a lo opuesto: la realidad surge en el espectáculo, y el espectáculo es real”.

2) *Acerca de la Alienación y el engaño*: “El espectáculo no es un conjunto de imágenes, sino una relación social entre personas mediatizada por imágenes”. (...) “Esta alienación recíproca es la esencia y el sostén de la sociedad existente. En el mundo *realmente invertido* lo verdadero es un momento de lo falso.” “El espectáculo no puede entenderse como el abuso de un mundo visual, el producto de las técnicas de difusión masiva de imágenes. Es más bien una *Weltanschauung* que ha llegado a ser efectiva, a traducirse materialmente. Es una visión del mundo que se ha objetivado”. (...) Considerado según sus propios términos, “el espectáculo es la *afirmación* de la apariencia y la afirmación de toda vida humana, y por tanto social, como simple apariencia”.

3) *Acerca de la Negación del ser y del hacer*: “Pero la crítica que alcanza la verdad del espectáculo lo descubre como la *negación* visible de la vida; como una negación de la vida que *se ha hecho visible*” afirma. “La alienación del espectador en beneficio del objeto contemplado (que es el resultado de su propia actividad inconsciente) se expresa así: cuanto más contempla menos vive; cuanto más acepta reconocerse en las imágenes dominantes de la

necesidad menos comprende su propia existencia y su propio deseo. La exterioridad del espectáculo respecto del hombre activo se manifiesta en que sus propios gestos ya no son suyos, sino de otro que lo representa. Por eso el espectador no encuentra su lugar en ninguna parte, porque el espectáculo está en todas”. (Debord, 1995, Notas 1-34)

En esos términos, la espectacularización de la sociedad es, para Debord, como un eje estructurador de lo social, pero también una estrategia de la industria mediática y un mecanismo de alienación del cual no resulta posible escapar. Pero si esta caracterización teórica ha sido lo suficientemente provocadora y prolífica a la luz de la discusión que ha suscitado(114), también en la práctica y representación de los actores productores y consumidores de la comunicación presenta ciertas marcas que la permiten confirmar. La espectacularización de la realidad en la producción de la noticia se da en la medida que la materia producida va al encuentro de lo real para retratarlo (como si fuera posible) con autonomía de cualquier subjetividad y lazos de causalidad. Lo que se presenta es lo real como extensión de la vida misma. Acotado, simple pero visible y exagerado en lo que guarda de emocionalidad (lo que impacta la sensibilidad y merece destacarse), igualmente azaroso y discontinuo como los eventos que rodean la cotidianidad, las noticias ambientales no dejan de ser como un documental que pasa de vez en cuando (y que por su vez remite al espectáculo televisivo que reconocen las audiencias cultivar), mientras la vida que se produce a su alrededor no acusa recibo del nivel de consecuencias e interrelaciones en la que está atrapada. Y de allí es, quizás, que las representaciones sobre el ambiente lo retraten tan lejos en el espacio, el tiempo y/o las relaciones cotidianas. El equilibrio que postula Thompson, entonces, se manifiesta aquí liberando al individuo de toda carga. Y libera al medio de difusión, también, de cualquier compromiso o riesgo argumental.

Pero si la espectacularización puede reconocerse como una política clara, en tanto orientación explícita de las prácticas y concepciones que rigen las industrias mediáticas, compartidas y reconocidas, la discusión acerca de la “alienación frente al espectáculo”, de cierta “desconexión” de los actores de su propia realidad, parece enfrentarnos a un juicio más difícil de aceptar si suponemos que los receptores tienen capacidades cognoscitivas que les posibilitan decodificar e interpretar mensajes con autonomía y mecanismos de asociación. Este punto, entonces, es lo que discutiremos en el próximo apartado como derivación de esa forma de manifestarse en el receptor el “espectáculo”.

b) La desconexión como reificación

La praxis social que resulta de ser y estar en el mundo mediante la interacción social significativa necesariamente se produce sobre la base de referentes institucionalizados, sugieren Berger y Luckmann (1978). Esto es, sobre referentes recíprocamente reconocidos. Desde esa perspectiva, puede decirse que la institucionalización es algo incipiente en toda situación social que tenga continuidad en el tiempo. En ese continuo substituye al instinto, afirmará Luckmann (1996)(115). Es una consecuencia del hacer en común que resulta funcional a la vida misma, a la generación de las condiciones mínimas de reproducción de la existencia individual y del conjunto, en tanto supone esquemas de relación interdependientes.

En ese marco, el orden social resulta entonces de una producción humana continua que se objetiva. Se reconoce y aprende en relación a otros y es condición necesaria para la resolución de los problemas que sobrepasan las experiencias y capacidades individuales.

Previsibilidad en las acciones del otro, innecesaria redefinición de las situaciones dependientes de rutinas reconocidas, compensación de las limitaciones de las capacidades individuales, economía de esfuerzos y alivio en las tensiones -en cuanto ventaja psicológica de restricción de opciones- caracterizan, por tanto, la funcionalidad de las institucionalizaciones y justifican el por qué de su origen y evolución. (Cimadevilla, 2004)

Ahora, ¿qué mecanismo permite que lo institucionalizado se comparta como propio y parte del ambiente natural del sujeto, y por tanto se reproduzca como inherente a un orden social dado? Como un dado “naturalizado”.

En ese sentido, preguntarse por el mecanismo que viabiliza esa internalización y reproducción significativa es preguntarse por los modos como ciertas representaciones acerca del mundo y las relaciones resultan válidas y correspondientes o logran imponerse como tal. Si los procesos de institucionalización resultan necesarios y funcionales y generan consecuencias a nivel de establecimiento de ciertos órdenes, ¿por qué esos órdenes se aceptan invariablemente como correspondientes?

Los hombres aprenden a actuar mediante procesos de socialización históricamente situados, afirma Luckmann. Así adquieren nociones de lo que es valioso y deseable y se “apropian de las medidas de valor por medio de referencias morales, estéticas y prácticas”

(1996 :92). Esas medidas aparecen co-determinadas por distintos modos de apreciación de lo real y del ejercicio del poder en la objetivación del mundo. No se puede suponer una igualdad fáctica y originaria teórico-institucional, advierte el autor. Tanto en la transmisión como en la praxis rutinaria ciertos modos se institucionalizan por sobre otros.

Las diversas fuentes de dominio axiológico y práctico están presentes en cada una de las acciones que constituyen la praxis social y ello se constituye en una política que siguen los actores. El repertorio de soluciones que se heredan y las que se recrean y producen no es independiente de las diversas fuerzas en tensión que buscan validarse. Helmuth Plessner,(116) nos recuerda Luckmann, justamente propuso el concepto de *artificialidad natural* para insistir en la idea de que el orden resulta de una creación determinada socio históricamente por la propia acción de los hombres.

En la tradición crítica, en tanto, el análisis del olvido que las cosas en realidad representan lo que son por el *hacer* humano, antes que un conjunto de propiedades autónomas que derivan de su propia naturaleza, aparece fuertemente planteado en el concepto de *fetichismo de la mercancía* que Marx desarrolló en el tomo I de El Capital(117). Con este concepto, el autor pretendió explicar lo que él entendía como un proceso específico del capitalismo, que servía para mantener ocultas las desigualdades que se generaban en ese modo de producción a través de la producción e intercambio de mercancías. Lukács(118), posteriormente, introdujo el concepto de *reificación* para tratar ese proceso, pero extendiendo el análisis antes circunscripto a la vida económica para la dinámica social en su conjunto. Adorno, en tanto, utilizó ambas acepciones, pero particularmente en su *Dialéctica Negativa* insistió en la tesis de que la reificación puede entenderse como una teoría de la determinación social, en la medida que demuestra como el lenguaje y por tanto el pensamiento -que son producidos socialmente-, pasan a atribuir propiedades a los objetos como si la relación entre la abstracción y la existencia objetiva fuera correspondiente (Adorno, 1986).

En el marco de una tradición fenomenológica, como la que sigue Berger y Luckmann, la reificación se postula como una característica “inevitable” de las sociedades modernas, en tanto condición necesaria para los procesos de construcción de la realidad social. Berger y Luckmann –antes citados-, en ese sentido parten de cuestionarse ¿hasta qué punto el orden institucional se aprehende como facticidad no humana? y derivan la cuestión en la discusión de la reificación, en cuanto aprehensión de fenómenos humanos como si fueran cosas. Así,

afirman, “la reificación es una modalidad de la conciencia, más exactamente una modalidad de la objetivación del mundo humano que realiza el hombre”. A través de la reificación, parece que el mundo de las instituciones se fusiona con el mundo de la naturaleza; “se vuelve necesidad y destino, y se vive íntegramente como tal, con alegría o tristeza, según sea el caso” (1978:117-19).

Pero si esa naturalización es parte constitutiva de la dinámica social, incluso por encima de las capacidades cognoscitivas de los actores, la preocupación en todo caso radica en cómo en la medida que aquella se produce de manera continua también pueden paralelamente plantearse recordatorios y marcos contextuales que reubiquen a los actores sociales como hacedores y co-responsables de esa “artificialidad natural”. Por esa razón última es que interesan las prácticas mediáticas, sus tratamientos argumentativos y las representaciones que repasan sobre las realidades que retratan.

La desconexión que se advierte a nivel de contenidos, pero fundamentalmente también como resultante de las prácticas y representaciones que manejan los profesionales del periodismo, coincidente a su vez con las de las audiencias, advierten que la temática merece algo más que un espacio de atención condicionado por el entretenimiento. Si por un lado las rutinas productivas no dan mayor chance a modificar las políticas editoriales –de los profesionales y empresas- alertas a la problemática, por el otro los lectores –que pueden convenirse en público- tampoco parecen demandar una mayor preocupación y por supuesto en menor medida, ocupación.

Aunque no resulta un objetivo de este trabajo señalar tendencias o advertir escenarios, los resultados analizados no auguran mayores optimismos acerca de cómo la sociedades mediatizadas en las que se tejen estas tramas pueden modificar sus puntos de vista y predisposiciones para hacer que la vida en el planeta se convierta en un habitat con mayor calidad de vida. O simplemente, apto para ella.

En ese sentido la desconexión puede también remitirnos al menos a tres lecturas que no pueden desconsiderarse:

a) Una es la que ya adelantáramos con la preocupación de Paul Lazarsfeld y Robert Merton en su interpretación de la “disfunción narcotizante” que producen los medios. Por ello entienden que es contrario al interés de una sociedad moderna contar con grandes masas de población políticamente apáticas e inertes [...] El ciudadano interesado e informado puede

sentirse satisfecho por todo lo que sabe, sin darse cuenta de que se abstiene de decidir y de actuar –claman los autores. La sobrecarga de información que producen los medios, sostienen, puede llevar al individuo a confundir buscar información sobre un asunto con ocuparse de él.(119)

b) En segundo término a los estudios de Meyrowitz (1985), abocado a analizar el papel socializante de los medios, en particular la televisión, que “desconecta los diferentes tipos de montajes sociales de los flujos tradicionales de información” (pág. 157) y rompe ciertas relaciones que involucran aprendizajes de roles y situaciones. De ese modo, y con la salvedad que sus preocupaciones involucran a las etapas de socialización y la adquisición de aprendizajes para el desempeño de roles, su enfoque ratifica el papel que tienen los mecanismos de continuidad –por ejemplo de los flujos de información- para la conformación de representaciones y modelos de actuación acordes y correspondientes a cada una de las situaciones.

c) En tercer lugar y desde otra perspectiva, vale también el enfoque sobre la indefensión como control. En ese sentido Schlegel nos recuerda que el sistema social de las sociedades modernas está muy normativizado para tratar de evitar la impredecibilidad de las situaciones. Pero al mismo tiempo ello produce una falta de controlabilidad directa de las personas sobre el sistema social. La falta de integración en este sistema no produce ya superstición, porque las personas comprenden relativamente el origen de la situación y comprenden sus causas, sino indefensión porque consideran que no pueden hacer nada directamente para cambiarlo (incontrolabilidad). Quienes tienen una situación privilegiada de poder, entonces, suelen desarrollar estrategias para afirmar esa incontrolabilidad a favor de sus intereses. Por ello la educación es el factor determinante de la prevención y/o del aprendizaje de la indefensión, acota el autor. La transmisión de conocimientos, percepciones, creencias, valores y otros elementos integrantes de las organizaciones cognitivas o mapas cognitivos implica no sólo una transmisión automática de los constructos cognitivos, entendidos como conocimientos científicos adaptados a una realidad ordenada, sino también una transmisión de los sentimientos. En éstos se suma como posibilidad el de impotencia o de falta de control de distintas situaciones. Por eso la “cultura” sería el esquema cognitivo de rango superior dentro de una taxonomía o jerarquía de locus de control de los distintos subsistemas de una sociedad

y las formas de aprehender y estructurar las relaciones con nuestro entorno natural y social, en tanto involucra a ambas dimensiones. (Schlegel, 2002)

Esas tres líneas de entrada, complementarias entre sí, en tanto permiten observar a) la problemática de los “efectos sociales” de la saturación de la acción mediática como consecuencias de largo plazo, b) los tratamientos y discontinuidades de los flujos y contenidos; y c) las eventuales indefensiones como des-conexiones para considerar la propia capacidad de acción de los actores frente la realidad, sugiere que hay muchos interrogantes y alternativas de políticas culturales correspondientes a los actores por explorar. Posiciones coincidentes en plantear procesos en los que los actores no asocian la información que reciben con los hechos cotidianos a los que se vinculan y a sus propias acciones como partícipes del fenómeno al que refieren.

5. Consideraciones Finales

Nuestras observaciones indican que mientras ante la problemática ambiental los medios espectacularizan y desconectan, la gente convenida en audiencia participa del espectáculo desconectada. ¿Pero podría esta realidad presentárenos de otro modo? Esto es, ¿podríamos esperar que los medios de difusión ofrezcan otro perfil de “productos comunicacionales”, más profundos y continuos, menos estereotipados y exagerados y más respetuosos para con sus públicos? Más ligados, en definitiva, a las realidades cotidianas y sus contextos, donde cada espectador se pueda ver como actor con responsabilidades ciudadanas y coterráneas antes que como un número de audiencia o un saturado consumidor de imágenes y relatos. ¿Podríamos esperar en ese marco que la problemática ambiental se instale en la agenda sensible de las políticas de la industria mediática y de la política de los actores sociales? ¿Pero por qué ésta y no otras? ¿Por qué no la problemática de la desocupación de los sub-ocupados, o la de la violencia doméstica cotidiana o la de la violencia del consumo retraído o la de la marginalidad de quienes como minorías enfrentan ciertas dolencias a veces no superables? Estudios como éstos que enfoquen esas agendas ¿no llegarían quizás a nuestras mismas conclusiones?

La realidad que se co-construye en las pantallas, tabloides y parlantes se nos aparece, entonces, necesariamente como poliedros de mil caras que aunque iluminadas por igual, se opacan entre sí por la velocidad en las que se las pone a rotar y por la indiferencia con las que

se trazan sus perfiles. Todos iguales, todos desfiguradamente importantes, todos necesariamente efímeros.

Si la fragmentación no es otra que la medida que resulta de las complejidades que se edifican en la sociedad moderna y las visibilidades siempre crecientes de las realidades co-retratadas y co-creadas por la maquinaria mediática, no resultará posible priorizarlo todo ni ocuparnos de todo con igual tesón. Parece existir cierta condena, entonces, a una única convivencia “real” con los asuntos que opera mediante instantáneas. Y mientras así operan las políticas de los medios, así también operan las políticas de los actores.

El camino intermedio, ese que justamente penetra entre la pesadumbre del intelecto y el entusiasmo y pasión de las causas para repintar ese cuadro, requiere del fortalecimiento de las instancias orgánicas que involucren a actores específicos, políticas expresas y recordatorios cotidianos acerca de los falsos naturales. Necesitamos, entonces, de los otros co-creadores que conviven con los medios para ser partícipes activos como “desanaturalizadores”, para decirlo casi en una versión de relato.

Así, la problemática ambiental, esa que preocupa pero no ocupa, espera porque maduremos la inteligencia que, aunque capacitada, todavía sigue cautiva en renegar de la propia vida.

Notas

(1)Estudios correspondientes al programa de investigación Comunicación, Tecnología y Medio Ambiente: Agendas y Redes. Financiado por CONICOR (primera etapa) y SECYT-UNRC, 1999-2002.

(2)El periódico analizado se edita en la ciudad de Río Cuarto desde 1980. Su área de circulación incluye toda la región centro y sur de la provincia de Córdoba y áreas limítrofes de las provincias de San Luis y Santa Fe y por esa razón es el más importante a nivel regional. La ciudad de RIO CUARTO es la segunda en importancia en la provincia de CORDOBA, situada en la región centro de Argentina. A nivel nacional la región se conoce por su destacada participación en la producción agrícola y ganadera del país.

(3)El supuesto con el que se trabaja es que no hay relaciones causales directas entre las agendas que ofrece el medio y sus tratamientos y los modos específicos con el que la audiencia percibe los fenómenos. Sí se supone que las coincidencias que se encuentran remiten a identificar cuáles son las percepciones hegemónicas en ese ambiente social.

(4)El concepto de “representaciones sociales” que se adopta sigue la línea de Daniel Mato (2001), quien lo define de manera operativa –y sin pretensiones generalizadoras- como “formulaciones sintéticas de sentido, descriptibles y diferenciables, producidas por actores sociales como formas de interpretación y simbolización de aspectos clave de su experiencia

social” (Mato, 2001:133). Asimismo y dada la tradición de estudios comunicacionales en la que trabajamos, usamos de manera similar –aunque provisoria- el concepto de “percepciones sociales”, en tanto éste refiere a los registros sensorio-culturales de la experiencia y su interpretación, internalización y externalización simbólica.

(5) Documento elaborado por la Comisión Mundial sobre Desarrollo y Medio Ambiente, creada en 1983 por la Asamblea de las Naciones Unidas y presidida por la Primera Ministra Noruega Gro Harlem Brundtland.

(6) Concepto que rápidamente fue apropiado por diversas instituciones y posiciones, incluso antagónicas, como las del Banco Mundial y Greenpeace.

(7) Por desarrollo entendemos una concepción que legitima las intervenciones sociales sobre la base de la búsqueda de progreso sustentado en el principio de representación de los intereses que dice promover. En ese marco el desarrollo es concebido como una modalidad de intervención. La intervención por su vez es entendida como un proceso -supra-abarcador-inherente a la conformación y devenir de los grupos humanos que pretenden imponer determinado orden al ambiente natural o social como forma de superar sus problemas de existencia. Toda intervención postula cierto orden que se procura mediante la ejecución de un conjunto de acciones socialmente significativas -directas o mediadas- que buscan la transformación de determinado estado de realidad. La distinción entre un estado de realidad deseado y otro no deseado surge por comparación de valoraciones atribuidas por la subjetividad de los actores sobre la base de parámetros de valor socio-culturalmente adquiridos. Los valores son generados, reproducidos e institucionalizados culturalmente por los distintos conjuntos sociales en función de sus condiciones de existencia. (Cimadevilla, 2004)

(8) A decir de Canuto, esa dificultad se liga a la propia propuesta. Ese concepto tan “generoso” aceptado por ambientalistas y también por empresarios termina constituyéndose en una línea que representa a que nada cambie, a la “no mudanza”, en la expresión del autor (Canuto, 1996).

(9) Asociado ello, según el autor, al modelo “de desarrollo industrialista y científico-tecnológico occidental y de los patrones de consumo opulentos de los países centrales” (Lander, 1995:113).

(10) El texto del Informe Brundtland permite corroborar la afirmación de Lander, especialmente en su capítulo dedicado a las recomendaciones de la Comisión para con las políticas sobre la sustentabilidad (WCDE-Brundtland, 1991).

(11) La primera edición a cargo de Naciones Unidas fue publicada en 1987 en lengua inglesa.

(12) Teresa Halliday muestra, en ese sentido, como el concepto de sustentabilidad y la “causa ecológica” es también utilizada por las empresas para legitimar su actuación y positivizar su imagen por encima de lo que efectivamente hacen (Halliday, 1996).

(13) Citado por Ramón Tamames (1995:237). Del griego holos, “todo”, en filosofía de la ciencia y en las ciencias sociales se utiliza el término para referirse a la relación que se establece entre el todo y las partes, siguiendo la tesis de que el todo o algunos conjuntos representan más que la suma de sus partes. De este modo cualquier explicación que se pretenda no puede reducir los componentes a relaciones entre partes como lo hace el relacionismo o el interaccionismo individualista. Prevalece, entonces, una concepción sistémica (FGV, Dicionário de Ciências Sociais, 1986:558-59). El enfoque holístico aplicado al manejo de los recursos naturales, plantea Sevilla Guzmán, “supone el cuestionamiento de la disyunción y parcelación del conocimiento científico convencional. La separación e

incomunicación entre las ciencias sociales y naturales ha generado la acumulación de saberes separados no sólo entre las dos grandes categorías señaladas sino en el interior de cada una de ellas” (Sevilla Guzmán, 1995:8). Otro concepto asociado a lo holístico es el de gestalt. En la obra de Ellis, W. (Org.) [1939], *Gestalt Theory*, se expresa que la fórmula básica de la teoría gestáltica enuncia que “existen Todos cuyo comportamiento no es determinado por sus elementos individuales, pero donde los “procesos-parte” son determinados por la naturaleza intrínseca del todo” (FGV, op.cit. pág. 516).

(14) En el sentido kuhniano, paradigma entendido como el conjunto de teorías y enfoques compartidos por una comunidad científica en una determinada coyuntura histórica. Al respecto, Thomas Kuhn expresa: “Considero paradigmas a las realizaciones científicas universalmente reconocidas que, durante algún tiempo, ofrecen problemas y soluciones modelos para una comunidad de practicantes de una ciencia” (Kuhn, 1987:13).

(15) El concepto de “inconmensurabilidad” refiere a la imposibilidad de medir, dimensionar y/o encontrar límite al objeto que se trata. En la crítica epistemológica de ver el mundo y practicar la ciencia, Kuhn advierte que “La observación y la experiencia pueden y deben restringir drásticamente la extensión de las creencias admisibles, porque de otro modo no habría ciencia” (Kuhn, 1987:23).

(16) Búsqueda en internet por Altavista únicamente para el término citado en inglés; fecha, 17-2-2004.

(17) Al respecto puede consultarse a Habermas (1980) en su discusión respecto del concepto científico-social de crisis, en “A crise de legitimação no capitalismo tardio”.

(18) En el *Capital*, Marx justamente cita a Aristóteles con la siguiente aclaración: “...para ella – la crematística- la circulación es la fuente de la riqueza. Y parece girar en torno del dinero, porque el dinero es el principio y el fin de este tipo de intercambio. Por eso, la riqueza a que aspira la crematística es ilimitada (...) Es la economía y no la crematística que tiene un límite...” (Marx, 1986:108).

(19) Mucha gente, expresa Tamames, “no había oído hablar de preocupación por el medio ambiente hasta la Conferencia de Estocolmo. Y son muchos todavía los que no podrían diferenciar con claridad ecología de geología o de patología. Pero en todo caso, la reunión de 1972 en la capital sueca, más que el punto de arranque fue casi un punto de llegada; o si se prefiere, el comienzo de una nueva etapa de universalización de las preocupaciones medioambientales” (Tamames, 1995:172).

(20) El documento se denominó “Only one Earth: The care and maintenance of a small planet” y se dispone de una edición española a cargo de Adolfo Alarcón publicado por FCE, México (“Una sola tierra. El cuidado y conservación de un pequeño planeta”).

(21) El Club de Roma surge por iniciativa del empresario italiano Aurelio Peccei, quien en 1966 comenzó a preocuparse por obtener apoyos para realizar un estudio global sobre los problemas mundiales. A partir de entonces varias personalidades del mundo intelectual y otros del sector empresario y financiero se sumaron a su inquietud y el Club de Roma se presentó ante la sociedad como una formación sin ideas políticas y al margen de la confrontación de los bloques del este y el oeste, aunque no por eso quedó liberado de las críticas que se le propiciaron por la base empresaria que permitió su constitución (Ver Tamames, 1995, págs. 105-108).

(22) Versión española publicada por FCE de México.

(23) Una de las principales conclusiones del trabajo del MIT postulaba: “Si continúan sin cambios las tendencias actuales de crecimiento de la población mundial, de la

industrialización, contaminación, producción de alimentos y agotamiento de recursos, los límites al crecimiento del planeta se alcanzarán dentro de los próximos cien años. El resultado más probable será un declive súbito e incontrolable tanto de la población como de la capacidad industrial” (Meadows et alli, 1972:25). Al respecto, Tamames recuerda que antes de este informe varios fueron los intelectuales que desarrollaron tesis en las que insistían en frenar la expansión demográfica, disminuir el crecimiento económico y concretar una profunda redistribución internacional de la renta. Cita entre ellos a René Dubos, George Borgstrom, Paul Erlich, Barry Commoner y Garret de Bell (Tamames, 1995:95).

(24) Tamames, por ejemplo, analiza en particular las críticas de la Universidad de Sussex en los escritos de Pavitt; y la irónica obra de Adrián Berry, *Los próximos diez mil años* (versión española de Alianza) y añade algunas notas que discuten el informe del MIT siguiendo los razonamientos de Marx, Engels y Darwin (Tamames, 1995, págs. 126 a 134).

(25) Barra Ruatta profundiza esta discusión en su obra titulada “Antiecología”, 1996.

(26) La versión española (1982) de este informe se conoció con el título de “El mundo en el año 2000. En los albores del siglo XXI”. Editorial Tecnos, Madrid.

(27) Sobre un total de 891 nominados en el libro *Nosso Futuro Comum* (1991), Anexo 2, págs. 393 a 430 en el apartado sobre agradecimientos, participaciones y aportes. Datos cuantificados por el autor.

(28) Para este trabajo consultamos la edición brasileña editada por la Fundação Getulio Vargas (1991), op.cit. En español la obra fue publicada por Alianza Editorial, Madrid, con el título “Nuestro futuro común” (1988).

(29) El concepto de ecodesarrollo “surge para dar respuesta a la necesidad de armonizar los procesos ambientales con los socioeconómicos, maximizando la producción de los ecosistemas para satisfacer las necesidades humanas presentes y futuras. Por tanto, su filosofía no puede decirse que difiera notablemente de la que subyace al desarrollo sostenible; es decir, un desarrollo ambientalmente sano, económicamente viable y socialmente justo con las generaciones presentes, manteniendo la solidaridad diacrónica con las futuras generaciones” (Jiménez Herrero, 1996:75).

(30) Aunque en la literatura aparezca muchas veces de modo indiferente y la lengua pueda reconocerlos como sinónimos, los conceptos de sostenibilidad y sustentabilidad pueden diferenciarse por connotar ideas distintas. Lo que se sostiene puede suponer que un soporte exterior lo auxilie para mantener su condición momentánea, lo que se sustenta, en cambio, puede aparecer como autónomo y carecer de otros apoyos, así como proyectarse o suponer un futuro. La raíz latina está en *sustinere*, aclara Jiménez Herrero, con el significado básico de sostener, sustentar, mantener, pero también se agregan otros como soportar, tolerar, llevar, que son más afines al modo inglés de usar el término *sustainable*. “Por ambiguo que sea el adjetivo sostenible, su idea clave se basa en la noción de “sostenibilidad” como característica de un proceso que puede mantenerse indefinidamente. Y su fundamento viene dado por el concepto de equilibrio en relación a las capacidades y limitaciones existentes” (1996:40). En el idioma castellano, sentencia Martínez Alier (1989), la proximidad de ambos términos resulta evidente. “Desarrollo sostenible remite al concepto de “capacidad de sustentación” propio de la ciencia ecológica. En cambio, en inglés, *sustainable development* no está a primera vista tan directamente relacionado con *carrying capacity*, todo dependería de la definición que diéramos a la palabra *sustainability*.” Sin embargo, agrega, quienes introdujeron el término desde la Unión Internacional de Conservación de la Naturaleza y luego la Comisión

Brundtland “querían combinar concientemente las ideas de desarrollo económico y capacidad de sustentación” (Martínez Alier, 1989: 89).

(31)Caldwell critica también esa debilidad: “El desarrollo sostenido se ha adaptado ingeniosamente para expresar cualquier contenido que uno ponga (o quiera encontrar) en esta retórica, por lo demás desinformadora. (...) Pero también tiene el efecto de desvirtuar las diferencias entre la economía particular y los valores ecológicos”. Por su inespecificidad se vuelve lema, pero corre el riesgo –agrega- de convertirse tan solo en un cliché medioambiental de los años noventa (1993:196).

(32) “La expansión del mercado, la mercantilización de la tierra y el trabajo, las nuevas formas de disciplina en las fábricas, escuelas, hospitales, etc., las doctrinas filosóficas basadas en el individualismo y utilitarismo, y, finalmente, la constitución de la economía como una esfera “real”, autónoma, con sus propias leyes e independiente de lo “político”, “lo social”, “lo cultural”, etc., son tal vez los elementos más sobresalientes de la construcción histórica de la cultura económica occidental” (Escobar, 1995:9).

(33)Realizada en junio de 1992 en Rio de Janeiro, Brasil, la Cumbre reunió a más de 20 mil personas que participaron individualmente o representando a organismos gubernamentales y no gubernamentales. Los temas centrales de la convocatoria incluyeron: a) Protección de la atmósfera: cambios climáticos, deterioro de la capa de ozono y contaminación transfronteriza; b) Preservación de los recursos de la tierra: acciones contra la deforestación, la pérdida del suelo, y la desertificación; c) Conservación de la diversidad biológica de flora y fauna; d) Protección de los recursos de agua dulce; e) Conservación de los océanos, de los mares y litorales, y utilización racional de sus recursos vivos; f) Manejo ambiental consciente de los desechos biotecnológicos y peligrosos, incluyendo los residuos tóxicos; g) Prevención del tráfico ilegal de productos y residuos tóxicos; h) Mejora de la calidad de vida y de la salud humana; y i) Elevación del nivel de bienestar y de las condiciones de trabajo de los segmentos más pobres de la población.

(34)El gran debate previo a la conferencia se circunscribió, según Tamames, al supuesto control del norte sobre sus más cercanos problemas ecológicos y su preocupación por los incontrolados del sur; al deterioro global vinculado al accionar de las industrias desarrolladas y la posibilidad de acuerdos de amortiguación; y a los problemas de crecimiento demográfico y nuevas pautas de comportamiento en las regiones meridionales (Tamames, 1995:261-62).

(35)Sin dudas, concluye Caldwell, el aspecto más importante de Rio 92 fue la convergencia y la interacción de las organizaciones no gubernamentales de todo el mundo. Los miembros oficiales tienen sus acciones limitadas y sus plazos acotados por un mandato. Los organismos no gubernamentales, por el contrario, están menos subordinados y sus prioridades son menos vulnerables a los cambios. “Muchas organizaciones no gubernamentales son más duraderas y pueden hacer presión sobre sucesivos gobiernos para que cumplan los compromisos de los tratados. Además, la conferencia de Rio ha reforzado probablemente las redes transnacionales y ha aumentado las perspectivas de que los ciudadanos ejerzan una presión más eficaz sobre los gobiernos nacionales recalcitrantes o poco sinceros” (Caldwell, 1993:204).

(36)Citado en Tamames, op. cit., pág. 263.

(37)Un ejemplo concreto de cómo se convierte en noticia por su valor “local” el informe de las Naciones Unidas sobre el ambiente se explicita en la publicación del diario Puntal –ciudad de Río Cuarto- de fecha 25 de febrero de 2001. El artículo ocupa las dos páginas centrales del periódico y su título es “El calentamiento global puede favorecer a Río Cuarto”. Si bien entre

los textos se describe con preocupación la tendencia global del fenómeno, se rescatan los beneficios que para la región se esperan y ello da el eje central a la nota.

(38) No obstante los términos “ambiente” o “medio” como los usamos hoy son relativamente recientes –comenta Arnold-, “no hay nada nuevo en la idea de que el destino de los seres humanos está ligado íntimamente al mundo natural. Pero lo que constituye “la naturaleza”, el efecto que ha ejercido en la historia, hasta qué punto es posible escribir la historia desde una perspectiva biológica en vez de social o cultural y qué lugar debe ocupar el ambiente en la conceptualización del tiempo y el espacio históricos son problemas que se debaten desde hace mucho y que aún se hallan muy lejos de estar resueltos” (Arnold, 2000:16).

(39) Antes que Haeckel, según señala Caldwell, Alexander Von Humbolt tenía una clara perspectiva para entender las interrelaciones del entorno. “En la gran cadena de causas y efectos –decía- ninguna cosa ni ninguna actividad debería ser considerada aisladamente” (Von Humboldt, A. Y Bonpland, A. *Ideen zu einer geographie der pflanzen nebst einem naturgemälde der tropenländer*. Tübingen, Berj F. Cotta, 1807; Citado en Caldwell, 1993:52).

(40) Foladori (1999) y Deléage (1993), al respecto, afirman que el judaísmo y el cristianismo encauzan las ideas clásicas sobre el dominio que el hombre tiene ante la naturaleza y ello queda expuesto en el Génesis de la Biblia. El ser humano, dice Foladori, “aparece como un intermediario entre Dios y el resto del mundo natural, para ordenarlo y dominarlo” (Foladori, 1999:102). Deléage, por su parte, cita del Génesis 9, 1-2, la siguiente expresión del mandato divino: “Sed fecundos, multiplicaros y llenad la tierra. Sed el temor y el horror de todos los animales de la tierra y de todos los pájaros del cielo, como de todo lo que se mueve en la tierra y de todos los peces del mar: se han librado a vuestras manos” (Deléage, 1993:29). No obstante de ser la corriente principal, siempre surgieron voces reivindicando “el otro polo de la contradicción, la armonía con la naturaleza, como fue el caso del pensador judío Maimónides (1135-1204), y de Francisco de Asís (1182-1226), en la Edad Media” (Foladori, 1999:102).

(41) En su obra *La historia y las ciencias sociales. La larga duración*, edición española de Alianza Editorial, Madrid, 1980. Pág. 71.

(42) Y ese exuberante progreso quedaría retratado en su conocido “Manifiesto comunista” de 1848: “La burguesía, a lo largo de su dominio de clase, que cuenta apenas con un siglo de existencia, ha creado fuerzas productivas más abundantes y más grandiosas que todas las generaciones pasadas juntas. El sometimiento de las fuerzas de la naturaleza, el empleo de las máquinas, la aplicación de la química a la industria y a la agricultura, la navegación de vapor, el ferrocarril, el telégrafo eléctrico, la asimilación para el cultivo de continentes enteros, la apertura de los ríos a la navegación, poblaciones enteras surgiendo por encanto, como si salieran de la tierra. ¿Cuál de los siglos pasados pudo sospechar quisiera que semejantes fuerzas productivas dormitasen en el seno del trabajo social?” (Marx y Engels, 1985:41).

(43) En ese sentido de disputa, Darwin sentenciaba: “Aunque algunas especies puedan estar aumentando numéricamente en la actualidad con más o menos rapidez, no pueden hacerlo todas, pues no cabrían en el mundo” (1973:113). Pero a esa etapa de primeras reflexiones también le seguiría un movimiento preocupado por resolver ciertos “males”. El conservacionismo surgió así a mediados del siglo XIX –posiblemente en EEUU- y junto a sus críticas hacia la sociedad industrial desarrolló una serie de propuestas en torno a la creación de Sociedades Protectoras de Animales, Parques y Fauna, lo que a inicios del siglo XX se extendió a la mayoría de los países del globo. George Perkins Marsh fue, en ese movimiento,

uno de sus precursores; y su obra *Man and nature* (1864) una referencia fundamental para la época (Foster, 1994).

(44)El autor sigue el razonamiento de Mckibben, quien afirma que la intervención humana ha sido tan profunda y de tal envergadura que hoy puede hablarse del “fin de la naturaleza” (Bill Mckibben, *The End of Nature*, Random House, 1989).

(45)Niklas Luhmann rescata así la posición atribuida a Aristóteles (Luhmann, 1996:175).

(46)En *Nosso futuro comum*, op. cit. pág. 44.

(47) “Modernist discourse and the crisis of development theory” (1991), artículo en el que la autora analiza la crisis de los estudios en el tercer mundo y la desilusión con su teoría de la dependencia. Enfoque con el que en la década del ‘60 y ‘70 se pasó a abordar la mayoría de las situaciones económicas y sociopolíticas de la región. En *Studies in Comparative International Development*, Summer, Vol. 26, Nro. 2-3.

(48)La ciencia normal, de la que habla Kuhn en “La estructura de las revoluciones científicas” (1987), plantea que una disciplina establecida de la ciencia se dedica en general a realizar modificaciones relativamente menores de la teoría corriente. Por otro lado y para dejar manifiesta la división entre los enfoques duros y blandos, en la dicotomía interpretar-experimentar puede recurrirse a Hacking, quien sostiene que las ciencias sociales carecen de aquello que es tan importante en la física moderna. La colaboración entre la especulación, el cálculo y la experimentación. “Los científicos sociales no carecen de experimentos, ni carecen de cálculos. La especulación no les falta. Lo que no tienen es la colaboración entre las tres. Tampoco colaborarán, sospecho, hasta que no encuentren entes teóricos reales acerca de los cuales puedan especular, no sólo postular ‘constructos’ y ‘conceptos’, sino entes que podamos usar, entes que sean parte de la creación deliberada de nuevos fenómenos estables” (1996:278).

(49)Las obras de referencia son: Davis, M. 1996. “Cosmic Dancers on History’s Stage? The Permanent Revolution in the Earth Sciences”. *New Left Review*. Nro. 217. London; Prigogine, I. Stengers, I. 1992. “Entre o tempo e a eternidade”. São Paulo, Companhia de Letras; y Lovelock, J. 1988. “As eras de Gaia. A biografia da nossa terra viva”. Campus, Rio de Janeiro.

(50)El desarrollo del concepto corresponde a Humberto Maturana y Francisco Varela. Al respecto puede consultarse de H. Maturana *La realidad: objetiva o construida*. Vol I. (Fundamentos biológicos de la realidad) y II. (Fundamentos biológicos del conocimiento). México, Anthropos, Universidad Iberoamericana, ITESO. 1996.

(51)Sobre Gaia, no obstante, podemos quedarnos con la interpretación que ofrece Schneider, concluye Deléage: esa versión más próxima al estudio de los cambios a escala global impide la tentación de Lovelock de evitar la problemática ecológica al reducir las relaciones de lo vivo con su entorno a un conjunto de procesos físico-químicos vinculados a cierta cibernética compleja. Esta devuelve a la reflexión el papel de los seres vivos en la regulación de su propio entorno, y nos sitúa mejor para comprender al nuevo actor ecológico planetario: la especie humana (Deléage, 1993:272-73).

(52)Conforme a una definición ecológica, sostiene Gligo, “la sustentabilidad es la capacidad de un sistema (o un ecosistema) de mantener constante su estado en el tiempo. Esto se logra ya sea manteniendo invariables los parámetros de volumen, tasas de cambio y circulación, ya sea fluctuándolos cíclicamente en torno a valores promedio” (Gligo, 1994:40).

(53)La idea de problemas ambientales como especie vs. medio ambiente refleja una visión parcial –afirma Foladori–: “Unos mueren, otros sobreviven. Por el camino quedan los más

débiles. Sólo una minoría resulta favorecida por la selección natural. Evidentemente para la mayoría que no logra reproducirse, o no lo hace en las proporciones de los más aptos, no existe ningún equilibrio. El equilibrio está basado en un tremendo desequilibrio para la mayoría de los individuos de cada especie” (Foladori, 1999:38).

(54) Sobre la relación sistema-entorno puede consultarse la obra de Niklas Luhmann (1997) “Sociedad y sistema: la ambición de la teoría”.

(55) Las obras de referencia son Crosby, A. 1988. “Imperialismo ecológico. La expansión biológica de Europa, 900-1900”. Barcelona, Crítica, Grijalbo; y Ponting, C. 1992. “La historia verde del mundo”. Barcelona, Paidós. Citados en Foladori, op. cit. pág. 100.

(56) La idea de “Trayectorias más o menos sustentables” es particularmente tratada por Viglizo. El autor, desde una postura operativa y reconociendo como marco la economía de mercado, lo explicita así: “Ningún sistema extractivo o contaminante –como es la agricultura o la industria- puede alcanzar una sustentabilidad total. Por tanto, la sustentabilidad es, en sí misma, una ficción. Lo que es, en cambio, una realidad es la existencia de trayectorias más o menos sustentables” (Viglizo, 2001:86).

(57) Tomamos el concepto de tensión con la acepción que le da Gurtvich (1969), en tanto fuerzas, conflictos, luchas y contrarios de diferentes grados comprendidos “en relaciones de complementariedad, de implicación mutua o de ambigüedad” que “pueden exacerbarse” hasta convertirse en antinomias” (Gurtvich, 1969:285).

(58) En la sociedad moderna, completa Wolf, “los media serían un sustituto funcional de los vínculos del grupo, ocupando un sitio de lo que ya no se puede realizar concretamente, es decir, la reunión de todo el cuerpo social” (Wolf, 1994:16).

(59) Duarte Rodrigues recupera esa conceptualización y tradiciones para justificar el uso del término y luego lo plantea bajo la categoría de “campo de los medios” para referirse, por ejemplo, al conjunto de mediaciones institucionalizadas que permiten ser funcionales a la integración de una sociedad. Ver Adriano Duarte Rodrigues, 1990. Estratégias da Comunicação. Lisboa, Ed. Presença.

(60) Eduardo Vizer describe esa preocupación en los siguientes términos: “Hace pocas décadas atrás, cuando se intentaba explicar el objeto de la comunicación como disciplina, se comenzaba a hablar de mensajes, de la transmisión de información, los códigos, el emisor y el receptor, los canales, etc. En otras palabras, se pensaba en conceptos ingenieriles y hechos “objetivos” sujetos a la observación y la experimentación científica. Hoy hemos hecho progresos bastantes dudosos, ya que como dijo un anónimo pasajero del subte neoyorquino, mencionado por B. Chang aquellos que hablan de la comunicación, no saben de qué están hablando”. Y efectivamente, sabemos acaso a que realidad(es) nos estamos refiriendo cuando decimos que somos investigadores de la comunicación. Hablamos de la comunicación interpersonal? Evidentemente! Nos referimos a las comunicaciones masivas? Pues también. Hablamos del uso del lenguaje, de los antecedentes de los sofistas griegos (Gorgias, Protágoras), de la Retórica de Aristóteles, de la moderna teoría de los signos y de los discursos sociales? Obviamente, la respuesta es positiva, pues también estamos dentro de la historia de la comunicación, y dentro de los confines del campo de estudios de la comunicación”. Vizer, E. 2003. “La trama (in)visible de la vida social”, Buenos Aires, La cruzjía, pág. 37.

(61) Posición que se manifiesta en la tradición crítica alemana de la denominada Escuela de Frankfurt, pero también en las inquietantes observaciones de Lazarsfeld y Merton [1948] dentro del campo de las denominadas investigaciones “administrativas”.

(62) La forma de legitimidad hoy más corriente –escribe Weber sobre la sociedad democrática–, “es la creencia en la legalidad: la obediencia a preceptos jurídicos positivos estatuidos según el procedimiento usual y formalmente correctos”. Ello implica ordenaciones pactadas (en muchos casos por fuerza de la minoría) u otorgadas (por autoridad legítima), pero también el predominio de ideas de legitimidad (Weber, 1996:30).

(63) McQuail (1983) y el mismo Wolf en otra de sus obras (1987) explicitan el carácter no científico de esa base argumental, aunque por ello no desconocen el significado “fundacional” que esas interpretaciones tuvieron en la historia de las preocupaciones mediáticas. Pensar hipodérmicamente era sostener que los medios de difusión lograban inyectar en sus públicos mensajes que lograban conducirlos de acuerdo a los intereses que promovían. Un texto del New Cork Tribune (12 de julio de 1918) se vuelve muy gráfico para ilustrar la posición: Al referirse a la propaganda el editorialista comenta: “Para el propagandista experto, la mente del público es como una gran tina de agua en la que se dejan caer palabras y pensamientos como si fueran ácidos, con un conocimiento anticipado de las reacciones que tendrán lugar, igual que el profesor Loeb, en el Rockefeller Institute, consigue que un centenar de crustáceos dejen de nadar por aquí y por allá en el acuario, para dirigirlos precipitadamente, con un impulso, hacia el lado del que proviene la luz, con sólo introducir en el agua una pequeña gota de un compuesto químico” (citado en Wolf, 1994:37)

(64) En el marco de ese ciclo los estudios psico-experimentales abordaban la incidencia de las diferencias individuales y los factores de personalidad en el interés por la recepción de mensajes y su decodificación, entre otras. Los estudios sociológicos en terreno, por su vez, destacaban el papel que las relaciones interpersonales tenían para constituirse como una segunda etapa que los flujos de los medios seguían antes de llegar a sus audiencias. De ese modo los estudios concluían que los efectos de los medios sobre el cambio de actitudes, opiniones y actos (con mucho interés en lo electoral) se daba de manera reducida y que –como lo explicita Wolf– “la influencia se manifestaba más que en otra cosa en el refuerzo de las tendencias preexistentes” (1994:43). Los efectos, entonces, eran limitados y el refuerzo parecía ser el único efecto que los estudios podían constatar.

(65) Esta tercera fase es la que corresponde a una “vuelta” a concebir mayor influencia en los medios. Esa revalorización de su poder se da conjuntamente con el abandono de la perspectiva de concebir el efecto como una consecuencia de corto plazo. Así se pone mayor atención en el sistema social y sus cambios de largo plazo. En esa lectura vuelve a considerarse que los medios tienen una responsabilidad relevante en cómo la sociedad percibe las imágenes de la realidad.

(66) La autora sostiene que los efectos acumulativos de la televisión en ambientes conformistas atentos a las argumentaciones sociales unánimes inhiben la percepción selectiva y realzan el poder de los medios. (Noelle-Neumann, 1981)

(67) El planteo sostiene que los medios refuerzan las desigualdades e incluso las profundizan, en la medida que ofrecen a ciertos grupos (los que tienen acceso y capacidad de decodificación) herramientas informativas que favorecen sus posiciones sociales. (Gillespie y Robins, 1989)

(68) Desde esta perspectiva se considera que el sujeto es cada vez más dependiente de los medios para organizar su vida cotidiana y comprender la dinámica general de su sistema social. (Ball Rokeach y De Fleur, 1976)

(69) La teoría del cultivo, afirman Gross y Morgan (1985), le asigna al medio televisivo (en especial al género de ficción) la función de ser agente de socialización, de operar como

constructor principal de imágenes y representaciones de la realidad social. La televisión cultiva imágenes y sedimenta creencias.

(70)Se consigna que los medios son constructores de definición de realidad que los públicos comparten, aunque no son fuentes únicas ni exclusivas. (Slater y Elliot, 1982)

(71)Entre los diversos ejemplos el autor cita a Weber (1910, discurso en la Asociación Alemana de Sociólogos), quien en pleno período de lecturas hipodérmicas señalaba la importancia de analizar el papel de la prensa en la dinámica de integración del individuo a la sociedad y las condiciones en las cuales la opinión pública incidía para modificar, mantener o reestructurar los aspectos políticos, culturales, éticos, sociales o económicos de una sociedad. Ello, presuponiendo la existencia de procesos contextuales que más tarde caracterizaría la fase relativista.

(72)Jan Servaes relata ese pasaje sosteniendo que en las primeras discusiones (sobre una lectura hipodérmica) la influencia de los medios se percibía como diabólica, directa e inmediata. A partir de los 50, agrega el autor, la investigación empírica estadounidense permitió hacer crecer la opinión de que los medios impactaban menos de lo declarado y eran menos decisivos de lo que por entonces se postulaba. En los 60, en tanto, se llegó a “conclusiones más realistas. Se planteó que los medios tienen cierta influencia, pero ésta se manifiesta más en la confirmación que en el cambio de las opiniones y comportamientos existentes. Los medios son efectivos no tanto porque le dicen a la gente cómo deben opinar sobre algo, sino más bien porque le dicen sobre qué deben opinar”. (Servaes, 2002:4) Y esto posteriormente da lugar a una lectura más compleja sobre los efectos de los media como consecuencias a largo plazo.

(73)El centro, comenta Rowland (1983), se destacó durante los años treinta y la segunda guerra mundial. Este funcionaba como intermediario para la investigación “administrativa” captando recursos de la industria y del Gobierno, incluso para estudios conjuntos. Posteriormente, cuando la televisión tuvo su mayor auge –años 50- el centro se convirtió en un modelo seguido por otros institutos. Su actividad, agrega Wolf, “contribuyó a definir el objeto de estudio para toda una generación de investigadores de los media que se habían formado en estas instituciones de investigación aplicada”. (Wolf, 1994:24)

(74)Particularmente la corriente denominada “Estudios Culturales” de la escuela inglesa (Hall, Williams, Morley, Thompson, entre otros).

(75)Enfoque que ya aplicáramos para analizar desde una perspectiva individual las relaciones de los medios con los actores sociales constituidos como potenciales receptores o miembros de audiencias. En ese marco a los conceptos de orientación, consumo, recepción y uso de los medios se aplicó una lectura sistémica por implicación que permitió analizar sus articulaciones y dinámicas. La idea de implicación de los conceptos que nos llevó a proponer al de uso como nuestro primer concepto, implica la recepción y ésta a su vez el consumo; mientras nuestro concepto más general y abarcativo es el de orientación, entendido como el reconocimiento y consideración de uso, como la probabilidad de recepción. (Cantú, Cimadevilla, 1998)

(76)Así planteado, cabe afirmar que no existe una audiencia de manera autónoma e independiente a la existencia de un medio, sino que se constituye por éste. Los medios de difusión masiva son de “naturaleza” colectiva porque su razón de ser (empresaria, institucional, orgánica) es resolver las distancias relacionales a través de mecanismos que las trasciendan. Pero para que esa misión se confirme necesitan de audiencias que lo testimonien en tanto sujetos-receptores que se constituyen en colectivo. Sin ello no habría justificación de

existencia porque no habría sujetos de relación con distancias por salvar en tanto como receptores nieguen el consumo.

(77)En la coletánea de De Freitas y Krohling Kunsch (1996) diversos autores sostienen esta perspectiva para referirse particularmente al papel de los medios frente a la problemática ambiental.

(78)Particularmente los denominados: a) modelo difusionista (Rogers y Shoemaker, 1971); b) la crítica dependentista (NOMIC-Nuevo Orden Mundial de la Información y las Comunicaciones); y c) los modelos Participativos y de la Multiplicidad para Otro Desarrollo (en Servaes, 2000 y 2002).

(79)Un repaso por otras investigaciones afines efectuadas en la región (particularmente Brasil y México) muestran resultados muy similares. Ver Oliveira, M. (1991); Brandão (1991); Aguilar Díaz (1996); Targino y Teixeira (1996), Oliveira, F. (1996); Nether, 1998); Cunha Lemos et alii (2000); Ivanissevich (2001); Massarani y Castro Moreira (2001); Assis Martins Fernandes (2002); Rygaard, (2002); López Adame (2003); Martínez (2003); entre otros.

(80)Las “rutinas productivas” de los medios de difusión colectiva refieren al conjunto de tareas que realizan las empresas mediáticas para ofrecer sus productos informativos o de entretenimiento. Su estudio permitió “desideologizar” la investigación –diría Wolf, 1987-, en tanto centró su análisis en los diversos factores cotidianos que inciden en la producción, independientemente de la posición ideológica que sustenta el medio.

(81)En ese sentido concuerdan estas apreciaciones con los estudios que señala Oliveira, F. (1996); Targino y Teixeira (1996) y las caracterizaciones de Silva (1982).

(82)Una discusión inicial sobre este punto se presenta en Cimadevilla y Carniglia (2003).

(83)Problemáticas abordadas en los proyectos Elementos para una Estrategia Complementaria de Difusión, Proyecto AMCPAG-INTA (1990-91); Diagnóstico Comunicacional Conjunto INTA-PAMPAS (1993-94) y Nuevos Actores y Demandas en el Contexto Institucional de la Extensión Rural Pampeana (SECYT-UNRC - CONICOR, Fase I, 1992-95; Fase II, 1996-99); proyectos Becarios adjuntos (SECYT-UNRC, CONICOR) y de Extensión y Transferencia de Conocimientos (INTA-La Pampa).

(84)Esto es, atendiendo a la necesidad de viabilizar procesos de acumulación, consonancia y omnipresencia informativa (Neumann, 1981) que ayuden a estructurar y reestructurar determinados marcos de elaboración cognoscitiva en las audiencias (Cimadevilla, 2004).

(85)En la región esa preocupación es relevante. En el área de estudio, por ejemplo, el fenómeno tiene indicadores críticos y concretos. Una síntesis descriptiva (ADESUR, 1997) del ambiente productivo agrícola del sur de Córdoba señala que hay una “desestabilización creciente del sistema ambiental regional por desorganización de cuencas, degradación por profundización y erosión de la red hidrológica en todos los ambientes; intensificación del uso del suelo por agriculturización y desajuste producido por aplicación de tecnologías inadecuadas”. En ese marco, los escenarios probables advierten que “Sin una adecuada intervención se verificarán procesos erosivos cada vez más intensos (...) se desbordarán e inundarán progresivamente nuevas tierras (...) y se dará una creciente pérdida de productividad” (pág. 12). Ocasionándose, también, la posibilidad de pérdida de utilización de extensas áreas destinadas a la producción. “Y un gradual deterioro en la economía de los pequeños productores y expansión de nuevas formas de producción asociadas al ingreso de grupos económicos y financieros extrarregionales” -por ejemplo pool de siembras- (pág. 13). Economía y ambiente, entonces, se enfrentan en fórmulas dilemáticas que la mayoría de los

tratados no ignoran, aún cuando las respuestas no alcanzan a satisfacer todavía los interrogantes formulados. Y esta región lo vivencia como una crisis ambivalente y de escala.

(86)La selección de este medio en particular se justifica en cuanto es el único diario local con carácter regional desde 1988 a la fecha (Gioda, 1995); desde el punto de vista teórico, porque los estudios muestran que los diarios inciden de modo significativo en las agendas noticiosas de otros medios audiovisuales y presentan mayor profundidad en el tratamiento informativo (Saperas, 1987; Wolf, 1994) y, en nuestro ámbito en particular, porque cuenta con una audiencia con mayor presencia relativa de actores rurales y sociales con capacidad de decisión regional sobre la problemática.

(87)El estudio se efectuó sobre los artículos pertenecientes a la prensa local que ofrecían datos o análisis sobre estados ambientales o problemáticas consideradas ambientales, publicados entre el 1 de Abril de 1999 y el 31 de Marzo de 2000. Sobre la muestra que se obtuviera se analizaron un total de 131 notas, con un promedio de 2,52 artículos por ejemplar.

(88)Las entrevistas se desarrollaron a partir de una guía previamente diseñada que incluyó aquellas áreas generales sobre las que se consideró importante, para el problema en estudio, consultar al entrevistado; en este caso los periodistas correspondientes al medio estudiado. El universo de análisis se limitó a todos los periodistas y directivos que forman parte del staff de diario Puntal. La muestra se integró por el director del diario en el período de análisis; responsables de las secciones Información General, Locales y Regionales y el periodista especializado en temáticas agropecuarias. Los recortes de las declaraciones que se analizan posteriormente se corresponden a los aspectos que resultaron coincidentes en el conjunto de razonamientos receptados. Las palabras registradas se destacan en cursiva.

(89)Al respecto Targino y Teixeira también encuentran en su investigación de cinco publicaciones diarias del estado de Piauí (Brasil) que la información ambiental publicada tiende a ser superficial y “circunstancial”, sin responder a ningún criterio de prioridad para los medios (1996:97). Nether (1998) en un estudio ampliado a los medios impresos en general de Porto Alegre (Brasil), cuatro periódicos comerciales (Correio do Povo, Zero Hora, Jornal do Comércio y Gazeta Mercantil) y seis que considera alternativos, encuentra que el espacio y tratamiento que dan a los temas ambientales es escaso, superficial y discontinuo. Cunha Lemos et alii coinciden con esa observación en el caso de los dos periódicos principales de Porto Alegre (con circulación en todo el estado de Rio Grande do Sul, Brasil), Zero Hora y Correio do Povo. A igual consideraciones llega Rygaard (2002). En estudios realizados en México, López Adame (2003) y Martínez (2003) concluyen de manera similar sobre esos tópicos.

(90)Oliveira destaca en su estudio de 1991 que “el abordaje de las cuestiones ambientales a través de la prensa parece estar viciada a publicar solamente las catástrofes (...) lo que fue destruido, contaminado o se convirtió en desierto por la acción humana” (pág. 11). Impera cierto “sensacionalismo” para tratar la temática, agrega Brandão (1991:81). O se reflota cuando después de ciertos eventos se convierte en moda (Avila Pires, 1983; Giacomini Filho, 1996). Observaciones semejantes destacan los estudios de Aguilar Díaz (1996); Nether (1998), Rygaard (2002), Martínez (2003) y López Adame (2003).

(91)Asociado a ello, Marcos Reigota se refiere a esta tendencia a considerar el medio ambiente con el término “naturalista”, y lo vincula a las representaciones sociales en donde la “primera naturaleza” (la naturaleza “intocada” a decir del autor) tiene una importancia mayor. En sus estudios con profesores de primero y segundo nivel inscriptos en un programa de

especialización en “educación ambiental” encontró que cuando éstos ofrecían una definición personal de medio ambiente casi todos mantenían –en primera instancia- esa representación “naturalista”. (Reigota, 1997) Por otro lado, en ciertos informes de programas internacionales como el PNUD se plantea que la concepción que se tiene de la naturaleza opera a veces como dificultad para que las comunidades colaboren en producir ciertas mejoras que promueven los programas (por ejemplo en el Plan de Acción de Crecidas de Bangladesh (Donnelly, et alii, 1998); y/o el caso de la Reserva Manglares en Ecuador (Briones, 2002).

(92)De un modo general, afirma Oliveira, F. (1996), los medios no consiguen “traducir” las asociaciones que deben considerarse en las interacciones hombre-medio ambiente y viceversa. Se da información que denuncia diversas situaciones pero por lo que implica la denuncia y lo que ella provoca. Pero no se contextualiza ni historia respecto a los hechos. Los asuntos se olvidan rápidamente y los medios vuelven a mezclar ciencia con columnas sociales, horóscopos y agendas culturales (Oliveira, F., 1996:65). La “fragmentación” a la que se subordinan los tratamientos de los temas ambientales –expresa Assis Martins Fernández (2002)- se vincula directamente al interés mediático por captar audiencias. Pasada la noticiabilidad de un evento, por tanto, cesa cualquier atención específica a su entorno. Igual consideración hace Rygaard (2002).

(93)Algunos estudios, como el de Targino y Teixeira (1996) muestran que muchas noticias son meras reproducciones de textos producidos por las áreas de prensa de las instituciones. De ese modo los diarios no contextualizan ni profundizan las materias. Los profesionales del periodismo, por otro lado, no suelen tener la preparación ni experiencia suficiente para avanzar en esa línea, señala Amorim (1996). En ese sentido la falta de profesionalidad ante la temática quedó evidenciada, señala Fabiola de Oliveira (1996), en la cobertura de RIO 92. El mega evento ecologista del siglo XX promovido por Naciones Unidas tuvo una visibilidad comunicacional extraordinaria, pero muchos periodistas se circunscribían a divulgar los partes de prensa oficiales, en lugar de generar sus propios productos noticiosos. Consideraciones semejantes hace Cunha Lemos et alii al referirse al “perfil de los formadores de opinión relacionados a las cuestiones ambientales” (2000) y también Rygaard (2002). Por su parte Ivanissevich (2001) y también Massarani y Castro Moreira (2001) asocian los tratamientos superficiales y hasta a veces erróneos de las publicaciones a la falta de interés de los científicos por colaborar con los medios. Esa resistencia, manifiesta la primera autora, se debe a una razón simple: “Los científicos saben que los diarios, revistas, emisoras de radio y televisión son, antes que nada, un negocio con un producto para la venta” (Ivanissevich, 2001).

(94)La circunstancialidad de la materia ambiental también se vincula a la propia valorización que los periodistas hacen de la temática. Cunha Lemos et alii (2000) encontraron que la mitad de los periodistas que consultaron respecto a la importancia que atribuían a introducir en sus notas cuestiones ambientales se manifestaron de manera negativa o indiferente al respecto.

(95)Vaya un ejemplo del propio período en el que trabajamos este texto. En fecha 19-02-2004 el diario de mayor circulación en Argentina (y con un promedio de 500 mil a un millón de lectores digitales diarios), Clarín, publica en su sección internacional la siguiente nota: “La contaminación agroquímica afecta a 313 millones de hectáreas en América Latina”. En aproximadamente 20 líneas el periodista se dedica a resumir un informe de la ONU en la que se destacan diversas cifras que advierten como “el medio ambiente se deteriora vertiginosamente como consecuencia de la creciente degradación de sus componentes...” Así, el informe “oficial” es “la noticia”, y el espacio periodístico no es utilizado para ofrecer

cualquier otra elaboración que permita hacer nexos concretos entre lo que la circunstancia noticiosa presenta y las correspondencias que a nivel local, cotidiano y comportamental pueden hacerse para contextualizar, problematizar y/o reflexionar el caso.

(96) Cada sección hace su oferta –reconoce Miceli en su obra *¿Qué es la noticia en los diarios nacionales?* (1999)- el Director decide qué merece importancia, se ve qué espacio ocupa la publicidad, y el espacio que queda determina la rutina de buscar los contenidos correspondientes. Esa apreciación que resulta clara para cualquier análisis que parta del principio empresarial de los medios de difusión colectiva también queda explícita en los testimonios de periodistas entrevistados por Cunha Lemos et alii (2000).

(97) En el amplio marco de las preocupaciones ambientales cualquier tema “específico” parece escapar a la preparación profesional necesaria de los periodistas y precisa de una política editorial que la apoye. En un análisis acerca del compromiso de los medios de difusión por el “desarrollo acústicamente sostenible” Zeledón Ubeda et alii (2001) señalan las diferencias entre el tratamiento que dan los medios españoles (con atención diaria y documentada en la prensa) y los argentinos y nicaragüenses (de escasa presencia y con tratamiento superficial y a menudo erróneo).

(98) Los temas con mayor relevancia en lo ambiental se presentan –afirma Martínez (2003) para el caso mexicano- básicamente en notas “simplistas y determinadas por un cierto grado de sensacionalismo”. Cuando los temas son ambientales, coincide Aguilar Díaz (1996), se enfatiza “la carencia”, su “carácter público” y la dimensión de “peligro” o “daño” al que refiere la noticia.

(99) El papel activo de los sectores que pueden caracterizarse como “comprometidos por su acciones contra el ambiente” y los temores y autocensuras que caracterizan la labor de la prensa frente a las corporaciones y anunciantes es duramente tratado por Edgard Herman en su trabajo *“Corporate Junk Science In The Media”* (2002), donde analiza particularmente el caso de los EEUU.

(100) A igual conclusión llegan los periodistas brasileños que entrevistaron Cunha Lemos et alii (2000). Para favorecer esa línea de trabajo vale mencionar que a nivel mundial fue creada una Federación Internacional de Periodistas de Medio Ambiente como resultado de una propuesta evaluada por Green Press en el evento oficial de Eco92. La Federación se constituyó formalmente en Dresdem, Alemania, en un encuentro realizado en 1993. A nivel regional el país que mayor desarrollo alcanzó dentro de ese tipo de propuestas fue Brasil con la creación de la Rede Brasileira de Jornalismo Ambiental que nació por iniciativa del Núcleo de Ecojornalistas do Rio Grande do Sul (REJ/RS) y del sitio Agir Azul na Rede. Actualmente, esta comunidad virtual liga a más de 200 periodistas de Brasil y de otros países interesados en la temática. (Rygaard, 2002)

(101) Frente a la abundancia de información, lo que se selecciona sigue tres criterios fundamentales, sostiene Tuchman (1977): i) el acontecimiento debe ser noticiable; ii) la producción no debe seguir como pretensión que su tratamiento sea idiosincrático; y iii) la elaboración debe permitir la planificación previa.

(102) Los otros tipos de razonamientos encontrados fueron: Antropocausales, en los que el hombre es antecedente principal --a través de su accionar- de las consecuencias ambientales. Y Relacionales, en tanto sociedad y naturaleza se afectan mutuamente. El hombre y su estilo de vida y civilización genera consecuencias ambientales pero además el ambiente tiene su propia dinámica y ejerce su propia lógica de interacción.

- (103) Para algunos autores como Dowbor (1996) lo local es punto de partida para avanzar hacia una conciencia y comportamiento ambiental más responsable. Desde su enfoque los “municipios” y medios de difusión locales tienen un papel fundamental.
- (104) Prácticamente un nivel de “incomensurabilidad”, a decir de Kuhn (1987).
- (105) Responden al “afeganistanismo”, plantea Silva (1982). Esto es, a la tendencia a destacar los problemas ambientales de lugares distantes, en lugar de los locales.
- (106) Considerando que los registros no son excluyentes, un mismo entrevistado puede recordar más de un medio y mencionarlo. La fuerza de las imágenes en la memoria, sin embargo, lleva a recordar los análisis acerca del valor de espectacularización de las noticias. La sociedad del espectáculo, sentenció Debord (1976), es aquella que afirmó la experiencia visual frente a otros modos. “La escena sociocultural de la modernidad (...) –complementa De Certau– define el referente social por su visibilidad (...); sobre la base de este nuevo postulado (la creencia de que lo real es lo visible), articula la posibilidad de lo que conocemos, lo que observamos, nuestras evidencias y nuestras prácticas” (De Certau, 1985:153).
- (107) La dificultad de pensar los temas ambientales de modo local o incluso vinculado a la propia vida cotidiana de los actores y sus posibilidades de mejorar las condiciones de vida aparece relatado en diversos estudios. Algunos trabajos como los de Diniz (2000) para el caso de São Paulo, Souza Filho (2001) para Rio de Janeiro, Hess y Walo (2001) en Tenerife, Hughes en Bangladesh (1994) o Carniglia en la pampa argentina (en Cimadevilla 2002) sirven para advertir la complejidad de los casos y el papel que la dimensión cultural tiene para comprenderlos.
- (108) La lectura del seguimiento que hace Daniel Jones de las Revistas Iberoamericanas de Comunicación confirman en ese tipo de vehículos esta apreciación. Ver Revista de Estudios de Comunicación ZER, Nro. 14 y 15, Facultad de Ciencias Sociales y de la Comunicación – UPV/EHU. Bilbao
- (109) Cimadevilla, G. y Carniglia, E. “Avances del programa de Investigación”, Jornadas Quién es Quién en Investigación, DCC-FCH-UNRC, junio de 2003.
- (110) Brown, preocupado por situar la importancia de la problemática, afirma que hace falta un enorme esfuerzo para invertir la marcha de la degradación ambiental del planeta y ello debería substituir la batalla por la ideología como tema organizador del nuevo orden mundial (Assis Reimão y Krohling Kunsch, 1996.).
- (111) El concepto de desconexión no es similar, por ejemplo, al de desanclaje de Giddens, quien se expresa con ello a los despegues de las relaciones sociales de sus contextos locales de interacción y su reestructuración en indefinidos intervalos espacio-temporales (Giddens, 1997:32); sino que refiere a los procesos de carencia de conexión entre experiencias mediáticas y experiencias prácticas que asociadas pueden resultar una fuente de tensión.
- (112) Editada en Francia bajo la siguiente referencia: *La société du spectacle*, Champ Libre, 1967. Primeras ediciones en español: *La sociedad del espectáculo y otros textos situacionistas*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1974. Trad. Jorge Diamant; y *La sociedad del espectáculo*, Madrid, Castellet Editor, 1976. Trad. Fernando Casado.
- (113) En una alusión directa a la expresión de Marx que observó cómo la sociedad capitalista aparece en primera instancia como una “inmensa acumulación de mercancías”.
- (114) Que llevó al propio Debord (1997) a continuar la discusión y responder a las críticas, como en el caso del trabajo “Refutación de todos los juicios, tanto elogiosos como hostiles, que hasta ahora se han hecho sobre la película *La Sociedad del Espectáculo*”(1975, Simar

Films). Y otro sinnúmero de análisis que, entre otros, pueden consultarse en el Archivo Situacionista Hispano, <http://www.sindominio.net/ash/bibliografia.htm>

(115)Habermas (1987) apela a los desarrollos teóricos de Mead (1934, *Mind, Self and Society*, Ed. Ch. W : Morris, Chicago) para explicar este punto. La idea central de Mead es sencilla, advierte el autor : “En la interacción mediada por gestos el ademán del primer organismo cobra un significado para el segundo organismo que reacciona a él: esta reacción comportamental es expresión de cómo interpreta uno el gesto del otro. Ahora bien, si el primer organismo adopta la actitud del otro y al ejecutar su gesto anticipa ya la reacción del otro organismo y con ello la interpretación que éste hace del gesto, su propio ademán cobra para él un significado igual, aunque todavía no el mismo significado que tiene para el otro” (Pág. 21).

(116)La obra de Plessner que Luckmann toma como referencia es *Lachen und Weinen. Eine Untersuchung nach den Grenzen menschlichen Verhaltens*, Munich, 1981. En Luckmann (1996), pág. 115.

(117) “A primera vista -dice Marx-, parece como si las mercancías fuesen objetos evidentes y tribiales. Pero, analizándolas, vemos que son objetos muy intrincados, llenos de sutilezas metafísicas y de resabios teológicos. (...) El carácter misterioso de la forma mercancía estriba, por tanto, pura y simplemente, en que proyecta ante los hombres el carácter social del trabajo de éstos como si fuese un carácter material de los propios productos de su trabajo, un don natural social de estos objetos y como si, por tanto, la relación social que media entre los productores y el trabajo colectivo de la sociedad fuese una relación social establecida entre los mismos objetos, al margen de sus productores. (...) Lo que aquí reviste, a los ojos de los hombres, la forma fantasmagórica de una relación entre objetos materiales no es más que una relación social concreta establecida entre los mismos hombres” (1986:37-38).

(118)Particularmente en *Historia y conciencia de clase*, 1969. México, Grijalbo.

(119)Ver Lazarsfeld y Merton [1948] en “Medios de Comunicación de Masas, Gusto Popular y Acción Social Organizada”, Bell et alii, 1992.

BIBLIOGRAFIA

ADESUR, 1997. *Síntesis Descriptiva, Plan Director*. Asociación Interinstitucional para el Desarrollo del Sur de Córdoba. Río Cuarto, UNRC.

Adoni, H. y Mane, S. 1984. “Media and the social construction of reality”, in *Communication Research*, Vol. 11, Nro. 3.

Adorno, T. 1986. *Dialéctica Negativa*. Madrid, Taurus.

Adorno, T. y Horkheimer, M. 1992 “La industria cultural. Iluminismo como mistificación de masas” [1947], en Bell, D. *Industria cultural y sociedad de masas*. Caracas, Monte Avila Editores.

Aguilar Díaz, M. 1996. *La problemática urbana en la prensa de la ciudad de México. La recreación del espacio público*. Tesis-Dirección General de Estudios de Posgrado-UNAM. Maestría en Arquitectura-Urbanismo. México DF. Inédito.

Alonso Mielgo, A. y Sevilla Guzmán, E. 1995. “El discurso ecotecnocrático de la sustentabilidad”, en Cadenas Marín, A. *Agricultura y desarrollo sostenible*. Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.

Amorim, J. “A questão ambiental e os desafios à comunicação”, en De Freitas y Krohling Kunsch (Org.), *Comunicação e Meio Ambiente*. São Paulo. Intercom-IMS.

- Andrae, F. 1994. "A sustentabilidade em um mundo de sistemas abertos", en *Ciência & Ambiente*, 9. Julho-dezembro. Santa Maria, UFSM-URNRG.
- Arnold, D. 2000. *La naturaleza como problema histórico*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Assis Reimão, S. y Krohling Kunsch, M. 1996. "Apresentação", en De Freitas y Krohling Kunsch (Org.), *Comunicação e Meio Ambiente*. São Paulo. Intercom-IMS.
- Avila Pires, F. de 1983. *Princípios de ecologia humana*. UFRGS/CNPq. Porto Alegre.
- Ball Rokeach, S. y De Fleur, M. 1976. "A dependency model of mass media effects", in *Communication Research*, Vol 11 – Nro. 3.
- Barcena, A. 1994. "Acuerdo de Río: Cumbre de la Tierra ECO-92", en INTA-INDEC. *Desarrollo Agropecuario Sustentable*. (Verde, L. y Viglizzo, E., Coord.) Buenos Aires, R. Y G. Ediciones.
- Barra Ruatta, A. 1996. *Antiecológica*. Buenos Aires, Espacio Editorial.
- Bauman, Z. 1996. "Modernidad y ambivalencia", en Beriain, J. (Comp.) *Las consecuencias perversas de la modernidad*. Barcelona, Anthropos.
- Beck, U. 1996. "Teoría de la sociedad del riesgo", en Beriain, J. (Comp.) *Las consecuencias perversas de la modernidad*. Barcelona, Anthropos.
- Bell, D. 1992. *Industria Cultural y Sociedad de Masas*. Caracas, Monte Avila Editores.
- Berger, P, Luckmann, T. 1978. *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- Berlin, I. 1995. *El fuste torcido de la humanidad*. Barcelona, Península.
- Brandão, S. 1991. "Ecologia e medios de comunicação: ciencia ou dogma?", en Congresso Brasileiro de Jornalismo Científico. 3ra. Edic. Santos, São Paulo. ABJC.
- Braudel, F. 1980. *La historia y las ciencias sociales*. Madrid, Alianza Editorial.
- Briones, E. 2002. "Valores sociales y culturales", en *The Ramsar Convention on Wetlands*, disponible en www.ramsar.org/features_ecuador_esmeraldas.htm
- Brown, L. 1994. *Un mundo sustentable*. Buenos Aires, Planeta.
- Brown, L. y Wolf, E. 1988. "La degradación de la biósfera y el concepto de sociedad sostenible", en *Política Exterior*, Vol. II Nro. 6 (primavera de 1988).
- Bunge, M. 1996. *Ética, ciencia y técnica*. Buenos Aires, Sudamericana
- Caldwell, L. 1993. *Ecología. Ciencia y política medioambiental*. Madrid, McGraw Hill.
- Cantú, A. y Cimadevilla, G. 1998. "Orientación, consumo, recepción y uso de los medios: una propuesta de articulación conceptual", en *Revista Brasileira de Ciências da Comunicação*. Vol. XXI – N° 2, Julho/Dezembro. INTERCOM, São Paulo.
- Canuto, J. 1996. "Um novo imaginário social: o desenvolvimento sustentável", en De Freitas y Krohling Kunsch (Org.), *Comunicação e Meio Ambiente*. São Paulo. Intercom-IMS.
- Cernea, M. 1993. "Como os sociólogos vêem o desenvolvimento sustentável", en *Finanças & Desenvolvimento*, Dezembro 1993. Río de Janeiro.
- Cimadevilla, G. 2002. "Comunicar lo sustentable. Virtualidad, riesgo y acciones colectivas". Ponencia XXV Congreso Intercom. Bahía. UFB. Versión digital CD del congreso.
- Cimadevilla, G. y Carniglia, E. 2003. "Información ambiental, espectacularización y desconexión", en *Temas y Problemas de Comunicación*, Año 11, Vol. 13. DCC-UNRC. Río Cuarto.
- Cimadevilla, G. 2004. *Dominios. Crítica a la razón intervencionista, la comunicación y el desarrollo sustentable*. Buenos Aires. Edit. Prometeo.

- Cimadevilla, G.; Carniglia, E. y Cantú, A. 1997. *La bocina que habla. Antecedentes y perspectivas de los estudios de comunicación rural*. Río Cuarto, INTA-UNRC.
- Cimadevilla, G. y Carniglia, E. 2003. “Avances del programa de Investigación”, *Jornadas Quién es Quién en Investigación*, DCC-FCH-UNRC, junio. Inédito.
- Clarín. Diario. Varias Ediciones. Buenos Aires, Editorial Noble-Grupo Clarín. Disponible en www.clarin.com.ar
- Comeliau, C. 1994. “Développement du développement durable ou blocages conceptuels?”, en *Revue Tiers Monde*, XXXV. Nro. 137.
- Cunha Lemos, A.; Viana da, N.; Conrado, D. 2000. *Perfil dos formadores de opinião relacionado às questões ambientais*. Universidade Federal de Rio Grande do Sul. Disponible en acervo Núcleo de Ecojornalistas de Rio Grande do Sul. Porto Alegre. Inédito.
- Debord, G. 1976. *La sociedad del espectáculo*. Madrid. Castellote.
- Debord, G. 1997 “Refutación de todos los juicios, tanto elogiosos como hostiles, que hasta ahora se han hecho sobre la película 'La sociedad del espectáculo’”, traducción de Laura Baigorri publicada en el *Amano*, 9, Madrid, Industrias Mikuerpo.
- Debray, R. 1995. *El Estado Seductor*. Buenos Aires, Manantial.
- De Certau, M. 1985. “The jabbering of social life” en Blonsky, M. (Ed.) *On signs. A Semiotics Reader*. Oxford, Blackwell.
- De Freitas, A. y Krohling Kunsch, M. (Org.) 1996. *Comunicação e Meio Ambiente*. São Paulo. Intercom-IMS.
- Deléage, J. 1993. *Historia de la Ecología*. Barcelona, Icaria Editorial.
- Diniz, G. 2000. “Los recursos ambientales de cara a una nueva conciencia ambiental: el caso de la región sur de la ciudad de São Paulo, Brasil”. Disponible en revista digital: www.anthro.umontreal.ca/varia/beaudetf/p...iles5/Diniz
- Donnelly, A., B. Dalal-clayton and R. Huges, 1998. *A directory of impact assessment guidelines: Second edition*. Ed. Russell Press, Nottingham.
- Dowbor, L. 1996. “Espaço local, atores sociais e comunicação”, en De Freitas y Krohling Kunsch (Org.), *Comunicação e Meio Ambiente*. São Paulo. Intercom-IMS.
- Duarte Rodrigues, A. 1990. *Estratégias da comunicação*. Lisboa, Editorial Presença.
- Escobar, A. 1995. “El desarrollo sostenible. Diálogo de discursos”, en *Ecología Política* 9, Barcelona, FUHEM-Icaria.
- FGV. Fundação Getulio Vargas. 1986. *Dicionário de Ciências Sociais*. Rio de Janeiro, FGV.
- Foladori, G. 1999. *Los límites del desarrollo sustentable*. Montevideo Revista Trabajo y Capital.
- Foster, J. 1994. *The vulnerable planet. A short economic history of the environment*. New York, Monthly Review Press.
- Giacomini Filho, G. 1996. “Comunicação e qualidade de vida”, en De Freitas y Krohling Kunsch (Org.), *Comunicação e Meio Ambiente*. São Paulo. Intercom-IMS.
- García, E. 1993. “Sostenibilidad, suficiencia, sociología”, en *Mientras Tanto*. Barcelona, Federació d Associacions de Veïns de Barcelona.
- Giddens, A. 1996. “Modernidad y autoidentidad”, en Beriain, J. (Comp.) *Las consecuencias perversas de la modernidad*. Barcelona, Anthropos.
- Giddens, A. 1997. *Las consecuencias de la modernidad*. Madrid. Alianza Universidad.
- Gillespie, A. Robins, K. 1989. “Geographical Inequalities”, in *The information Gap*. Monog. *Journal of Communications*, Vol. 39 – Nro. 3.

- Gioda, L. 1995. "El segundo diario", en *Revista Temas y Problemas de Comunicación*, Vol. 5. Dpto. Cs. de la Comunicación, UNRC.
- Gligo, N. 1994. "Los factores críticos de la sustentabilidad ambiental del desarrollo agrícola", en *Ciência & Ambiente*, 9. Julho-dezembro. Santa Maria, UFSM-URNRG.
- Golding, P. y Elliott, P. 1979. *Making the News*. Longman, Londres.
- Goodland, R. , Daly, H. El Serafy, S., von Droste, B. 1997. *Medio ambiente y desarrollo sostenible. Más allá del Informe Brundtland*. Valladolid, Editorial Trotta.
- Gross, L. y Morgan, M. 1985. "Television and enculturation", in Dominick, J. Fletcher, J. (Comps.) *Broadcasting Research Methods*, Allyn and Bacon. Boston.
- Gurvitch, G. 1969. *Dialéctica y Sociología*. Madrid, Alianza Editorial.
- Habermas, J. 1980. *A crise de legitimação no capitalismo tardio*. Rio de Janeiro, Tempo Brasileiro.
- Habermas, J. 1987. *Teoría de la acción comunicativa (II)*. Madrid, Taurus.
- Hacking, I. 1996. *Representar e Intervenir*. México, Paidós-UNAM.
- Halliday, T. 1996. "Definições da realidade ambiental – A causa ecológica da legitimação das organizações", en De Freitas y Krohling Kunsch (Org.), *Comunicação e Meio Ambiente*. São Paulo. Intercom-IMS.
- Herman, E. 2002. "Corporate Junk Science In The Media", disponible en revista electrónica *Znet*, <http://www.zmag.org/Spanish/index.htm>
- Hess, S. y Waló, W. 2001. *Preocupación ambiental, conocimiento y uso de los puntos limpios en estudiantes universitarios*. Universidad de La Laguna, Tenerife. Inédito.
- Ikerd, J. 1990. *Agricultura Sostenible*. AS Publicación Nro.1. Interna. INTA.
- Iglesias, F. 1995 La maduración de las audiencias. En *Revista Comunicación y Sociedad* Vol. VIII – Nº 1 Universidad de Navarra. Pamplona.
- Ivanissevich, A. 2001. "Divulgação científica na mídia", en *Revista Ciencia & Ambiente* Nro. 23. Universidade Federal de Santa Maria. Santa Maria.
- Jiménez Herrero, L. 1996. *Desarrollo sostenible y economía ecológica*. Madrid, Editorial Síntesis.
- Kuhn, T. 1987. *A estrutura das revoluções científicas*. São Paulo, Editora Perspectiva.
- Lander, E. (Coor.) 1995. *El límite de la civilización industrial. Perspectivas latino-americanas en torno al posdesarrollo*. Caracas, ALAS-FACES/UCV-Nueva Sociedad.
- Lazarsfeld, P. y Merton, R. 1948. "Mass communication, popular taste and organized social action", en Bryson, L. (comp.) *The communication of ideas*. Cooper Square Publisher. New York. Versión española en Bell et alii (1992).
- Leff, E. 1990. "Cultura ecológica y racionalidad ambiental", en M. Aguilar y G. Maihold (Comps.) *Hacia una cultura ecológica*. México. CCYDEL/DDF/F. Ebert.
- Leff, E. 1994. "Sociología y Ambiente: formación socioeconómica, racionalidad ambiental y transformaciones del conocimiento", en Leff, E. (Comp.) *Ciencias Sociales y Formación Ambiental*. Barcelona, Gedisa.
- Lenssen, N. 1994. "El lamento de los océanos", en Brown, L. *Un mundo sustentable*. Buenos Aires, Planeta.
- López Adame, X. 2003. "La agenda ambiental en los medios de comunicación mexicanos", en *Revista digital Agua y Desarrollo Sustentable*. Disponible en www.aguaydesarrollosustentable.com/200310/articulo6.html
- Luckmann, T. 1996. *Teoría de la acción social*. Barcelona, Paidós.

- Luhmann, N. 1996. "La modernidad contingente", en Beriain, J. (Comp.) *Las consecuencias perversas de la modernidad*. Barcelona, Anthropos.
- Luhmann, N. 1997. *Sociedad y Sistema. La ambición de la teoría*. Barcelona, Paidós – ICE-UAB.
- Lukács, G. 1969. *Historia y conciencia de clase*, 1969. México, Grijalbo
- Maldonado, T. 1999. *Hacia una racionalidad ecológica*. Buenos Aires, Editorial Infinito.
- Manzo, K. 1991. "Modernist discourse and the crisis of development theory", en *Studies in Comparative International Development*, Summer, Vol 26. Nro.2-3.
- Martín Barbero, Jesús. *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*, Gustavo Gilli, Barcelona, 1987.
- Martínez, V. 2003. *La noticia ambiental en la prensa y televisión mexicana*. Tesis de Maestría. Universidad Tecnológica de Monterrey. Inédito.
- Martínez Alier, J. 1989. "Pobreza y medio ambiente: una crítica del Informe Brundtland", en *Materiales de Estudio*, Doctorado en Agroecología. ISEC. Universidad de Córdoba. Córdoba.
- Martínez Alier, J. y Schlüpmann, K. 1993. *La ecología y la economía*. México. Fondo de Cultura Económica.
- Martins Fernandes, A. 2001. "O papel da mídia na defesa do meio ambiente", en *Revista de Ciências Humanas UNITAU, Vol. 7, Nro. 2*. Universidade de Taubate. São Paulo.
- Marx, K. 1986. *El Capital, Vol. I [1867]*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Marx, K. y Engels, F. 1985. *Manifiesto del Partido Comunista [1848]*. Moscú, Editorial Progreso.
- Massarani, L. y Castro Moreira, I. 2001. "A retórica e a ciencia. Dos artigos originais à divulgação científica", en *Revista Ciencia & Ambiente Nro. 23*. Universidade Federal de Santa Maria. Santa Maria.
- Mato, D. 2001. "Producción transnacional de representaciones sociales en tiempos de globalización". En D. Mato (comp.). *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización*. Buenos Aires CLACSO.
- Maturana, H. 1996. *La realidad: ¿Objetiva o construida?. II. Fundamentos biológicos del conocimiento*. México. Universidad Iberoamericana, Anthropos, ITESO.
- McCombs, M. y Shaw D. 1972. "The agenda-setting function of mass media" en *Public Opinion Quarterly*, vol. 36.
- McCombs, M; y Evatt, D. 1995. "Los temas y los aspectos: explorando una nueva dimensión de la Agenda Setting". *Revista Comunicación y Sociedad*. Navarra.
- McQuail, D. 1983 *Introducción a la teoría de la comunicación de masas*. Paidós. Barcelona.
- Merton, R. 1949. *Social theory and social structure*. The Free Press. New York.
- Meyrowitz, J. 1985. *No sense of place. The impact of electronic media on social behaviour*. Oxford University Press. New York.
- Miceli, W. (Ed.) 1999. *¿Qué es noticia en los diarios nacionales?*. Gitepp-UNLP. La Plata.
- Morin, E. 1987. *Para sair do século XX*. Rio de Janeiro, Nova Fronteira.
- Morin, E. 1995. *Sociología*. Madrid, Tecnos.
- Nether, J. 1998. *Ecojornalismo Impresso. Análise do jornalismo ambiental em Porto Alegre*. Monografía Final. Bachalerado em Jornalismo. Universidade Luterana do Brasil. Centro de Educação, Ciências Humanas e Letras. Porto Alegre. Inédito.
- Nightingale, V. 1999 *El estudio de las audiencias*. Paidós. Barcelona.

- Noelle Neumann, E. 1981. "Mass media and social change in Developer societies", en Katz, E. y Szescsko, T. (Comps.) *Mass Media and Social Change*. Sage, Beverly Hills.
- Noelle-Neumann, E. 1995 *La espiral del silencio*. Paidós. Barcelona.
- Price, V. 1994 *La opinión pública*. Paidós. Barcelona
- Oliveira, F. de. 1996. "Democracia, meio ambiente e Jornalismo no Brasil", en De Freitas y Krohling Kunsch (Org.), *Comunicação e Meio Ambiente*. São Paulo. Intercom-IMS.
- Oliveira, M. de. 1991. "O jornalismo científico na abordagem das questões ambientais", en Congresso Brasileiro de Jornalismo Científico. 3ra. Edic. Santos, São Paulo. ABJC.
- ONU-PNUD. 1992. *Estrategias para un desarrollo sustentable: un marco regional*. San José.
- Ortega y Gaset, J. 1983. *La rebelión de las masas* [1930]. Barcelona, Hyspamérica.
- Pérez Adán, J. 1997. "En busca de un paradigma económico para la redefinición del concepto de desarrollo sostenible", en *Arbor*, 615. Madrid.
- Pichs, R. 1994. *Desarrollo sostenible: un reto global. Agenda verde del Caribe Insular*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Puntal. *Diario Regional Independiente*. Río Cuarto, Editorial Fundamento. Varias Ediciones. Nros. Año 1999, 2000 y 2001.
- Redclif, M. 1991. "The multiple dimensions of sustainable development", en *Geography* 76 (330).
- Redclif, M. 1996. "Compromisos sociales y el ambiente", en *ICE-Recursos, ambientes y sociedad*, Nro. 751, marzo. Madrid.
- Reigota, M. 1997. *Meio ambiente e representação social*. São Paulo. Cortez Editora.
- Rogers, E. y Shoemaker, F. 1971. *Communication of innovations. A cross-cultural approach*. New York, The Free Press; London, C. MacMillan Publishers.
- Rowland, W. 1983. *The politics of TV Violence*. Sage, Beverly Hills.
- Rygaard, C. 2002. *Ascensão, Queda e Retomada do Verde na Mídia*. Monografía Final. Bachalorado em Jornalismo. Universidade Luterana do Brasil. Centro de Educação, Ciências Humanas e Letras. Rio de Janeiro. Inédito.
- Saperas, E. 1987. *Los efectos cognitivos de la comunicación de masas*. Barcelona, Ariel.
- Schlegel, I. 2000. "Procesos simbólicos y percepción cognitiva de control", en *Gazeta de Antropología* Nro. 16. Universidad de Granada. Granada.
- Servaes, J. 2000. "Comunicación para el desarrollo: tres paradigmas dos modelos", en *Revista Temas y Problemas de Comunicación*, Año 8, Vol. 10
- Servaes J. 2002. "El mundo nuestro pueblo. Una perspectiva culturalista hacia la comunicación para el cambio social", en Cimadevilla, G. (Comp.) *Comunicación, tecnología y desarrollo. Discusiones y perspectivas desde el sur*. UNRC-ALAIC, Río Cuarto.
- Sevilla Guzmán, E. 1995. "El marco teórico de la agroecología", en *Materiales de Estudio*, Doctorado en Agroecología. ISEC. Universidad de Córdoba. Córdoba.
- Silva, C. 1982. "Jornalismo e ecologia", en *Revista Comunicação e Sociedade Vol 4. Nro. 7*. São Bernardo do Campo. São Paulo.
- Slater D. y Elliott, W. 1982. "Television's influence on social reality", in *Quarterly Journal of Speech*, Nro. 68.
- Smith, A. (Comp.). 1977. *Comunicación y cultura. 1. La teoría de la comunicación humana*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión.
- Sosa, N. 1990. *Ética Ecológica: necesidad, posibilidad, justificación y debate*. Madrid, Ediciones Libertarias.

- Sosa, N. 1996. "Ecología. Apuntes para trazar puentes de discusión", en *Curso de Postgrado Ética y Ecología*, UNRC. Río Cuarto. Inédito.
- Souza Filho, E. de 2001. "Medio ambiente y comportamiento humano", en *Revista Internacional de Psicología Ambiental. Vol. 22*. Tenerife, La Laguna, Edit. Reama.
- Stevenson, N. 1998. *Culturas mediáticas*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Tamames, R. 1995. *Ecología y desarrollo sostenible*. Madrid, Alianza Editorial.
- Targino, M. y Teixeira de, A. 1996. "A informação ambiental no jornalismo piauiense", en De Freitas y Krohling Kunsch (Org.), *Comunicação e Meio Ambiente*. São Paulo. Intercom-IMS.
- Taylor, S. y Bogdan, R. 1996. *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Buenos Aires, Paidós.
- Thompson, J. 1998. *Los media y la modernidad*. Barcelona. Paidós.
- Tuchman, G. 1977. "The exception proves the rule: the study of routine news practice", in Hirsch Miller, P. Kline (eds.) *Strategies for communication research*. Sage, Beverly Hill.
- Vessuri, H. 1994 "La formación en antropología ambiental a nivel universitario", en Leff, E. *Ciencias sociales y formación ambiental*. Barcelona, Gedisa.
- Viglizzo, E. 2001. *La trampa de Malthus. Agricultura, competitividad y medio ambiente en el siglo XXI*. Buenos Aires, Eudeba.
- Vizer, E. 2003. *La trama (in)visible de la vida social*. Buenos Aires. La Crujía.
- WCDE-Brundtland. 1991 (Comissão Mundial sobre Meio Ambiente e Desenvolvimento / Informe Brundtland). *Nosso Futuro Comum*. Rio de Janeiro, Fundação Getulio Vargas.
- Weber, M. 1996. *Economía y Sociedad [1922]*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Wolf, M. 1987. *La investigación de comunicación de masas*. Barcelona. Paidós.
- Wolf, M. 1994. *Los efectos sociales de los media*. Barcelona. Paidós.
- Zeledón, U., Myrara, D. Mulet, 2001. "Compromiso social de los medios de comunicación por el desarrollo acústicamente sostenible". Ponencia V *Congreso Latinoamericano de Humanidades: La Ética a inicios del Siglo XXI*. Granada, Nicaragua, Universidad Politécnica de Nicaragua. Septiembre. Inédito.